

UN

LLAMAMIENTO

AL

AMOR

Sor Josefa Menéndez

RELIGIOSA COADJUTORA

DE LA SOCIEDAD

DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

1890 1923

507
1951

BX4709

.M451

V5

c.1

11716



1080022894



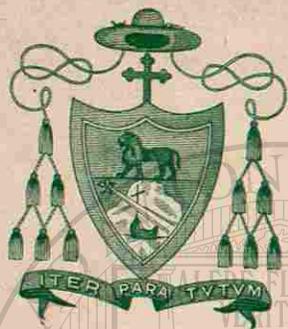
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO EMERITO
VALDE Y JELTZ



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Un llamamiento al Amor

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SOR JOSEFA MENENDEZ

Un Llamamiento al Amor

Sor Josefa Menéndez

RELIGIOSA COADJUTORA
DE LA SOCIEDAD
DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS
1890 1923

TERCERA EDICION CASTELLANA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Vaquerde y Tellez

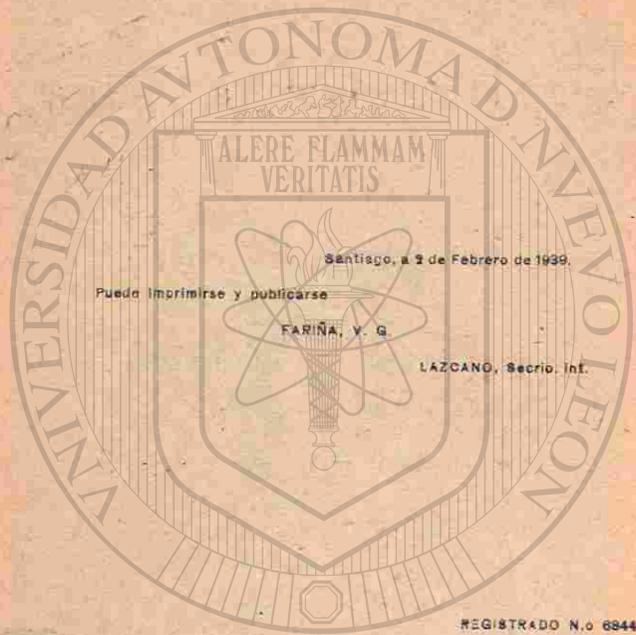


GENERAL DE BIBLIOTECAS *Capilla Alfonsina*
IMPRESA STA. M. SOFIA *Biblioteca Universitaria*
SANTIAGO—CHILE
1943



47809

B 4705
M 451
US



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

DECLARACION

Al publicar estas páginas no es nuestra intención afirmar cosa alguna sobre la naturaleza de las comunicaciones de que en ellas se trate y declaramos que nos sometemos plenamente al juicio de la Santa Iglesia.



Avil 1938

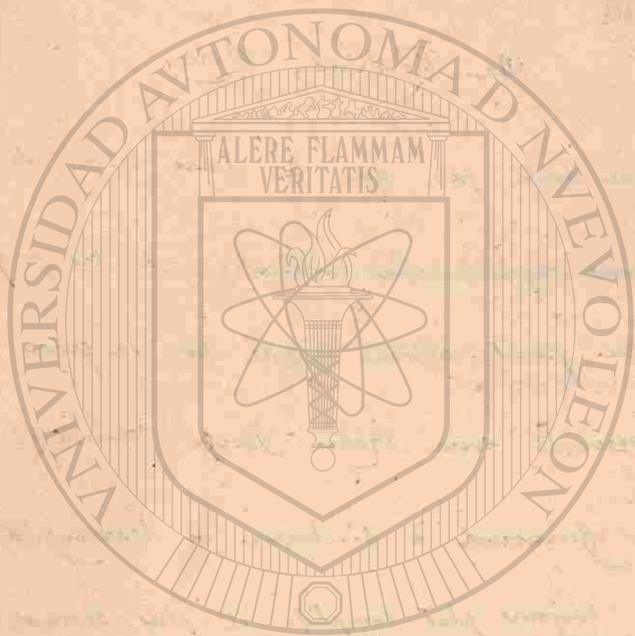
Ma Révêrende Mère,

Je ne doute pas que le Sacré Coeur de Jésus
n'ait pour agréable la publication de ces pages toutes
pleines du grand amour inspiré par sa grâce à sa très
humble servante sœur Marra Josefa Menendez: puissent-elles
contribuer efficacement à développer en beaucoup d'âmes une
confiance toujours plus complète et plus ardente dans l'in-
finie miséricorde de ce Divin Coeur envers les pauvres pécheurs
que nous sommes tous.

C'est le vœu que je forme en vous bénissant,
vous et toute la Société du Sacré Coeur.

014216

E. Card. Facelli



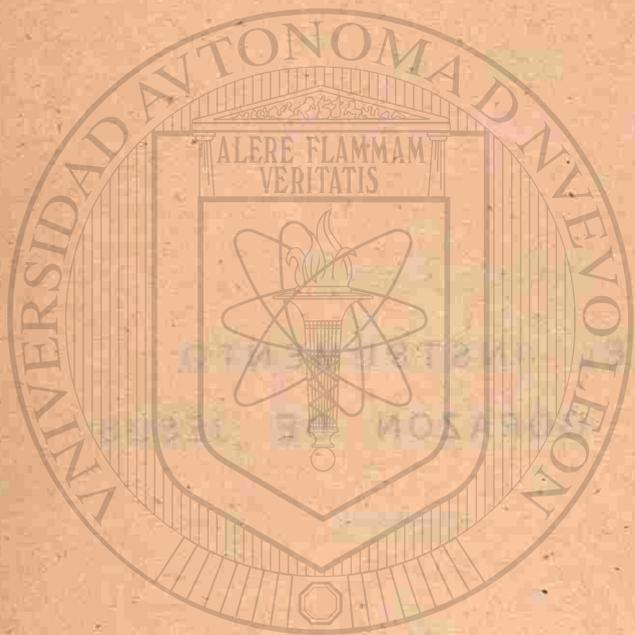
EL INSTRUMENTO
DEL CORAZÓN DE JESUS

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

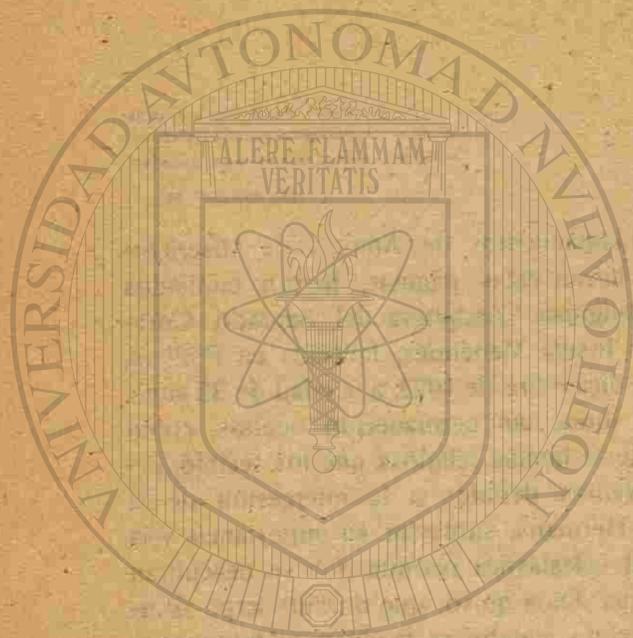
"Yo te glorifico, Padre mío, porque has
tenido encubiertas estas cosas a los sabios y
prudentes y las has revelado a los pequeños".

(San Mateo, XI, 25).

Los Llamamientos de Amor y de Misericordia que llevan estas páginas, fueron confiados a una Religiosa Coadjutora del Sagrado Corazón, Sor Josefa Menéndez, fallecida en Poitiers, el 29 de diciembre de 1923, a la edad de 33 años.

Hasta ahora han permanecido ocultos, como tesoro de la familia religiosa que los recibió, pero los favores debidos a la intercesión de la humilde Hermana, subrayan su importancia y la autoridad eclesiástica permite que se descubran a las almas. Dios quiso, que durante largo tiempo, el secreto encubriera también el Instrumento de su elección:—«¿Qué eres?... le decía el Señor, sino el eco de mi Voz?... Pero si Yo no hablo, ¿qué eres tú?..»

Si hoy el velo se descorre, es no tanto para dar a conocer el frágil instrumento de que el Señor se dignó servirse, cuanto para responder al deseo de su Corazón, que quiere atraer a Sí al mundo y salvarle por los esfuerzos, renovados sin cesar de su Misericordia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA ELECCION DIVINA

"Te amo porque eres pequeña; y porque tu pequeñez Me la has dado a Mí".

A la tierra de España vino el Señor a buscar para trasplantarla a Francia, al alma privilegiada de su Corazón.

Josefa Menéndez nació en Madrid, el 4 de febrero de 1890, siendo bautizada el 9 en la Párrroquia de San Lorenzo, con los nombres tan preciados a su fe, de María Josefa.

La muerte de un hermanito le dejó el primer lugar en el hogar cristiano, al que descendieron con ella las divinas predilecciones.

Tres hermanas completaron la familia, que vivía unida y feliz. Gracias al trabajo del padre, hombre enérgico e inteligente, cierta holgura rodeó los primeros años de Josefa que se deslizaron tranquilos y fáciles. Las niñas crecían en una atmósfera de fe y de laboriosidad, de caridad y de alegría en la que sus almas se expansionaban sin esfuerzo. A la edad de cinco años Josefa recibió la Confirmación y el Espíritu Santo se apoderó del pequeño Instrumento para hacerlo dócil a la acción divina. Tenía siete años cuando se confesó por primera vez, en

un primer viernes, día memorable en su vida, del que escribía más tarde:—«3 de octubre de 1897: Mi primera confesión. Si siempre tuviera la misma contrición de aquel día!»

Desde entonces, admirado su confesor de las aptitudes sobrenaturales de la niña, la inició a una vida interior proporcionada a su edad. Aprendía poco a poco a conversar con el Huésped Divino de su alma, y cada mañana en su oración infantil se unía a Aquél que era ya dueño de su corazón.

Seria y jovial a la vez, de carácter vivo y de natural un tanto altivo, ocupaba bien en su casa el puesto de «la mayor». Su madre descansaba en ella; su padre tenía preferencias por la que él llamaba: «Su pequeña Emperatriz». Se sabía que no le negaba nada y sus hermanas acudían a ella, como a intercesora, en sus peticiones infantiles. El, quiso ser el primer maestro de Josefa y satisfecho de sus adelantos, pensó orientarla hacia el Magisterio; pero otros eran los designios del Señor, que preparaba en secreto, los caminos por El escogidos. El encuentro eucarístico iba a marcar la primera etapa de esta elección divina, sellando la unión entre la niña y el Amigo de los corazones puros.

Josefa había cumplido once años. Por recomendación de su director espiritual, el Reverendo Padre Rubio (que ingresó más tarde en la Compañía de Jesús), la admitieron las Religiosas de María Reparadora en el grupo de niñas que por las tardes se reunían para prepararse a la primera

comunión, y los deseos de Josefa se enardecían a la perspectiva de día tan dichoso.

Un corto retiro debía preceder a la ceremonia fijada al 19 de marzo. Josefa obtuvo de su padre el permiso de seguirlo. Con su sencillez acostumbrada nos cuenta ella algo de aquellas primeras prendas de mutuo amor entre Jesús y su alma, amor que no se desmintió jamás. Escribe así:

«Cómo Jesús hizo a mi alma su primer llamamiento».

«El primer día hice una meditación sobre estas palabras:—«Jesús quiere venir a mí, para que yo sea toda de El».—Yo me puse muy contenta, porque tenía mucho deseo de ser toda de Jesús; pero no sabía lo que tenía que hacer, y una vez que pregunté me dijeron: «que ser muy buena y así sería siempre de Jesús».

«El segundo día la meditación era:—«Jesús es el Esposo de las Vírgenes y se recrea en las almas puras e inocentes».—Ya aquí me pareció que se hacía una gran claridad; pues yo pensaba que siendo su Esposa, sería toda suya, porque yo veía que mi madre era toda de mi padre, por ser su esposa. Así pensé, que siendo virgen era de Jesús y aunque yo no entendía, ni mucho menos, qué era virginidad, prometí muy de veras ser de Jesús y todo el día lo pasé diciendo esta palabra: Sí, Jesús mío, siempre seré virgen para que seáis mi Esposo y así seré siempre vuestra. Por la tarde, después de la Reserva del Santísimo, hice una consa-

gración al Niño Jesús y le pedí que me enseñara a ser siempre de El y pensaba que ya pronto le tendría dentro de mi corazón. ¡Qué contenta estaba! Cuando así me alegraba en silencio, oí una voz, que nunca se me ha olvidado y que se grabó en lo más íntimo de mi alma: — «Sí, hija mía, quiero que seas toda mía». — Yo no puedo decir qué sentí, pero salí de la capilla decidida a ser muy buena y como no creía que las religiosas eran personas de la tierra, no sabía qué era vocación, pero sentí en mí algo especial, que nunca se me ha quitado hasta que he conocido lo que era vocación».

«El tercer día redoblé mi propósito y el 19 fiesta de mi Patrono San José, día dichoso de mi primera comunión, hice esta consagración que me salió del fondo de mi alma:

«Desde hoy 19 de marzo de 1901, prometo a mi Jesús, delante del cielo y de la tierra poniendo por testigos a mi Madre la Virgen Santísima y a mi Padre y Abogado San José, guardar siempre la preciosa virtud de la virginidad, no teniendo otro deseo que agradar a Jesús, ni otro temor que disgustarle. Enseñadme ¡Díos mío! cómo queréis que sea vuestra del modo más perfecto, para siempre amaros y nunca ofenderos. Esto lo quiero y pido hoy día de mi primera Comunión.

«Virgen Santísima os lo pido hoy que es la fiesta de vuestro Esposo San José.

«Vuestra hija que os ama,

«Josefa Menéndez».

«La escribí y cada vez que comulgaba la repetía. Cuando dije a mi confesor lo que había hecho, me dijo, que las niñas no deben prometer nada más que ser muy buenas y que rompiera aquel papel... pero yo no podía, y repetía a mi Jesús: Señor, desde este día soy vuestra y para siempre».

Josefa conservó preciosamente el testimonio de su primera ofrenda y la hojita amarillenta, escrita con gruesos caracteres de letra infantil, fué hasta su muerte el tesoro de su fidelidad.

El primer contacto con la Eucaristía entregó a la acción divina el alma en que esta acción debía de obrar con tanta libertad y tan poderosamente. La Sagrada Comunión era la felicidad de Josefa, y desarrollaba en su corazón los gérmenes de las virtudes sólidas que ya se revelaban en ella.

Renunciando a sus primeros proyectos, o más bien guiados por la inspiración de Dios, sus padres la enviaron al «Taller del Fomento del Arte» (1).

Desde el primer momento su inteligencia y sus aptitudes llamaron la atención de sus profesoras. Habilidadosa y activa, realizó pequeños prodigios y el éxito respondió al trabajo sin que le hiciese perder en nada su modesta sencillez. La Sagrada Comunión que recibía todos los días, a costa de sacrificios, era la fuente de donde sacaba la fuerza para conservarse pura.

«He atravesado muchos peligros», escribe, «pero

(1) Escuela de formación de Artes y Oficios.

siempre me ha guardado Dios Nuestro Señor en medio de ellos y de las malas conversaciones del taller. Cuántas veces he llorado al oír aquellas cosas que me turbaban, pero siempre encontré fuerza y consuelo en Dios. Nada, ni nadie me han hecho cambiar ni dudar nunca de que Jesús me quería para El.

A los 15 años, Josefa, ya hábil modista, salió del taller. La familia había cambiado de domicilio y la proximidad de la Escuela de las Religiosas del Sagrado Corazón (1), facilitó la educación de las tres hermanas menores, mientras que la mayor se quedaba en su casa. La capilla del Sagrado Corazón fué desde entonces el atractivo diario de Josefa. Jesús desde el Sagrario comenzó a orientar hacia su Corazón al alma en la que El había puesto sus delicias.

La felicidad reinaba aún en el hogar tranquilo; Josefa ocupada en su labor y en las faenas domésticas, ayudaba a su madre. Entonces gustó por experiencia los goces fuertes y suaves que lleva consigo la dulce intimidad de la vida de familia. La «pequeña Emperatriz» conservaba su puesto preferente en el afecto de los suyos mostrándose por su parte, hija abnegada y hermana cariñosa. Su carácter jovial, el ardor que ponía en todo, su intuición para adivinar lo que agradaba a los demás olvidándose a sí misma, hacían de ella el alma de su hogar

(1) Pensionado y escuela del Sagrado Corazón, calle de Leganitos, Madrid.

en el que todo era dicha y unión y donde las alegrías mejores iban siempre marcadas con el sello de la fe.

La recompensa más apreciada de las niñas en aquella época, era ir a visitar en el Carmelo de Loeches a la Priora, hermana de su madre. Las recibían allí como unas princesas, en las habitaciones del Capellán. Sus incursiones a la biblioteca las habían puesto en posesión de un ejemplar de las Reglas, cuya lectura hacía sus delicias. Cuando regresaban a su casa, las niñas jugaban al «Carmelo» salmodiando el Oficio, e imitando las penitencias del Claustro. Josefa arrastraba a sus hermanas a estos entretenimientos, pero su alma encontraba ya en aquel convento improvisado algo más que un juego preferido.

Entre tanto, la Ley del Amor se disponía a marcar pronto con su sello aquella existencia en flor. Era necesario que el cierzo azotase la tierna planta para arraigarla y fortalecerla.—«No dudes nunca del Amor de mi Corazón»—, le dirá más tarde el Amigo Divino.—«No importa que el viento te mueva más de una vez. He fijado la raíz de tu pequeñez en la tierra de mi Corazón».

ESPERANDO...

"Déjate conducir con los ojos cerrados,
que Yo soy tu Padre y los tengo abiertos
para conducirte y guiarte".

El sufrimiento, que debía imprimir su huella en toda la vida de Sor Josefa, no tardó en instalarse en el hogar, que hasta entonces no lo había conocido. Lo recibieron con paz, como saben hacerlo las almas sencillas y los amigos de Dios. Josefa aprendió a sufrir como había aprendido a amar y su corazón se abrió a las austeras lecciones del sacrificio y del dolor. Al contacto de la Cruz, se dulcificó su carácter, se domó su naturaleza, se fortificó su alma, y se acrisoló su amor, sin que éste perdiera nada de sus ardores.

En 1907, la muerte entró en la casa. Carmen, una de las hermanas, volaba al Cielo cuando solo contaba 12 años. Poco después la abuela materna, siguió a la niña al sepulcro. El fallecimiento de Carmencita fué un golpe terrible para sus pobres padres. Lucharon con el dolor, pero fué superior a sus fuerzas. Unos meses más tarde, enfermaba la madre con fiebres tifoideas y el padre cayó también con pulmonía. Josefa, fuerte de su fe, se apoyaba

en ella y la vida sobrenatural de su alma, se reveló tal cual ya era. Abandonó su trabajo, se constituyó en enfermera de sus amados padres y midió sin desfallecimiento el arduo peso que caía sobre sus hombros de niña. Los medicamentos costosos se multiplicaban, era necesario dar abasto a todo y atender a las necesidades de sus hermanitas. Los ahorros se agotaron pronto y la pobreza penetraba en el hogar desolado... Josefa la abrazó con valor. Durante cuarenta días, experimentó la angustia de la escasez y de las privaciones, la inquietud del corazón y el peso de la responsabilidad que no compartía con nadie.

«Las tres hermanas dormíamos en el suelo en el mismo colchón; el médico, muy bondadoso, hubiera deseado llevar a nuestros padres al Hospital, pero yo no lo hubiese consentido nunca, segura de que la Providencia vendría en nuestra ayuda. Y vino en efecto, por medio de las Madres del Sagrado Corazón. ¡Qué buenas fueron con nosotras!... ¿Cómo podría yo no amarlas?...» Sta. Magdalena Sofía se inclinó también hacia aquella familia, a la sombra de la cual crecía la que había de ser un día su hija privilegiada. Durante una novena a la Santa Fundadora, la enferma, ya sin esperanzas de curación, llamó una noche a sus hijas:—«No lloréis, —les dijo—la Bienaventurada Madre ha venido a asegurarme que no me moriré porque os hago falta».—«No supimos nunca lo que había pasado, —contaba más tarde Josefa—lo cierto es, que

al día siguiente el peligro había desaparecido».— Su padre se curó también pero sin recobrar las fuerzas y no pudo ya volver a su trabajo.

En adelante el bienestar desapareció del hogar por completo y Josefa se entregó generosamente al cumplimiento del deber filial que la reclamaba. Las Madres del Sagrado Corazón le regalaron una máquina de coser y le ayudaron a buscar trabajo. Su reputación de costurera le abrió camino y pronto conoció las jornadas laboriosas y las veladas de la vida de obrera. Su energía y su abnegación hicieron frente a todo y la sonrisa volvió de nuevo a la casa.

Pero la tregua fué corta. Dos años más tarde el jefe de la familia sucumbía de un ataque al corazón, piadosamente asistido por el Reverendo Padre Rubio, que desde entonces se constituyó en consejero y amigo del afligido hogar. Más que nunca, fué Josefa el apoyo de su Madre y su trabajo el único sostén de la familia.

Su alma vivía continuamente, en medio de sus penas, del Unico Amor. El llamamiento que a los doce años la había cautivado y la ofrenda renovada cada día, eran su fuerza y el horizonte de su vida a través de las sombras del camino. Ya, antes de la muerte de su padre, había revelado su secreto solicitando el permiso de ingresar en el Instituto del Sagrado Corazón; mas por primera vez se vió al padre, buen cristiano sin embargo, enfadarse con su hija Pepa y ésta secándose las

lágrimas encerró en su alma el tesoro de su vocación, guardando silencio.

Más tarde le hicieron avances para que ingresara en el Carmelo. Un religioso de esta Orden le ofreció obtener su admisión. Pero no era ese su camino. Josefa lo sabía; rehusó pues el ofrecimiento agradecida y aprovechó la ocasión para hablar de nuevo a su madre del llamamiento de Dios. Sin oponerse ésta le suplicó que no la abandonase y por segunda vez, Josefa esperó; pero su dolor fué grande cuando su hermana obtuvo el consentimiento materno y precediéndola se fué en 1911 al Noviciado de Chamartín (Madrid). Josefa, que la había formado como costurera con la esperanza de encargarla del mantenimiento de la familia, sintió vivamente la decepción. Su fe en la divina Providencia la sostuvo y su virtud la ayudó a olvidarse aún. Continuó pues, su vida laboriosa, asociando en el trabajo a su hermana menor, y dando sin contar tiempo y afañes a su numerosa clientela. Dios que la conducía a la realización de sus designios por caminos ocultos pero seguros, iba sin embargo, una vez más a desconcertar las previsiones y los planes de su alma para enseñarle la ciencia del abandono y del sacrificio perfecto.

El Reverendo Padre Rubio, su director hacía doce años, creyó, en Febrero de 1912, llegado el momento de ayudarla a realizar sus deseos de vida religiosa. Josefa contaba veintidós años. El Reverendo Padre la inclinó a las Reparadoras, que

conocía íntimamente y ella dócil y sencilla obedeció, renunciando al atractivo que en el fondo de su alma la arrastraba hacia el Corazón de Jesús. Entró pues, en las Reparadoras y empezó con todo su corazón la vida de Postulante, encontrándose feliz en medio de la familia religiosa, cuyo espíritu estimó: Reparar por medio del Corazón Inmaculado de María, era una idea que respondía a las aspiraciones de su alma. Ninguna tentación turbó la paz de aquellos meses que transcurrieron entre las ocupaciones materiales, en las que su vida interior podía sin obstáculo expansionarse, pero aún en medio de esta paz, Josefa no cesaba de oír otro llamamiento. Refería ella más tarde, que las campanas de la capilla del Sagrado Corazón, que estaba cerca y que se oían desde el Convento, despertaban, a pesar suyo, otros deseos que se esforzaba en sacrificar. La Santísima Virgen iba también a advertirle, con su Corazón de Madre, que no era aquél el lugar de su descanso.

Josefa estaba encargada de la limpieza de un salón en el que había una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, vestida a la usanza española y que tenía en sus manos la corona de espinas. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver en ella un punto luminoso sin que pudiera distinguir de donde procedía la claridad! Durante tres o cuatro días, la corona conservó el resplandor. Josefa, empujándose llegó a la estatua y vió una de las espinas como incendiada de donde irradiaba la claridad. Al mismo tiempo

una voz muy dulce le decía:—«Coge esta espina hija mía. Más tarde Jesús te dará otras».—Josefa desprendió la espina que aún brillaba y apretándola sobre su corazón respondió, al don maternal con una ofrenda más total de sí. La respuesta del Señor fué una nueva experiencia del sufrimiento.

Habían transcurrido los seis meses del Postulado, la fecha de la toma de hábito estaba próxima y su madre rehusó el consentimiento... El Reverendo Padre Rubio aconsejó la salida de Josefa y ésta volvió a inmolarse otra vez. Abandonó con pena el asilo donde había gustado algo de la dulzura de la vida religiosa, en cuyos deseos se consumía. Se llevó consigo la Espina, que si ya había perdido el resplandor, iba ahora más y más a traspasar su vida toda con dolorosa realidad.

Josefa emprendió de nuevo la empinada cuesta en busca de su Dios. Volvió a su trabajo y a su ruda tarea. La vieron entonces en los Pensionados del Sagrado Corazón de Madrid, trabajando como costurera en la confección de los uniformes de las alumnas. Era el tipo de la obrera sencilla, modesta, concienzuda y fuerte de su profunda piedad. La religiosa que se ocupaba del vestuario de las niñas no ha podido olvidarla, dice así:—Su natural «ardiente iba recto a su deber; gracias a su abnegación y a su carácter feliz, que solo se fijaba en el buen lado de personas y cosas, no tuve con ella la menor dificultad; su tacto exquisito, su actividad silenciosa, me prestaban mil pequeños servicios. Era un

alma de fe y su devoción a la Eucaristía algo extraordinario. Amaba mucho al Sagrado Corazón y solía repetir:—«Cuando entro en esta casa, me encuentro en mi centro».

Josefa no podía decir otro tanto en el contacto con su clientela en el mundo. En más de una ocasión su conciencia delicada y su alma pura, se sentían heridas. — «¡Si supieran,—decía—cuánto sufro cuando me veo obligada a ceder a las exigencias, y a vestir a las señoras de un modo poco conforme con la modestia cristiana!»—La vista del mundo y de sus costumbres entristecía su corazón sintiendo más dolorosamente aún el destierro a que se veía sujeta.— «¡Ah! exclamaba, desde mi niñez pido todos los días al Corazón de Jesús que me haga Esposa suya y ahora que conozco mejor lo que es la vida, le suplico que si no me quiere conceder esta gracia, me lleve de este mundo, porque mi alma no puede vivir más tiempo en él».

No vivía, en efecto, más que de los deseos ardientes que a diario alimentaba con la Sagrada Eucaristía. Del contacto con el Corazón Divino sacaba para ella la fuerza y para los demás la bondad, el afecto y la alegría que derramaba sin cesar en torno suyo, guardando para sí en secreto, su Cruz y su Espina.

Tenía pocas amigas, pero arrastraba con su ejemplo y sostenía con sus consejos a un grupo de jóvenes obreras como ella. Su expansión comuni-

cativa las animaba cuando podían reunirse para solazarse un poco del trabajo diario. Las Peregrinaciones a Avila y al «Cerro de los Angeles» (1) que su fervor y su entusiasmo, hacían deliciosas, dejaban en sus almas rastro profundo.

Entre tanto el tiempo transcurría y Josefa esperaba la señal divina. Creyó verla en 1917 y se decidió a pedir su admisión en la Sociedad del Sagrado Corazón; fué aceptada con bondad y su madre consintió, fijándose la entrada para el 24 de septiembre, festividad de Nuestra Señora de las Mercedes. Amaneció el día tan deseado, pero ¡ay! las lágrimas de la madre hicieron flaquear el corazón de la hija. Josefa cedió ante el dolor maternal. ¡Aquella noche su sitio en el Noviciado permaneció vacío! Josefa lloró largo tiempo lo que ella llamaba, la gran debilidad de su vida. Mas, Aquél que «trabaja en la obscuridad, aún cuando El es la Luz», realizaba, a través de estas dolorosas alternativas sus planes de Amor.

Por entonces, Francia, después de la tormenta, veía florecer de nuevo la obra del Sagrado Corazón; la llama se reanimaba en los hogares apagados. En Poitiers, la antigua Abadía «des Feuillants», providencialmente conservada para las Hijas de Santa Magdalena Sofía, les devolvía sus claustros embalsamados aún por los santos recuerdos de la Fundadora.

(1) Situado cerca de Madrid. Centro geográfico de España, desde se levantó el Monumento Nacional al Sagrado Corazón.

Un Noviciado de Hermanas Coadjutoras estaba en proyecto; en él había señalado el Corazón de Jesús, desde toda la eternidad, el sitio de Josefa; allí iba El a conducirla por su mano, a través de las últimas tempestades.

Era en 1919; Josefa tenía 29 años. Comprendió, por secreto llamamiento, que había llegado la hora de Dios, y resolvió solicitar de nuevo en el Sagrado Corazón la admisión que no se atrevía a esperar.

El 27 de julio presentó humildemente su petición. Josefa escribe en sus notas:—«La contestación fué una negativa... Pero en el fondo de mi alma sentía la voz de mi Jesús que me decía: «¡Fídelo, insiste, confía en Mí que soy tu Dios!»—Su insistencia no logró cambiar la decisión que sus vacilaciones anteriores parecían deber hacer irrevocable.

«El 16 de septiembre,—prosigue—me arrodillé a los pies de mi Crucifijo y le pedí con toda mi alma que, o me abriese la puerta de su Corazón Divino, es decir de la Sociedad, o me llevase de este mundo, porque me parecía que ya no podía sufrir más. Entonces creo que me mostró sus Pies divinos, sus Manos divinas y me dijo:—«Mira mis Llagas... Bésalas y dime si no puedes sufrir un poco más... Soy Yo quien te quiero para Mí»...—«¡Dios mío!... ¿Qué sentí entonces?... No lo puedo decir bien, pero una vez más prometí no vivir sino para amar y sufrir... ¡Pero soy tan débil Jesús mío!».—Dos meses transcurrieron aún en fervientes súplicas hasta el 19 de noviembre.—«Ese día

en la Comunión—refiere Josefa—le supliqué por su Sangre divina y por sus Llagas que me abriese la puerta de la Sociedad, que yo había cerrado por mi culpa. Abrídmela de nuevo, Jesús mío, os lo suplico; bien sabéis que no pido ni deseo otra cosa que ser Esposa de vuestro Divino Corazón».

La hora de Dios había llegado. Aquella mañana fué Josefa, como de costumbre, a Chamartín a pedir labor. La esperaban, acababa de llegar una carta de Poitiers; pedían para el Noviciado, apenas fundado, algunas vocaciones seguras. ¿Tendría Josefa valor, para solicitar en Francia la admisión tan deseada?... Sin vacilar, contestó el «sí» más generoso y en el mismo momento escribió ofreciéndose.—«Me arrojé de nuevo,—dice ella en su cuadernito de recuerdos—a sus Pies Divinos que tanta confianza me dan, y con lágrimas en mis ojos y más amor en mi corazón, me ofrecí a aceptar *todo* y a pesar de mi debilidad, qué fuerza sentía dentro de mí».

Su madre desolada no opuso esta vez ninguna dificultad; Dios allanaba los obstáculos. Para evitar lo doloroso de las despedidas, Josefa salió de su casa sin decir nada a nadie y sin llevar nada. La caridad de las Madres del Sagrado Corazón la proveyó de lo necesario.—«Jesús me cogió—dice ella—y no sé como, pero lo cierto es, que me encontré en S. Sebastián; no tenía ni fuerzas, ni dinero; yo creo que no tenía más que amor; pero estaba en el Sagrado Corazón. Yo siempre la misma,

muy débil, pero Jesús siempre sosteniéndome».

Un mes se detuvo Josefa en la casa del Sagrado Corazón que la acogió con gran caridad. Agradecida, procuró hacerse útil y se la vió activa y silenciosa ayudando en todo cuanto podía. Empero, las cartas desgarradoras de su madre y de su hermana traspasaban de pena su corazón; medía también lo que iba a ser la dificultad de un idioma desconocido para ella; pero su voluntad permanecía fija en el corazón que la esperaba.

«¿Qué hará V. en un país cuya lengua ignora?»—le preguntó alguien.—«Dios me conduce»—contestó sencillamente. Era verdad.

El 4 de febrero de 1920 dejaba para siempre su Patria para seguir, más allá de sus fronteras, a Aquél cuyo Amor soberano puede pedirlo todo.

A LA SOMBRA «DES FEUILLANTS»

Te transplantaré al Jardín de mi Corazón
y en El te cultivaré Yo mismo".

Llena de luz, situada en la falda de la colina desde donde Poitiers domina el Valle del Clain, la antigua Abadía «des Feuillants» parece uno de esos lugares escogidos para los encuentros de fervores humanos y favores divinos.

En 1618, una colonia de religiosos del Cister se establecía allí. La Revolución la destruyó; mas apenas se disipó la tormenta, Santa Magdalena Sofía reanimaba en sus ruinas la llama del Amor, fundando el primer Noviciado de la Sociedad del Sagrado Corazón. Allí residió ella con frecuencia recibiendo gracias tan singulares que la casa, los claustros, el jardín, siguen siendo para su familia religiosa como un relicario y un recuerdo vivo de la Fundadora.

Tras de aquellos benditos muros, iba el Corazón de Jesús a esconder a su hija predilecta para cultivarla, cual flor escogida, abrirla su Corazón y asociándola a su sed de almas, realizar después en ella y por ella, la Obra de su Amor.

muy débil, pero Jesús siempre sosteniéndome».

Un mes se detuvo Josefa en la casa del Sagrado Corazón que la acogió con gran caridad. Agradecida, procuró hacerse útil y se la vió activa y silenciosa ayudando en todo cuanto podía. Empero, las cartas desgarradoras de su madre y de su hermana traspasaban de pena su corazón; medía también lo que iba a ser la dificultad de un idioma desconocido para ella; pero su voluntad permanecía fija en el corazón que la esperaba.

«¿Qué hará V. en un país cuya lengua ignora?»—le preguntó alguien.—«Dios me conduce»—contestó sencillamente. Era verdad.

El 4 de febrero de 1920 dejaba para siempre su Patria para seguir, más allá de sus fronteras, a Aquél cuyo Amor soberano puede pedirlo todo.

A LA SOMBRA «DES FEUILLANTS»

Te transplantaré al Jardín de mi Corazón
y en El te cultivaré Yo mismo".

Llena de luz, situada en la falda de la colina desde donde Poitiers domina el Valle del Clain, la antigua Abadía «des Feuillants» parece uno de esos lugares escogidos para los encuentros de fervores humanos y favores divinos.

En 1618, una colonia de religiosos del Cister se establecía allí. La Revolución la destruyó; mas apenas se disipó la tormenta, Santa Magdalena Sofía reanimaba en sus ruinas la llama del Amor, fundando el primer Noviciado de la Sociedad del Sagrado Corazón. Allí residió ella con frecuencia recibiendo gracias tan singulares que la casa, los claustros, el jardín, siguen siendo para su familia religiosa como un relicario y un recuerdo vivo de la Fundadora.

Tras de aquellos benditos muros, iba el Corazón de Jesús a esconder a su hija predilecta para cultivarla, cual flor escogida, abrirla su Corazón y asociándola a su sed de almas, realizar después en ella y por ella, la Obra de su Amor.

Sin embargo, cuando llegó a Poitiers, nadie pudo sospechar el gran Designio Divino. Tal cual se mostró Josefa al empezar el Postulado, así se la vió durante los cuatro años de su vida religiosa. Sencilla, silenciosa, entregada a su trabajo, perdida en el conjunto. En su exterior nada llamaba la atención; su fisonomía seria, marcada a veces con el sello del sufrimiento, se iluminaba con una sonrisa, cuando alguien se le acercaba o le pedía un favor. Sólo sus grandes ojos negros hablaban en ella sin que lo sospechara; su vida se concentraba en su mirada reflejando a la vez el ardor de su amor y su profundo recogimiento.

Inteligente, activa, adaptándose a todo, Josefa había recibido verdaderas dotes del Cielo: extraordinario buen sentido, juicio claro y recto, que servían como de salvaguardia, al fondo serio y equilibrado sobre el que pudo trabajar la gracia libremente. Su corazón tierno y generoso fortalecido por las pruebas pasadas, sabía darse y guardarse a un tiempo, y como todo el que ha sufrido, era buena, con esa bondad que inspira el olvido de sí.

Su alma llegaba a la vida religiosa templada ya por el espíritu de sacrificio, por la inteligencia sobrenatural de su vocación, con vida interior intensa y un amor ardiente hacia el Corazón de Jesús. Pero todos estos dones de Dios permanecieron ocultos a sus propios ojos y a su alrededor, y desde que ingresó en el Convento, hasta la muerte, pasó inad-

vertida bajo el velo de una vida perfectamente fiel.

Un grupito de Novicias, venidas de diferentes casas, formaba el Noviciado de Hermanas coadjutoras. Josefa fué la primera Postulante, y pronto pasó a ser la novicia más antigua.

La vida humilde y laboriosa, reproducción de la de Nazareth, le encantó desde el principio. En este Ideal concebido por la Santa Fundadora, encontraba la respuesta a todas sus aspiraciones y a todos sus atractivos: Trabajo escondido para ayudar a la Obra del Corazón de Jesús en las almas de las niñas, pero trabajo impregnado de amor, de silencio, de oración y cuya fecundidad apostólica y divina riqueza, dependen sólo de la unión a este Corazón Sagrado. Josefa abrazó con todo el ardor de su alma esta nueva vida, tan luminosa para su fe y tan querida para su amor.

Unas líneas bastarían para decir lo que fueron su postulado, su noviciado y los diez y ocho meses que completaron su carrera en la tierra. ¿No nos enseñó Jesús de Nazareth con sus ejemplos el sentido de las apreciaciones divinas, tan distintas de las del mundo?... Y ¿no resume el Evangelio treinta años de su vida en la tierra con estas breves palabras: «Les estaba sumiso»?... De la misma manera, la santidad de las Hermanas coadjutoras en la Sociedad del Sagado Corazón, parece tanto más auténtica, cuánto que hace menos ruido y tanto más profunda cuánto más escondida. Josefa Menéndez fué una de esas almas ignoradas, que apenas se

ven, no se las oye y su historia se escribiría en pocas palabras.

Los recuerdos de las que con ella vivieron en Poitiers y que no sospecharon la misteriosa acción del Corazón de Jesús en su alma, no pueden proporcionarnos más que «vistas tomadas de fuera» según expresión de una religiosa. Pero estas «vistas» son preciosas, y a su luz, es como hay que seguir a Sor Josefa, en su vida tan corta y tan llena.

Empleada en la cocina, en la ropería, en la plancha, en los trabajos comunes, siempre se la veía a su deber cumpliendo la Regla, silenciosa, obediente sin distinguirse más que por su perfecta fidelidad. La inclinación a pasar inadvertida no impedía ni su iniciativa, ni su inteligente laboriosidad. Era utilísima en todos los empleos, le gustaba trabajar y parecía que todo se lo encontraba hecho. La primera en ofrecerse para ayudar en las tareas extraordinarias, era la última en retirarse y no lo hacía hasta dejarlo todo en orden. Las ocupaciones más penosas y más humildes parecían ser su lote. Un día que por falta material de tiempo tuvo que rehusar un servicio, lo sintió tanto, y se dió tal maña que por la noche encontraba la ropera terminadas las composturas que le había pedido.

Multiplicaba esas mil pequeñas atenciones que son la flor de la caridad; una hermana ancianita, que veía poco, encontraba cada día unas cuantas agujas enhebradas. Mucho tiempo ignoró a quien debían sus ojos este favor.

Carácter alegre y expansivo, sufrió al principio de no poderse expresar; y en cuanto poseyó un poco el idioma, divertía a sus hermanas con sus frases más o menos correctas, sin el menor respeto humano.

Gozaba con sencillez de niña de los esparcimientos y recreos que la vida religiosa permite; llevaba a ellos la nota alegre, pero siempre sobrenatural, que dejaba traslucir su unión con Dios. Fuera de esas horas, su aire sencillo y grave llamaba la atención; la rodeaba tal atmósfera de recogimiento que en medio de su constante trabajo se la hubiera creído en oración. Su actitud en la capilla revelaba su viva fe. Un imán irresistible la atraía a las horas de los ejercicios de Regla; de rodillas, los ojos bajos, las manos cruzadas, todo desaparecía para ella.

Dos empleos tuvieron las predilecciones de su amor: el cuidado de la Celda de Santa Magdalena Sofía, transformada en Oratorio y el de la capilla de las Congregaciones, donde habitualmente estaba reservado el Santísimo. Con qué esmero hacía la limpieza acompañando sus barridos con fervorosos coloquios de su invención. Ningún detalle escapaba a su cuidadosa vigilancia, verdad es que en todo cuanto se le confiaba ponía su corazón y su interés.

Asistía a una venerable religiosa enferma e imposibilitada, la amaba y velaba sobre ella como lo hubiera hecho con su madre, con la más respetuosa ternura y al contacto de la caritativa hermana, la

enfermita olvidaba las privaciones y sufrimientos que su estado le imponía.

Su experiencia de costurera, no tardó en designarla para la confección de los uniformes del Pensionado. En cuanto hizo los Votos le confiaron la dirección del taller, con algunas novicias y postulantes para ayudarla. Sin escatimar trabajo las formaba, distribuyéndoles con discernimiento la labor, remediando sus torpezas con bondad. Todo su afán era que se hiciesen aptas para servir mejor a la Sociedad; para esto las acostumbraba a poner en todo lo que hacían, interés, cuidado y esmero. — «Nunca la vimos impacientarse, — dice una novicia de aquel tiempo —, y si notaba negligencia en el trabajo, se limitaba a decirnos: — «No hay que hacer así el trabajo por Nuestro Señor» —. Con autoridad firme y suave se hacía querer y respetar y su virtud era una lección continua para sus auxiliares. El taller parecía un oratorio; no se interrumpía el silencio más que para rezar; la oración se escapaba del corazón al mismo tiempo que la aguja volaba entre sus dedos.

Josefa quería mucho a las niñas, especialmente a las más pequeñas; se notaba esta predilección cuando trabajaba para ellas o les probaba los uniformes. Las niñas se daban cuenta de este afecto y cuántas veces, al visitar por las noches los dormitorios para asegurarse de que no les faltaba nada, se detenía para componer, a hurtadillas, un desgarrado desgarrón de una falda, o para ayudar a una

pequeña a pegar un botón, o sacar a otra de un apurillo por el estilo. Todo esto lo hacía como la cosa más natural, pero las Maestras se daban cuenta con agradecimiento y las niñas conservaban en la memoria el ideal de vida religiosa y de completa donación que se les mostraba a través de la humilde Hermana.

Enteramente a la disposición de los demás, Sor Josefa, en cuanto estaba sola, se refugiaba dichosa en su amado recogimiento, era la inclinación de su alma. Cuando ya se habían retirado una tarde las novicias, entró en el taller una religiosa a pedirle un favor. Sor Josefa cosía con afán, pero su actitud revelaba bien donde tenía su pensamiento; parecía perdida en Dios. La religiosa la contempló unos instantes con respeto, llamándola después suavemente. Josefa se estremeció; echó sobre su interlocutora una mirada llena de sobrenatural expresión y con su acostumbrada deferencia se levantó para escucharla, pero su alma parecía venir de muy lejos.

Así transcurrieron en lo exterior los días y los meses, marcando algunas fechas las etapas de esta vida uniforme. El 16 de julio de 1920, Josefa vestía el Santo Hábito. Gracias a la caridad de las Madres del Sagrado Corazón de Madrid, su madre y su hermana Angela, pudieron acompañarla ese día; para su corazón tierno y amante fué gran consuelo verlas y hacerles compartir su dicha. Volvieron dos años después, el 16 de julio de 1922 día

radiante de sus primeros Votos. Ni ellas, ni la familia religiosa de Josefa, pudieron traslucir la misteriosa unión que se realizaba entre el Corazón de Jesús y el de su Esposa.

Josefa entró después nuevamente en su vida escondida. Dos veces aún debía salir de ella. En mayo de 1923, sus Superiores decidieron seguir la indicación divina que quería alejarla por algún tiempo de la Abadía. Marchó pues a Marmoutier (1). Un mes de residencia allí, bastó para dejar el recuerdo del que la religiosa encargada de las Hermanas Coadjutoras da cuenta en estos términos: — «Sor Josefa Menéndez se ha sabido ganar la estima y el afecto de sus Hermanas por su fidelidad a nuestra Santa Regla, su amor al silencio, la sencillez de su trato; se presentaba en ella un alma unida a Dios. Enseguida se fundió en el conjunto, atribuyéndose siempre lo más penoso de los empleos generales y buscando las ocasiones de abnegarse y de prestar servicios».

Nuestro Señor le había dicho: — «Yo dejaré allí las huellas de mi paso». — Un conjunto de circunstancias pusieron efectivamente de relieve la obediencia y el espíritu religioso de Josefa, y a su Superiora de entonces dejó la impresión de gran virtud. Desde esta época los sufrimientos físicos que la aquejaban, hacía tiempo, se agravaron también; el Divino Maestro le había

(1) Casa Noviciado del Sagrado Corazón, cerca de Tours.

dicho que no tendrían remedio y Josefa guardaba en secreto, el anuncio de su muerte próxima; nada de esto se traslucía; sólo su fisonomía y su agotamiento exterior, dejaban presentir lo que su energía, abnegación y hasta su gozo, trataban de ocultar.

Regresó a la Abadía, mas, para ausentarse a los pocos meses. En octubre de 1923 se reunieron en Roma, para seguir los Santos Ejercicios cierto número de Superiores; Josefa siguió a la suya, para ayudar, según se creía, en el trabajo que en la Casa Madre ocasionaban las circunstancias. Otras eran las intenciones de Aquél que había dicho: — «Yo lo dirijo todo, y sé lo que conviene a mi Obra». — Y más tarde añadía: — «Así como después de un día oscuro el sol parece más hermoso, así, después de un gran sufrimiento mi Obra aparecerá más clara».

En el silencio que la envolvía, Josefa conoció, en efecto, en Roma, horas dolorosas, pero encontró también la luz y la paz que acompañan siempre a la fe en la autoridad y a la bendición del Sumo Pontífice. El 26 de octubre volvía a Poitiers para la última etapa de su vida, que debía de ser corta. Ella lo sabía.

Se entregó de nuevo al trabajo en sus empleos hasta que las fuerzas se agotaron, dando a entender a sus queridas compañeras de taller, que no debían contar con ella mucho tiempo. El 9 de diciembre su sed de la Eucaristía le dió ánimo para arrastrarse

aún a la capilla; aquella noche se acostó para no volverse a levantar.

La Profesión hecha el 12 de diciembre al mismo tiempo que recibía la Extremaunción, fué una fiesta del Cielo en la noche de esta vida. «El velo se descorría sobre el alma privilegiada de la que hasta entonces lo habíamos ignorado todo a su alrededor, escribe una religiosa. Su celda era más bien un santuario que una enfermería y en su lecho de muerte reflejaba paz celestial. A su lado y sin saber aún por qué, se sentía algo grande y sobrenatural. En los días siguientes la ví varias veces y le recomendé los Ejercicios de las niñas. —«¡Las quiero tanto!— me dijo— me alegra oírlas jugar, y aún más cuando las veo comulgar, pues pienso que Nuestro Señor habita en cada una. Sí, pido y pediré por ellas en el Cielo... Nuestro Señor,—continuó, como hablando consigo misma— me ha dado un corazón que ama mucho. ¡Amo tanto a la Sociedad, a todas mis Madres, a mis Hermanas, a las niñas! ¡Oh! ¡Tengo un corazón que ama tanto!»— Sería preciso poder traducir el acento de sinceridad y de caridad profunda que acompañaba estas palabras... «¡Ah! decía en otra ocasión, cuán necesario es que las novicias sean fervorosas y enérgicas; yo he tenido tantas luchas, que a veces me parecía imposible perseverar en mi vocación. Iba entonces a ver a la Madre Asistentista y salía confortada. He hecho un gran sacrificio al dejar Es-

pañía, pero por mi vocación no lo he dudado y hasta lo he hecho con gusto». Y añadió: «Lo que es necesario aprender bien durante el Noviciado para recordarlo siempre, es la obediencia. ¡Ah! si se comprendiese bien el mérito de la obediencia por espíritu de fe!» Y repitió varias veces recogíendose y como viendo en su alma la seguridad de su camino:—«...¡El precio de la obediencia por espíritu de fe!»

Otro día en que parecía sufrir mucho:—«Nuestro Señor quiere que se sufra mucho... —dijo— y de muchos modos». Permaneció en silencio unos instantes y luego continuó:—«He sufrido mucho... (y aquí su voz tomó un acento de firmeza inolvidable) pero se olvidan los sufrimientos... Sí, se olvidan los sufrimientos... Y ahora Nuestro Señor va a... (se interrumpió como escandalizada de lo que iba a decir). ¡Oh! no, prosiguió, no va a recompensarme, pues no he hecho nada... ¡va a hacerme bienaventurada!»...— Calló después como en el éxtasis de su felicidad... y añadió con ardor:—«¡Nuestro Señor es Bueno... es verdaderamente Bueno!»—y parecía saborear estas palabras, que repitió varias veces.

Obedeciendo a sus Superiores, Josefa tuvo aún fuerzas para escribir una carta de despedida a su madre y a sus hermanas. No pueden leerse sin emoción estos renglones tan sencillos y tan fervorosos. Dicen así:

«Miren queridas mías: yo estoy contenta de morir

porque sé que es la Voluntad de Aquél que amo. Además mi alma tiene deseos de poseerle y verle sin velos, como le vé aquí en la tierra. No lloren, ni estén tristes. Miren que la muerte es el principio de la vida para el alma que ama y espera. Nuestra separación será corta, porque la vida pasa muy pronto y luego estaremos juntas toda la eternidad. No crean que estoy triste. Yo les diré que estos cuatro años de vida religiosa han sido para mí, cuatro años de cielo. Lo único que deseo para mis hermanas, es que gocen como he gozado, pues crean que nada da tanta paz como hacer la voluntad de Dios. No crean que muero de sufrimiento ni de pena, al contrario. Mi muerte creo que es más de amor, pues yo no me siento enferma, pero tengo algo que me hace desear el Cielo porque no puedo pasar sin ver a Jesús y a la Virgen Santísima».

A su hermana, religiosa coadjutora en la Sociedad del Sagrado Corazón le decía expansi-
nándose con más intimidad:—«Muero muy feliz, pero nada me da esta felicidad sino el saber que he hecho la Voluntad de Dios. El me ha hecho andar por caminos muy contrarios a mi gusto y a mi deseo, pero El me recompensa en estos últimos días de mi vida que me encuentro vuelta en la paz del Cielo».—Después de unos cuantos consejos, añadía:—«No te entristezcas por tus miserias, Jesús es bueno y nos ama como somos. Yo lo veo por experiencia. Ten

confianza en su bondad, en su amor y en su misericordia. La Sociedad ha sido para mí una verdadera y tierna Madre, y Jesús me ha dado unas Superiores que han tenido para mí las mayores delicadezas. En la tierra no se lo puedo pagar, pero desde el Cielo yo las favoreceré, pues tendré a la Virgen que me dará lo que necesite. En Francia he sido muy feliz, pues es la patria de mi alma y donde el Señor me ha hecho muchos y singulares favores».—Terminaba por estas líneas:—«Siempre nos hemos querido mucho, querida hermana y ahora nuestra separación de algunos años nos unirá más íntima y fuertemente. Adiós, en el Cielo te espero, donde nos uniremos con los lazos de hermanas y con el amor de religiosas».

Algunos días más tarde, después de pasar por pruebas misteriosas y que debían completar su corona y consumir su ofrenda, se realizaba para Josefa en la soledad de su último suspiro la palabra del Divino Maestro:—«Sufrirás y abismada en el sufrimiento morirás»... «No busques alivio, puesto que soy Yo el que así lo dispongo»...—Era la consumación del Amor muy fiel, un sábado 29 de diciembre de 1923 a las ocho de la noche.

Al instante una impresión sobrenatural de gracia y de paz, se esparció por toda la casa; el Cielo parecía abajarse a la celda de la Hermana. Rodeada de azucenas Josefa descansaba...

Su rostro reflejaba la estabilidad serena de la eternidad, con una expresión de majestad que impresionaba. Parecía que el Corazón de Jesús, resplandeciendo ya a través de los restos mortales de su pequeño instrumento, oculto hasta entonces de modo tan divino, comenzaba a descubrir a las almas los Llamamientos ardientes de su Amor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

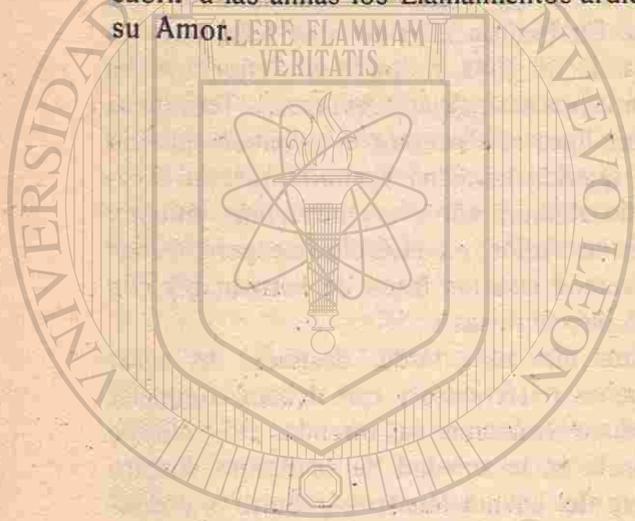
EL SECRETO DEL REY

"Yo te tendré escondida en mi Corazón y nadie te descubrirá".

El velo iba a descorrerse, en efecto, descubriendo las riquezas divinas de que el Corazón de Jesús se había dignado hacer depositaria a Josefa. Pronto se conoció algo de los Designios de Amor que cada día se habían ido imprimiendo en la trama de aquella vida tan escondida; pero, la más discreta reserva continuó guardando el secreto, cual sagrado depósito, en el santuario de su familia religiosa. Este secreto, es el que trataremos de revelar aquí, reservándole y sometiéndole, total y plenamente, al dictamen de la Iglesia, único juez en estas materias.

Lo que ante todo llama la atención y parece, a priori, una seguridad dada por Dios mismo, es la sombra y el silencio en que Josefa estuvo como envuelta; sombra y silencio que casi calificaríamos de divinos, de tal manera la guarda de Dios sobrepujó las posibilidades humanas. Este plan de sobrenatural prudencia se cumplió de un modo palpable y realizó prodigios diarios. Únicamente sus directores y superiores siguieron, paso a paso, a Josefa en un camino imprevisto, mientras que en la im-

Su rostro reflejaba la estabilidad serena de la eternidad, con una expresión de majestad que impresionaba. Parecía que el Corazón de Jesús, resplandeciendo ya a través de los restos mortales de su pequeño instrumento, oculto hasta entonces de modo tan divino, comenzaba a descubrir a las almas los Llamamientos ardientes de su Amor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL SECRETO DEL REY

"Yo te tendré escondida en mi Corazón y nadie te descubrirá".

El velo iba a descorrerse, en efecto, descubriendo las riquezas divinas de que el Corazón de Jesús se había dignado hacer depositaria a Josefa. Pronto se conoció algo de los Designios de Amor que cada día se habían ido imprimiendo en la trama de aquella vida tan escondida; pero, la más discreta reserva continuó guardando el secreto, cual sagrado depósito, en el santuario de su familia religiosa. Este secreto, es el que trataremos de revelar aquí, reservándole y sometiéndole, total y plenamente, al dictamen de la Iglesia, único juez en estas materias.

Lo que ante todo llama la atención y parece, a priori, una seguridad dada por Dios mismo, es la sombra y el silencio en que Josefa estuvo como envuelta; sombra y silencio que casi calificaríamos de divinos, de tal manera la guarda de Dios sobrepujó las posibilidades humanas. Este plan de sobrenatural prudencia se cumplió de un modo palpable y realizó prodigios diarios. Únicamente sus directores y superiores siguieron, paso a paso, a Josefa en un camino imprevisto, mientras que en la im-

mensa casa «des Feuillants» todas ignoraron hasta su muerte las maravillas de que habían sido testigos aquellos muros.

No es tampoco menos digno de notarse, el celoso cuidado con que Jesús quiso conservar el frágil instrumento, pequeño a sus propios ojos y a los ojos de los demás. — «No es por lo que tú eres, por lo que te he escogido, sino por lo que tú no eres, — le dirá continuamente el Señor— porque así tiene donde colocarse mi grandeza y mi Amor».

«Quince días de deliciosa paz, — nota Sor Josefa — siguieron a mi entrada en el postulado». — Mas pronto se levantó contra ella el poder infernal, al que la Sabiduría divina iba a dejar omnimoda libertad. Josefa pareció sumergirse en una noche profunda. Tentaciones, normales al principio, tomaron de repente una violencia extraordinaria y pronto fué evidente que el demonio pretendía atacar la vocación de esta alma generosa. Nunca había conocido semejantes asaltos. — «La misma muerte, — dice ella — no me daría más sufrimiento». — Sin embargo, fiel a la Regla, constante en su trabajo, preludiaba en estas luchas, las que había de sostener toda su vida contra el enemigo de las almas. En medio de combates ya excepcionales, repetía sin cansarse la palabra dada por la obediencia: — «Ser fiel... si, quiero ser fiel».

«Esto así, — escribe — hasta que mi Jesús quiso hacerme conocer claramente su divina visita, dán-

dome desde entonces tanta luz como fuerza». — El 5 de junio de 1920, después de un formidable asalto infernal, Josefa arrodillada entre sus Hermanas a la hora de la Adoración de la tarde, se sintió sumida en lo que llama con su sencillez: — «un sueño muy dulce» — y se despertó en la Llaga del Corazón Divino. — «No puedo explicar lo que pasó, — escribe — ¡Jesús, no os pido más que amaros y ser fiel a mi vocación!»

Al resplandor de la divina luz que la inundaba, veía los pecados del mundo y se ofrecía a dar su vida para consolar al Corazón de Jesús. Un deseo vehemente de unirse a El la devoraba y ningún sacrificio le parecía demasiado costoso para perseverar en su vocación. La noche había desaparecido en la claridad de Dios y la desolación se había disipado ante la felicidad insondable. — «Mi Dios es quién lo ha hecho, — continúa Josefa en las notas escritas por obediencia — tanta bondad me confunde; deseo amarle con locura. No le pido más que dos cosas: Amor y agradecimiento a su Corazón... Conozco más que nunca mi debilidad, pero también como nunca espero de El valor y fortaleza. Nunca había yo descansado en esa Divina Herida, pero ahora conozco un poco donde refugiarme en los momentos de tribulación; es un lugar de descanso y de mucho amor».

El 29 de junio, después de varias apariciones de este Corazón que se le presentaba siempre como incendiado, el Divino Maestro se mostró a ella con

un delicioso resplandor.—«En la Santa Misa, poco antes de la elevación, —escribe— ¡mis ojos, estos pobres ojos, han visto al Unico Deseado de mi alma, a mi Dios y Señor! Su Corazón estaba envuelto en una llama ardiente; sonreía un poco; El mismo me ha acercado a su Divina Herida. Así estaba anadada en presencia de tanta luz y tanta hermosura, cuando me ha dicho estas palabras con una voz dulcísima, al mismo tiempo que muy grave:—«Así como Yo Me inmolo como Víctima de Amor, así quiero que tú seas mi víctima. Pero ya sabes que el amor nada rehusa».— El Corazón de Jesús se había abierto para no volverse a cerrar.

Y ahora es preciso ya, seguir el surco de gracias que va abriéndose cada vez más ancho y más profundo en esta alma, hasta el día en que Nuestro Señor, habiendo terminado su Obra, esconderá para siempre en su Corazón al instrumento formado por El.

Ante todo se constituye en Maestro interior, encargándose El mismo de su formación religiosa. El la instruye, la dirige, la reprende, la perdona y la sostiene. Sus visitas se suceden, sin que Josefa las prevea. La espera en su empleo, va a encontrarla en su trabajo, o viene a enseñarle a orar. Se le presenta cuando menos lo piensa y se oculta cuando es deseado. Pasa delante de ella como un relámpago, para advertirla de un descuido en el amor y la detiene a sus plantas para explicarle sus deseos. Le trae su Cruz y su Corona; la reclina sobre su Cora-

zón con divina condescendencia y le recuerda con el poder de su Majestad su dominio sobre ella. Los pormenores de la vida religiosa, las vicisitudes de la vida espiritual, así como sus secretos más profundos son esclarecidos a su hora, por la divina enseñanza. Continuamente insiste el Maestro en el fundamento del amor generoso, con sus consecuencias prácticas, de obediencia, fidelidad, olvido de sí, confianza y valeroso abandono. La Santa Regla es el camino seguro por donde la conduce, la obediencia el baluarte que le exige, su Corazón Sagrado el horizonte que le abre.

Estos divinos encuentros con Josefa se esparcen, en ciertas épocas, durante todo el día, otras veces son menos frecuentes, y en ocasiones, la ausencia del Amigo Divino se deja sentir largos meses. Nunca se le permiten goces inútiles en medio de estos favores celestiales, la razón de ellos la fe la señala. Josefa aprende así la perfección a que su vocación la obliga y se afianza más y más en el don de sí misma a la Voluntad de Dios.

La Santísima Virgen no tarda en ocupar, al lado de su Divino Hijo, el lugar que le corresponde.—«Cuando Jesús fija su mirada en un alma, —le dirá ella cierto día— Yo descanso a esa alma sobre mi Corazón».— También se presenta a su hija:—«¡Tan hermosa... tan Madre!»—!... que Josefa no encontrará palabras con que poderse expresar. Cumples la Virgen Santísima la misión discreta de compasiva ternura y de fuerte bondad que tan per-

fectamente le corresponde. Deja a Jesús en el primer plano de esta misteriosa educación y solo interviene cuando se trata de tranquilizar, de fortalecer a su hija que duda o que teme.

La advierte, la levanta, la inicia en los caminos de su Hijo y la prepara a su venida. Cuando Josefa vacila la vuelve, como de la mano, a la senda de la Voluntad de Dios. La enseña a reparar sus caídas y a guardarse de las acechanzas del enemigo. En fin, está a su lado asistiéndola en los peligrosos combates que el demonio lanza contra ella y la defiende poderosa «como un ejército formado en orden de batalla».

Santa Magdalena Sofía comparte con la Virgen Inmaculada esta acción maternal. En los claustros de la Abadía, que hollaron sus plantas, en su celda, a la sombra del Sagrario ante el cual oró, se aparece a su hija con aquel rostro expresivo y lleno de viveza que le era propio y en el que se han impreso ya los destellos eternos. Josefa le habla como lo hace a sus Madres de la tierra, con sencillez y confianza. Escucha sus recomendaciones, recoge sus consejos, le cuenta sus dificultades, se fía de su palabra y se abandona a su bondad. A su lado se siente segura en la gracia de su vocación.

Estas apariciones celestiales no sorprenden su fe; demasiado en contacto con lo sobrenatural, para complacerse en un goce, no los desea, no los analiza, no se detiene en ellos, su alma sencilla, los deja a un lado y va derecha a la lección del «mayor

amor» que le repite la gracia oculta bajo las apariencias sensibles. Así mostraba el Señor a través de la misteriosa historia del alma que El guiaba, lo que desea ser, como Maestro interior, a todas aquellas que creen en su presencia, que se abandonan a su acción, que le hablan de todo, y todo lo esperan de El.

Al mismo tiempo, completando y corroborando la acción divina, aparece a través de toda la vida religiosa de Josefa la prueba de la contradicción. Piedra de toque de lo sobrenatural y de la virtud verdadera, esta prueba no podía faltar a Josefa, que anduvo su camino siempre combatida.

En primer lugar recibió a intervalos, órdenes formales dictadas por la prudencia que debía probar la realidad de lo que veía y oía. Estas órdenes, que secundaban los designios de Dios, pusieron de manifiesto la obediencia y el desprendimiento de la humilde religiosa.

Josefa trataba en esas ocasiones, con invariable espíritu de fe y entera generosidad, de cerrar los ojos de su alma y de resistir a la moción divina. ¿No le había dicho desde el principio el Divino Maestro:—«Quiero que obedezcas, y Yo también obedeceré?»— Pero, ¡qué sufrimiento tan íntimo, sentirse en un camino que despertaba celos a su alrededor! ¡Qué temor de engañarse y de engañar a los que la dirigían! ¡Qué angustias, hasta el día en que la dolorosa incertidumbre, ahondando en su alma nuevas profundidades de desprendimiento y

de humildad, el Maestro Divino pedía le dejasen libre el paso.

Más aún que en torno suyo, fué en ella misma donde Josefa encontró la oposición. El amor que en alto grado tenía a la vida común y laboriosa, la comprensión sobrenatural, que le permitía apreciar intensamente su rango de Hermana coadjutora en la Obra del Sagrado Corazón, su natural activo y enérgico para el trabajo, fueron sin cesar fuentes de repugnancia y contradicción frente al camino que el Señor abría ante ella. Sus notas escritas por obediencia con tanta lealtad, atestiguan estas luchas interiores. Unas veces encierra en el secreto de su corazón el temor de que estas vías extraordinarias, la aparten de su querida vida común y sean obstáculo a su vocación. Otras siente como una invencible oposición, cuando en medio del trabajo, tiene que responder a las llamadas de Nuestro Señor, dar cuenta de sus visitas, transmitir sus deseos, escribir o simplemente recibir las predilecciones de su Maestro. Y sin embargo, circunstancia bien digna de notar, nunca resiste a lo que este camino lleva consigo de doloroso.

A ciertas horas, otras angustias y ¡cuán más agudas! se levantan en su alma como oleadas de tempestad. Era, ante las gracias recibidas, el temor de la responsabilidad, sentimiento que el demonio supo explotar haciéndole a veces abrumador. Era el miedo de extraviarse en un camino para ella desconocido, miedo que se despertaba con más viveza

al recuerdo de ciertas prohibiciones impuestas en el tiempo pasado, turbación ésta, desconcertante para su fe en la autoridad. Hubiera querido irse para librarse de la mentira en que se creía envuelta.

Después que la prueba había pasado, Josefa, recobraba la luz, casi siempre por mediación de su Madre del Cielo. Entonces se volvía hacia su Maestro, con toda la espontaneidad de su amor tan puro y toda la energía de un abandono reconquistado. El perdón divino la esperaba.—«Mi Sangre todo lo borra»—, le decía, y como precio de este perdón Jesús reclamaba la ofrenda:—«Josefa, dime una vez más, que por mi amor quieres llevar la Cruz de mi Voluntad».

Esta Cruz debía hacerse aún más pesada para sus débiles hombros. La oposición, en efecto, se la hizo y cuán potente, el enemigo de todo bien, al que Dios dejó tan gran libertad, y que pareció confirmar la importancia sobrenatural de las primeras gracias recibidas.

Desde su Postulado había experimentado Josefa la violencia extraordinaria que el infierno desencadenaba contra ella. En la aparición del 5 de junio, la Omnipotencia del Corazón Divino había defraudado el poder infernal. Se siguió una tregua de paz; quería el Señor fortalecer la fe del frágil instrumento, que El había escogido y hacer evidente su divina acción a los ojos de sus directores, antes de dejar rienda suelta a Satanás. Cuando llegó ese momento la medida de las gracias recibidas no pare-

ció demasiado colmada, al compararla con la lucha que comenzó a trabarse. Josefa pasó por combates, humillaciones, dolores, ante los cuales, nuestras pruebas de orden puramente humano, parecen sólo sombras. Estas intervenciones diabólicas, de inusitada violencia, parecían tener un objetivo único: arrancar a Josefa de su vocación, arruinando por el hecho mismo, los planes de Amor y de Misericordia para los cuales la había escogido Dios como instrumento. Tentaciones, obsesiones, persecuciones sensibles, luchas cuerpo a cuerpo, verdadero martirio, del que sus miembros llevarán las señales al sepulcro. Pronto se dice y se escribe, pero ¡qué de heroísmo escondido, en esta ruda batalla de días y de noches, cuya violencia podían solamente sospechar, los testigos que la presenciaban y en la que la generosa hermana defendía a tanta costa, su vocación y su fidelidad!

Josefa vivía, sin embargo, entre sus Hermanas y únicamente en su fisonomía se podían traslucir sus sufrimientos. Siempre igual de carácter, siempre abnegada, envuelta en el silencio que ocultaba el misterio. Conocía la palabra de su Maestro y la lanzaba sin temor a la faz de su adversario:—«No tienes más poder que el que se te ha dado de arriba».—En medio de estas luchas el alma de Josefa se hacía más fuerte. No temía ni las amenazas, ni los golpes; más le angustiaban las densas tinieblas que oscurecían su espíritu en horas de cruel obsesión. Entonces sentía en ella como dos seres

contrarios, pareciéndole que el amor del uno, no era bastante para vencer la rebelión del otro; horas de indecible sufrimiento que fueron las de mayor crucifixión de su vida. De ellas salía purificada por la humillación, más unida al Corazón divino cuya Misericordia conocía mejor y más afianzada en el abandono, muy meritorio, a su Voluntad incomprensible.

Por permisión divina conoció también los misteriosos contactos con el Infierno. Descendió al abismo de fuego, pasó allí horas que le parecieron siglos y tuvo vista clarísima de la pérdida de las almas, experimentando el dolor de los dolores: ¡el dolor de no poder amar!

Compraba, sin duda, por medio de estas expiaciones la salvación de muchas almas y Satán que creía triunfar de su víctima, no hacía sino completar en ella el plan divino concebido por el Amor.

Josefa, se quedaba después de estos contactos, como aniquilada por lo que había visto y oído.—«Todos los sufrimientos del mundo son nada,—escribía—si pueden impedir que una sola alma caiga en el infierno. Lo que veo me da gran ánimo para sufrir. Comprendo el precio de los sacrificios más pequeños. Jesús los recoge y se sirve de ellos, para preservar a muchas almas de tales tormentos».

La Santísima Virgen subraya también el plan divino:—«La vista de ese número incalculable de almas que están aprisionadas por toda la eternidad, le decía, y que ni una sola de ellas podrá producir

un sólo acto de amor, debe moverte a hacer, ¡tú que puedes amar! un constante y repetido eco de amor, que borre las continuas y repetidas blasfemias».

Tanto sufrimiento, custodiado por la guarda de Dios, seguirá siendo un secreto impenetrable, en cuanto a su realidad; sin embargo por poco que en él se penetre, explica bastante sobre qué sólidas bases quiso el Señor establecer su Obra, por qué crisol hizo pasar a Josefa, a qué precio inclinó hacia ella a los que debían guiarla en su nombre, guardando al mismo tiempo así a su hija predilecta, en la seguridad de la humillación.

A través de las alternativas más o menos acentuadas de estas luchas, Jesús proseguía sus Designios. El, que parece dormido en la barca azotada por las olas, se despierta, a la hora que ha fijado. Con el Magisterio que le pertenece, se levanta, manda a los vientos y al mar:—«Calla, enmudece» y al instante se sigue una gran bonanza. Se muestra a su Esposa, la reclina sobre su Corazón para abrasarla en sus ardores y hacerle oír sus divinos latidos; aquello que había presentado ella a través de la tempestad desencadenada: ¡El clamor inmenso de las almas!

Este llamamiento de su vocación Sor Josefa lo comprendió desde su niñez. Los grandes horizontes apostólicos dilataron presto su corazón y ocuparon sus plegarias. Pero Nuestro Señor se reservó también el cultivo de esta primera gracia.

Ya en los comienzos de su Noviciado le revela su Sed de almas y la asocia a ella; le enseña lo que significa «salvar almas» y el precio que cuestan. Le infunde el espíritu de Reparación, tan conforme a su vocación religiosa. Un día le muestra «una fila interminable de almas», escribe en su lenguaje sencillo. —«Todas estas almas te esperan»,— le dice el Señor. Desde entonces puede decirse que Josefa trabaja y sufre de continuo por las almas que su Maestro le confía.—«Vamos a ocuparnos de las almas»,—le repite con un ardor que ella no sabe expresar.

Por ellas le enseña a hacer suya la Plegaria Divina, repitiendo con El la preciosa ofrenda de su Sangre y de su Corazón. Josefa se identifica con la gran impetración divina del Santo Sacrificio de la Misa y del Sagrario, uniéndose a Jesús que se ofrece a su Padre por la salvación del mundo.

Por ellas solicita Jesús, penitencias y mortificaciones que Josefa multiplica con la aprobación de la obediencia con generoso desprecio de su cuerpo.

Por ellas en fin, la quiere víctima y la asocia misteriosa y sensiblemente a los dolores de su Pasión. —«¿Quieres mi Cruz?» le pregunta a menudo, y durante largas horas Josefa lleva esta Cruz cuyo peso la abruma visiblemente. La Corona de espinas se clava en su cabeza, que no puede apoyar en parte alguna, mientras que un agudo dolor de costado, la asocia a la lanzada que abrió el del Salvador. Y no obstante trabaja de continuo, no descansa

nunca; de noche sobre todo, está de guardia cerca de su Maestro. Una, entre otras muchas, el Señor se apareció a Josefa. Esta se levanta. —«Toma mi Cruz, le dice, mis clavos, mi corona, estos son mis tesoros, pero como eres mi Esposa, no temo dejártelos... Yo... iré a buscar almas». — Entonces su Corazón se dilata y las llamas se escapan de El. — «Quiero que todas Me conozcan y Me amen... Vamos a atraerlas dentro de mis Llagas... Iré a buscarlas y cuando las encuentre vendré a tomar mi Cruz».

Pero estos sufrimientos corporales son pequeños comparados con los del alma. Nuestro Señor hizo comprender a Sor Josefa algo de lo que fué su Agonía bajo el peso de los pecados del mundo, y algo del desamparo que le hizo exclamar: — «¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Por qué Me has abandonado?...» — Entonces el Señor sostiene su ánimo repitiéndole la gran enseñanza de la Redención: — «¡Valen tanto las almas!»... — Le recuerda también el sentido de la Divina Elección: Es un llamamiento al amor que se inmola. — «No olvides que las almas que Yo escojo tienen que ser víctimas, conmigo por el mundo».

Esta colaboración constante a la Obra Redentora, ocupa los días y las noches de Josefa. El pensamiento de las almas la embarga por completo, y la palabra del Maestro se realiza verdaderamente en ella. — «Yo viviré en tí y tú vivirás por las almas».

Así la condujo el Señor a la realización de sus Designios. Cuando la formó en su escuela y la purificó por el sufrimiento, cuando la asoció a los ardores de su celo, y fué toda suya por los vínculos y compromisos religiosos, el Corazón Divino hizo de ella el Instrumento de su Obra.

El 16 de julio de 1923, día bendito de sus Votos, cuando a la faz del cielo y de la tierra, Josefa, victoriosa de los asaltos del enemigo, se ofrecía en la plenitud de su amor y de su fe, Jesús se le apareció. — «¡Era hermosísimo! dice, tenía su Corazón muy encendido y su Llagas muy abierta. Me atrajo a El y me hizo entrar dentro de su Herida y me dijo: — «Ya te tengo aprisionada. Desde toda la eternidad Yo he sido tuyo. Hoy, para siempre tú eres mía. Tú, Josefa, trabaja por Mi... Yo trabajo por tí! Tus intereses son míos, mis Intereses son tuyos». — Y añadió con ternura divina: — «¡Mira como Yo te he sido fiel!» — Después con una voz llena de Majestad y de Fortaleza dijo: — «Y ahora, ¡voy a empezar mi Obra!»

LA SEÑAL DIVINA

«Por el fruto se conoce el árbol». A la luz de este principio evangélico salido de los labios de la Sabiduría Divina, es como se mide toda virtud y como se confirma en la tierra toda acción sobrenatural. Respondiendo un día a una instante y secreta oración de los directores de Josefa, inspirada por la duda, decía el Señor a la humilde hermana que no sospechaba estas plerplejidades: — «Que no Me pidan más señales, Josefa, la señal la daré en ti». — Respuesta divina, que debía en efecto realizarse día tras día, imprimiendo en los cuatro años de esta corta vida religiosa una marca que parece no poder engañar.

La señal divina fué primero visible en la sencillez de niña que la hizo entrar, como naturalmente en el Reino de Dios. Fué una de esas almas muy pequeñas que encantan el Corazón del Rey del Cielo y que son aptas para descubrir sus secretos. Se ignoraba a sí misma, dócil y confiada, su espontaneidad sin rodeos llamaba, a primera vista, la atención. Ni su piedad era rebuscada ni había com-

plicaciones en su vida espiritual. La base sólida de la fe, la preservaba de exageraciones vanas y de entusiasmos pasajeros. Iba a Dios rectamente. Esta sencillez, que la colocaba sin esfuerzo, a nivel de las comunicaciones divinas, le hacía atravesar las pruebas, sin medir su extraordinario alcance, volviendo sin esfuerzo ni trabajo cuando cesaban unas y otras, al plano de la vida ordinaria.

La manera de dar cuenta de sí era la de una niña sin pretensiones. Cuando su Excelencia Monseñor de Durfort, obispo de Poitiers, la vió y conversó con ella, siempre le llamó la atención su extremada sencillez que bajo las formas de un candor ingenuo, pero respetuoso, dejaba traslucir el interior de un alma cuya mirada no buscaba más que a su Dios. Hasta el estilo y caracteres de letra de sus Notas son la expresión de un corazón sin repliegues.

La humildad y la caridad, dobles rasgos del Corazón de Jesús y que la Iglesia ha reconocido como sello distintivo de la Santa Fundadora del Instituto debían ser también señales de seguridad con que Dios marcó la virtud de Josefa.

La *humildad* añadía a su sencillez cierta madurez y seriedad. Era ella el fondo de la vista clara de su pequeñez comprobada en la verdad. Durante mucho tiempo, costaron al natural altivo de Josefa las prácticas exteriores de humildad en uso en la vida religiosa y cuyo precio conocía. Nuestro Señor permitía, sin duda, estas repugnancias para ejer-

citar así su amor en estas cosas pequeñas y para que palpando de este modo su flaqueza, se considerase Josefa como la última de todas. Límites más extensos alcanzaba esta humildad de la que son consecuencias lógicas y obligadas, el olvido de sí, el sacrificio continuo, la convicción de su propia nada, tan efectiva a veces, que en ella se apoyaron en ocasiones, las luchas que encontró en su camino, no aceptándolo sino por una sumisión heroica a la Voluntad Divina, de tal manera la suya le era opuesta por juzgarse incapaz de todo bien. La desconfianza de sí misma, el desprendimiento del propio juicio, la humilde confianza en la autoridad marcaron todos sus pasos.

La humildad de Josefa, parecía tanto más auténtica, cuanto que se expansionaba en *caridad* sobrenatural, que de día en día dilataba su corazón en el de Jesús.

Una virtud menos segura, hubiera podido autorizarse de las gracias recibidas, para apartarse de la vida común, singularizándose, complaciéndose en sí misma. Nada de esto sucedió. Cuanto más le descubría el Corazón de Jesús sus secretos y más la llenaba de su vida, más profundas eran las fuentes de caridad que abría en su alma y que brotaban al menor contacto. Ella, tan próxima del Invisible y tan sumergida en lo Divino, aparecía cada día más servicial, en medio de sus Hermanas. No ponía límites al don de sí misma, de su interés, de su oración y bien se daban cuenta de esto a su alrededor. El

mundo entero, que hubiera ella deseado ganar para Dios, había llegado a ser su horizonte habitual, pero al mismo tiempo su mirada atenta no dejaba escapar una ocasión de complacer a las que vivían a su lado. Además del mundo de las almas, de su familia religiosa, había sitio en su corazón para ese otro mundo, reflejo de la Belleza y de la Bondad de Dios que llamamos la Naturaleza: los pájaros, los insectos, las flores... el firmamento y sus estrellas... todo lo amaba, con ese afecto amplio y fuerte, cándido y sencillo que debía encantar el Corazón de su Maestro porque en Josefa todo esto era sólo la expansión de su amor hacia El.

La *obediencia* será siempre la señal entre las señales; con ella podemos decir que subraya el Señor a los que El elige con divina elección. Esta obediencia que los testigos de la vida diaria de Josefa señalan como característica suya, debía afirmarse más en el plano de acción sobrenatural en que la colocó la Voluntad de Dios. Los que comprobaron el Espíritu que la guiaba, pudieron admirar hasta qué punto llegó su perfecta sumisión de juicio y su entera docilidad de corazón. Ni un deseo, ni un apego, ni una reserva; adhesión entera y total a la línea de conducta trazada, un desasimiento completo que no le permite jamás volver sobre las gracias recibidas, con un sentimiento de complacencia. Josefa que las anotaba por obedecer y con tanta repugnancia, no pidió jamás leer estas notas. Todo lo entregaba y abandonaba a sus Superiores. El

22 de noviembre de 1920, le decía el Señor:— «Te he atraído a mi Corazón para que no respires más que para obedecer. Sabe bien, que si Yo pido una cosa y tu Madre otra, quiero mejor que la obedezcas a ella que a Mí».

La dirección que recibió exigía que no respondiese una sola vez, ni se abandonase sin permiso a las celestiales visitas. Nuestro Señor apoyaba la importancia de esta decisión y velaba para que se cumpliese:— «Ve y pide permiso»—, insistía. El mismo le explicaba hasta qué punto y con qué detalle debía de ser confiada, transparente, dócil y flexible con sus Superiores. Cuántas veces, en una u otra forma, le repetía la misma enseñanza religiosa:— «Búscame en tu Madre. Recibe sus palabras como si brotaran de mis labios. Estoy en ella para guiarte».— Josefa consideró siempre la obediencia desde este punto de vista que nos muestra la fe y así fué siempre fiel a ella.

El amor de la Regla y de la vida común debían ser como el marco a las gracias de Dios y la salvaguardia contra los lazos y las ilusiones del demonio. Este culto de la vida común y ordinaria, hubiera hecho abandonar fácilmente a Josefa, el camino trazado por su Maestro si la Voluntad de Dios no se hubiera impuesto más de una vez, triunfando de las repugnancias de la Hermana, pero estas mismas luchas probaban hasta qué punto quería ella no apartarse de la senda segura de su vida religiosa. La Regla que observó con tan delicado es-

mero, exigió de Josefa a ciertas horas un valor y una energía no sospechadas a su alrededor. Bajo las amenazas del demonio y en la incertidumbre moral de los furiosos ataques que le preparaba, en cuanto tocaba la campana llamándola a un ejercicio, Josefa se sobreponía al temor natural, todo lo afrontaba por amor y para permanecer fiel.

¿Será aún necesario añadir que la señal divina parece impresa también en la perfecta *concordancia* entre la Santa Regla, tan amada de Josefa, y las lecciones que el Corazón de Jesús le daba; entre el espíritu que las anima y el que la Santa Fundadora legó a sus hijas? Espíritu de amor y de generosidad, de reparación y de celo que debe distinguir a cada uno de los miembros de la Sociedad, marcándolos con el carácter de Esposa, de Víctima y de Apóstol. Sor Josefa, que poseía este espíritu en tan alto grado, fué arraigada en él por su Maestro Divino. A la luz de Dios juzgó que no podía establecerse punto de comparación entre todas las gracias que recibía y las de la vocación, la dirección de la obediencia y la seguridad de la Regla.

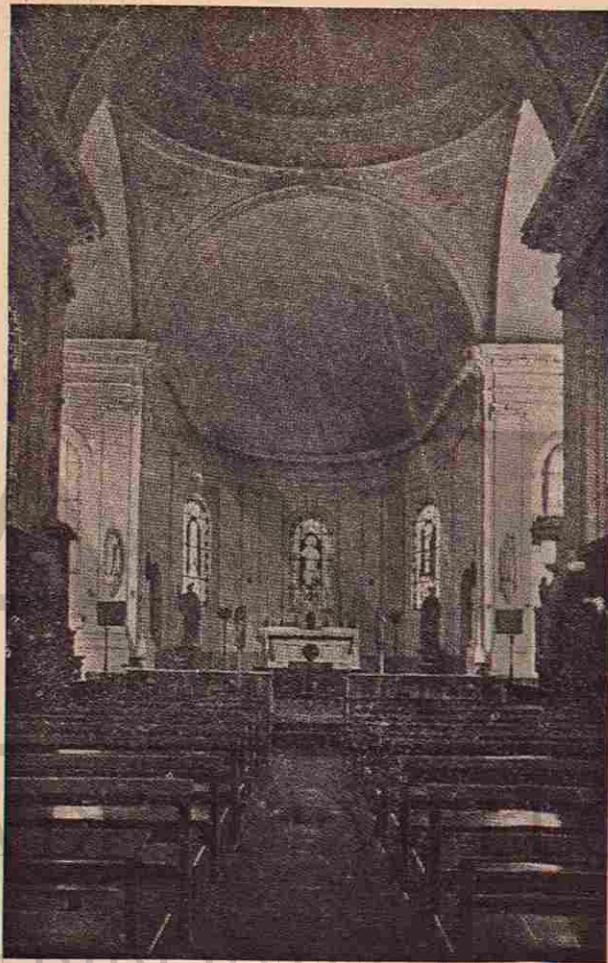
La señal prometida, la dió pues, en ella, el Señor, día tras día, hora tras hora, en el detalle de su vida religiosa, cuando el silencio se hacía en torno suyo, y que nadie sospechaba la suma de generoso amor, oculto bajo tanta obscuridad.

Más hubo horas, días y hasta meses, en los que su obediencia y espíritu de deber, su valor y su sumisión a la Voluntad de Dios, su fe y su abandono a

la conducta divina llegaron hasta el heroísmo y cuántas veces los testigos de sus luchas y de sus sufrimientos admiraron en aquella criatura tan sencilla, tan ignorante de sí misma y tan fiel, la libertad y la omnipotencia de la gracia poniendo en el Instrumento la marca de una virtud libre de engaño.

La historia de su vida iba a cerrarse, en fin, con el sello de Dios: la muerte como El se la había predicho. Anunciada la primera vez a Josefa, por la Santísima Virgen en diciembre de 1921, el tiempo y las circunstancias le fueron reveladas poco a poco por Nuestro Señor mismo. Josefa advirtió a sus Superiores bajo la afirmación de la palabra divina, que no terminaría en la tierra los últimos días del año 1923. En efecto, en la época que El había señalado y de la manera fijada por El, el Dueño de la vida y de la muerte, vino, como El *Solo* puede hacerlo, a sellar con su Divina Mano, la Obra de su Corazón!

LOS LUGARES VENERADOS «DES FEUILLANTS»



LA CAPILLA

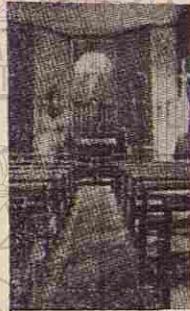
donde Josefa tomó el hábito e hizo los votos



Oratorio del que Sor Josefa fué sacristana.



Claustro de San Bernardo



Sala del Noviciado



Celda que ocupó Sor Josefa



Taller de Sor Josefa.



Refectorio de las Religiosas.

LOS DESIGNIOS DE AMOR

"Yo obraré en ti.

"Yo hablaré por ti.

"Yo Me haré conocer por ti".

En cuanto Josefa Menéndez se ligó por los Santos Votos al Corazón Sagrado de Jesús, fué evidente que iba a ser entre sus manos el Instrumento de un gran Designio de Amor. Ya repetidas veces le había advertido el Señor de sus Divinos proyectos.—«A pesar de tu indignidad y miseria,—le había dicho—Me serviré de ti para realizar mis Designios».— Y concretando su pensamiento:—«Te quiero Apóstol de mi Bondad y Misericordia».— Y como Josefa temblase ante esta elección divina:—«Ama y no temas nada,—continuaba—Yo quiero lo que tú no quieres... Yo puedo lo que tú no podrás... «Recuerda mis palabras,—proseguía otra vez—y cree en ellas. El único deseo de mi Corazón es aprisionarte en El y poseerte y después hacer de tu pequeñez y de tu fragilidad un canal de Misericordia para muchas almas que se salvarán por medio de ti... No son tus méritos los que Me inclinan a servirme de ti, pero quiero que las almas



Oratorio del que Sor Josefa fué sacristana.



Claustro de San Bernardo



Sala del Noviciado



Celda que ocupó Sor Josefa



Taller de Sor Josefa.



Refectorio de las Religiosas.

LOS DESIGNIOS DE AMOR

"Yo obraré en ti.

"Yo hablaré por ti.

"Yo Me haré conocer por ti".

En cuanto Josefa Menéndez se ligó por los Santos Votos al Corazón Sagrado de Jesús, fué evidente que iba a ser entre sus manos el Instrumento de un gran Designio de Amor. Ya repetidas veces le había advertido el Señor de sus Divinos proyectos.—«A pesar de tu indignidad y miseria,—le había dicho—Me serviré de ti para realizar mis Designios».— Y concretando su pensamiento:—«Te quiero Apóstol de mi Bondad y Misericordia».— Y como Josefa temblase ante esta elección divina:—«Ama y no temas nada,—continuaba—Yo quiero lo que tú no quieres... Yo puedo lo que tú no podrás... «Recuerda mis palabras,—proseguía otra vez—y cree en ellas. El único deseo de mi Corazón es aprisionarte en El y poseerte y después hacer de tu pequeñez y de tu fragilidad un canal de Misericordia para muchas almas que se salvarán por medio de ti... No son tus méritos los que Me inclinan a servirme de ti, pero quiero que las almas

vean cómo mi poder se sirve de instrumentos débiles y miserables».

El 6 de Agosto de 1922, algunas semanas después de pronunciar los primeros Votos, al comenzar la Novena preparatoria a la fiesta de la Asunción, Nuestro Señor se aparecía a Sor Josefa:—«Ven, le dijo aproximándola a su Corazón, ahora que estás bien convencida de tu miseria y de tu nada. Desde hoy las palabras que te digo no se borrarán jamás».—«Le he respondido,—dice Josefa—cuánto temo que su Obra de Amor la ponga en mis manos; pues bien sabe que a pesar de mis buenos deseos, soy capaz de todo lo peor. De su Corazón ha salido un fuego que parecía me abrasaba y con tanta bondad me ha dicho:—«Josefa, Esposa de mi Corazón, empieza mi Obra, agarrada de la mano de mi Madre. ¿No te da ésto ánimo?»—Entonces como descorriendo el velo del porvenir ante los ojos de Josefa postrada a sus pies añadió:—«Nada de lo que Yo te digo se borrará jamás. No me importa que seas, hasta este punto, pequeña y miserable, soy Yo El que lo haré todo».—Y después de una larga efusión de caridad terminó diciendo:—«Si, te enseñaré mis secretos, y tú serás ejemplo vivo de mi Misericordia, pues si contigo que eres miseria y nada tengo tanto amor y predilección, ¿qué no haré con otras almas mucho más generosas que tú?»

Desde este momento la Obra del Amor iba a revelarse y desenvolverse. Parece que un doble fin puede resumir el plan y permitir, como decía un

día Nuestro Señor, «admirar todos los detalles». Lo que se desprende ante todo de las enseñanzas de su Corazón, de su conducta con Josefa y de las gracias que le concedió, es el sello doctrinal que pone de relieve las bases y los principios que orientan y sostienen nuestra fe. El Señor ha querido recordarlos a las almas, como en una divina «Lección de Cosas».

En primer lugar afirma *el soberano Dominio del Creador* sobre su criatura y lo que exige de ella cuanto a dependencia de su Voluntad y abandono a la conducta de su Providencia:—«No te olvides,—le dice—que tengo todo derecho sobre ti. Déjame hacer de ti lo que Yo quiero».—Y estas palabras:—«Déjame hacer... Déjame obrar... Déjame disponer de ti.. Déjame libertad en ti»,—vienen continuamente a afirmar esta totalidad de sus derechos.

Al mismo tiempo la historia de Josefa es la de la *Providencia* que no se equivoca en sus caminos. —«Deseo,—le había dicho un día—que tu pequeñez se deje conducir y guiar por mi mano paternal sabia e infinitamente fuerte... Te manejaré como conviene a mi Gloria y al provecho de las almas. Nada temas pues te guardo con esmero como la más tierna de las madres cuida de su hijo pequeño».—Magnífica definición de la Fidelidad divina que puede decirnos siempre en cada encrucijada de nuestros caminos como le decía a Josefa:—«Jamás faltó a mi palabra».

Es también la *Presencia de gracia* en el interior

del alma, fundamento de su incorporación a la Vida divina, lo que el Señor enseña y afirma:—Estoy en ella, dice, vivo en ella, Me complazco en hacerme Uno con ella...»— Pero en cambio pide que no le deje nunca solo, que Le consulte en todo, que Le pida todo y particularmente que se revista de El y que desaparezca bajo su Vida. —«Cuánto más desaparezcas, más seré Yo tu vida». ¿No es éste el comentario a la palabra de San Pablo:—«Vivo Yo... mas no yo, sino Cristo es quien vive en mí»?

Luego insiste sobre el *Valor de esta unión vital con El*, que transforma las menores acciones y actividades humanas, revistiéndolas del «oro sobrenatural» de sus Méritos. ¡Cuántas veces, Jesús mostró a Josefa de un modo evidente lo que el Amor realizaba por medio de sus acciones unidas a El! Así pretendía el Señor, reanimar en las almas la fe en esta verdad tan consoladora pues pone esta divina riqueza al alcance de todas.—«¡Cómo las almas,—le decía—cobrarán ánimo viendo el fruto divino de su vida ordinaria»!

Y aquí tocamos al dogma que parece ser el nudo de estas magníficas enseñanzas, el de la *Participación a los méritos infinitos de Jesucristo*. Nuestro Señor recuerda sin cesar a Josefa el poder concedido al alma bautizada, sobre los tesoros de su Redención. Si le pide que complete en ella lo que falta a su Pasión, que repare por el mundo, que satisfaga a la Justicia del Eterno Padre, es siempre con El, por El, en El. —«Mi corazón es vuestro,

tomadlo y reparad por El».—Entonces brotaban de sus divinos labios, aquellas ofrendas todopoderosas sobre el Corazón de su Eterno Padre, que Josefa recogía y que nos ha transmitido.—«¡Padre Bueno, Padre Santo, Padre Misericordioso! Recibid la Sangre de vuestro Hijo, sus Llagas, su Corazón... Mirad su Cabeza traspasada por las espinas... no permitáis que esta Sangre sea una vez más, inútil... no olvidéis que no ha llegado aún el tiempo de la Justicia sino el de la Misericordia»!

La gran realidad de la *Comunión de los Santos* aparece en fin, como la trama de la vocación sobrenatural de Josefa y como el fondo del cuadro sobre el que se desarrolla su vida. La Santísima Virgen, Medianera de toda gracia y Madre de Misericordia, tiene su sitio reservado en el centro de este intercambio de gracias y de méritos, entre los Santos del Cielo, las Almas del Purgatorio y las que aún militan sobre la tierra. Josefa, miembro pequeñísimo del Cuerpo Místico de Jesucristo, aprende de El, la repercusión en el mundo de las almas, de la fidelidad, del sacrificio, del sufrimiento y de la oración.

Tan solo un lugar queda excluido de la corriente de Amor que brota del Corazón de Jesús: el *Infierno*. El dogma del Infierno tantas veces combatido o simplemente pasado en silencio e ignorado de muchos en nuestros tiempos de fe deficiente, es sacado divinamente a luz con claridad sobrenatural. ¿Quién podrá dudar, por ejemplo, de la furia infer-

nal contra Cristo y su Reino, frente a las huellas de fuego impresas sobre los miembros y en los vestidos de la débil criatura que Dios quiso oponer a las violencias del infierno?...

Pero sobre todas estas enseñanzas doctrinales que parecen ya de gran valor, el Mensaje directo del Corazón de Jesús es un *Llamamiento de Amor y de Misericordia*. Un día preguntaba Sor Josefa a su Maestro:—«Señor ¿No entiendo cuál es esta Obra que me decís siempre»—? «¿Pues, no sabes cuál es mi Obra, Josefa? ¡Es... de Amor! Quiero servirte de ti para hacer conocer más la Misericordia y el Amor de mi Corazón... Las palabras y deseos que Yo hago conocer por tu medio excitarán el celo de muchas almas e impedirán la pérdida de muchas otras y conocerán cada vez más, que la Misericordia y el Amor de mi Corazón son inagotables».— «De cuando en cuando —decía en otra ocasión— tengo sed de hacer oír una nueva llamada de Amor... Sí, es verdad que nada necesito de ti, pero déjame, Esposa de mi Corazón, que por ti Me manifieste una vez más a las almas».

Este gran designio de Amor, fué en efecto confiado a Josefa a través de las comunicaciones celestiales que se sucedieron en los dos últimos años de su vida. Las recibía generalmente, en la celdita donde el Señor la llamaba. Allí, de rodillas junto a la Imagen de María Inmaculada después de renovar sus Votos (acto de obediencia que la preservó a menudo de los lazos del espíritu de tinieblas)

Josefa escribía, mientras El hablaba, los secretos de su Maestro. Las páginas que siguen, llevan a las almas algo de estos secretos. Pero, antes de abrirlas, una mirada de conjunto, hará comprender mejor el Plan divino, en esta manifestación del Corazón de Jesús.

Quiere reinar por un conocimiento más cierto de su Bondad, de su Amor, de su Misericordia. Es el testimonio que El vino a rendir a su Padre aquí en la tierra. «Deus caritas est». Es lo que quiere que los Suyos digan de El.

Quiere por esta nueva efusión de su Corazón, obtener, no sólo la reciprocidad del Amor, sino también la respuesta de Confianza, que estima aún más porque es prueba del Amor más tierno y fuente del amor más generoso.

Quiere atraer y regenerar las almas, por la fe en la Misericordiosa Bondad que el mundo no comprende suficientemente y sobre todo, en la que no cree bastante.

Quiere que sus almas escogidas vuelvan a una seguridad más estable en su Amor, por el conocimiento profundo de su Sagrado Corazón cuyos rasgos quiere que revelen ellas, a aquellos que los desconocen o que los conocen poco.

Quiere que este Llamamiento vaya a despertar a las almas dormidas, a levantar a las que han caído, a saciar las hambrientas... y todo ésto hasta los últimos confines de la tierra... Y se expresa de modo tan positivo, con tan ardiente deseo, que no se

puede permanecer insensible ante este abrasado Llamamiento del Amor.

Al mismo tiempo, recuerda a los suyos, que en el orden constante de la Providencia, sus planes dependen, en parte de la libre cooperación de las almas. Pide esta cooperación a todas aquellas que comprendan el alcance de sus Designios y el ardor de sus Anhelos.—«Cuando las almas conozcan mis deseos,—decía el Señor—entonces, que no perdonen ni trabajo, ni esfuerzo, ni sufrimiento».— Así es, como Josefa había comprendido esta Sed y esta Hambre divinas, que consumieron su vida en tan poco tiempo.

El 19 de junio de 1923 durante la acción de gracias de la Comunión, Nuestro Señor se había aparecido a su Esposa. Ardientes llamas brotaban de su Corazón y respondiendo a la súplica que le pedía se diese a conocer al mundo:—«¡Josefa,—le dijo Jesús—No temas! ¿No sabes lo que sucede cuando se abre un volcán? La fuerza de este fuego es tan grande, que arranca las montañas y las destruye y se conoce que una fuerza irresistible ha pasado por allí. Así mis Palabras tendrán tal Poder y mi Gracia las acompañará de tal manera, que aún las almas más obstinadas serán vencidas por el Amor!»

¡Ojalá que esta Divina Promesa se realice ahora que, una vez más, se abre el *Corazón Sagrado de Jesús!*

EL MENSAJE
DEL CORAZON DE JESUS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Las páginas que siguen están sacadas de los escritos en que, Sor Josefa Menéndez, anotaba las palabras recibidas de su Divino Maestro.



"QUE EL MUNDO ESCUCHE Y LEA.."

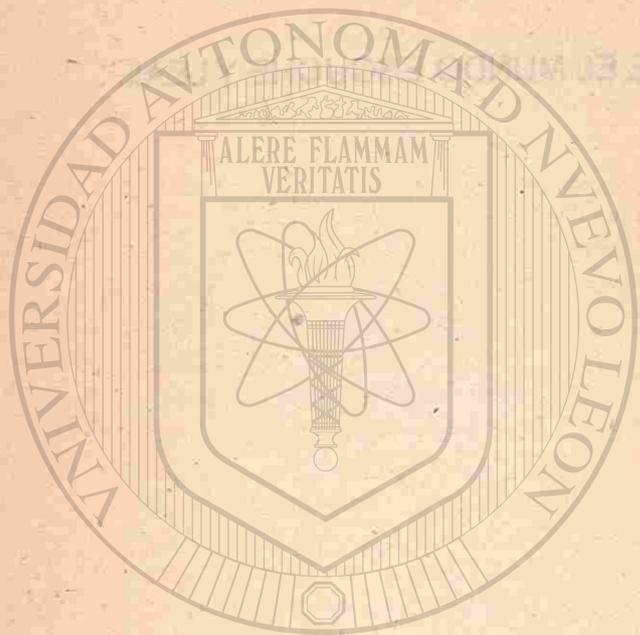
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Estas palabras las anotó Sor Josefa en los días 13 - 14 - 18 - 17 y 19 de Junio de 1928.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

Quiero que el mundo conozca mi Corazón. Quiero que los hombres conozcan mi Amor. ¿Sabben lo que he hecho Yo por ellos?... Vengo a decirles que en vano buscan la felicidad fuera de Mí, no la encontrarán.

A todos llamo, a los justos y a los pecadores, a los sabios y a los ignorantes, a los que gobiernan y a los súbditos; a todos enseñaré, que si buscan la felicidad, Yo soy la felicidad; si buscan la paz, Yo soy la paz; ¡Yo soy la Misericordia y el Amor!

Quiero que este Amor sea el sol que ilumine y el calor que caliente las almas.

Quiero que el mundo entero Me conozca como Dios de Misericordia y de Amor.

Quiero que los hombres conozcan mis ardientes deseos de perdonarlos y de salvarlos... Que los miserables no teman. Que los más culpables no huyan de Mí. Que vengan todos. Los espero como un Padre, con los brazos abiertos, para darles la paz y la verdadera felicidad.

* * *

Que el mundo escuche y lea estas palabras:

Un padre tenía un hijo único:

Ricos, poderosos vivían rodeados de servidores, de bienestar; perfectamente dichosos, de nadie ne-

cesitaban para acrecentar su felicidad; el padre hacía la felicidad de su hijo y éste la de su padre. Ambos tenían corazón noble, caritativos sentimientos; la menor miseria les movía a compasión.

Entre los servidores de este bondadoso Señor uno enfermó gravemente y estaba a punto de morir si no se le atendía con remedios enérgicos y con asiduos cuidados.

Mas el servidor era pobre y vivía solo.

¿Qué hacer? ¿Dejarle morir? La nobleza de sentimientos del Señor, no puede consentirlo.

¿Enviará para cuidarle a otro de sus servidores? Tampoco estaría tranquilo porque prodigándole los cuidados, más por interés que por afecto, le faltarían tal vez las atenciones que el enfermo necesita.

Compadecido, el padre confía a su hijo su inquietud respecto del pobre enfermo; le dice que con asidua asistencia podría curarse y vivir muchos años aún. El hijo, que ama a su padre y comparte su compasión, se ofrece a cuidar al servidor con esmero, sin perdonar trabajo, cansancio, solicitud, con tal de conseguir su curación.

El padre acepta; sacrifica la compañía de su hijo, y éste, las caricias de su padre y constituyéndose siervo, se entrega a la asistencia que reclama el que es verdaderamente su servidor; prodigándole mil cuidados le provee de cuanto necesita, no sólo para su curación, sino aún para su mayor comodidad, de tal modo, que al cabo de algún tiempo el enfermo recobra la salud.

Penetrado de admiración por cuanto su Señor ha hecho por él, el servidor pregunta de qué manera podría demostrarle su agradecimiento...

El hijo, le aconseja se presente a su padre, y ya que está curado, se ofrezca de nuevo a él, como uno de sus más fieles servidores.

Así lo hace, y reconociendo su bajeza, le sirve, empleando cuantos medios están a su alcance, para publicar la caridad de su Señor; más aún, se ofrece a servirle sin interés, pues sabe que no necesita ser retribuido como criado; el que será atendido y tratado como hijo.

Esta parábola es pálida figura del Amor que mi Corazón siente por las almas y de la correspondencia que espero de ellas. La explicaré poco a poco, pues quiero que conozcan mis sentimientos, mi amor, mi Corazón.

* * *

Dios creó al hombre por amor y le colocó en tal condición que nada podía faltar a su bienestar en la tierra, hasta tanto que llegase a alcanzar la felicidad eterna en la otra vida; para esto había de someterse a la Divina Voluntad, observando las leyes sabias y suaves impuestas por su Creador.

Mas, el hombre infiel a la Ley de su Dios, cometió el primer pecado, y contrajo así la grave enfermedad que había de conducirle a la muerte. «El hombre», es decir el padre y la madre de toda la

humanidad, fué el que pecó; por consiguiente toda su posteridad se manchó con la misma culpa. El género humano perdió así el derecho que el mismo Dios le había concedido de poseer la felicidad perfecta en el cielo; en adelante el hombre padecerá, sufrirá, morirá.

Dios no necesita para ser feliz, ni del hombre, ni de sus servicios; se basta a Sí mismo; su gloria es infinita; nada ni nadie puede menoscabarla. Pero Dios, que es infinitamente poderoso, es también infinitamente bueno. Sólo por amor había creado al hombre. ¿Le dejará padecer, y después morir? No; antes al contrario, dará otra nueva prueba de amor y frente a un mal infinito opondrá un remedio de infinito valor: Una de las tres Personas de la Santísima Trinidad tomará la naturaleza humana y reparará el mal ocasionado.

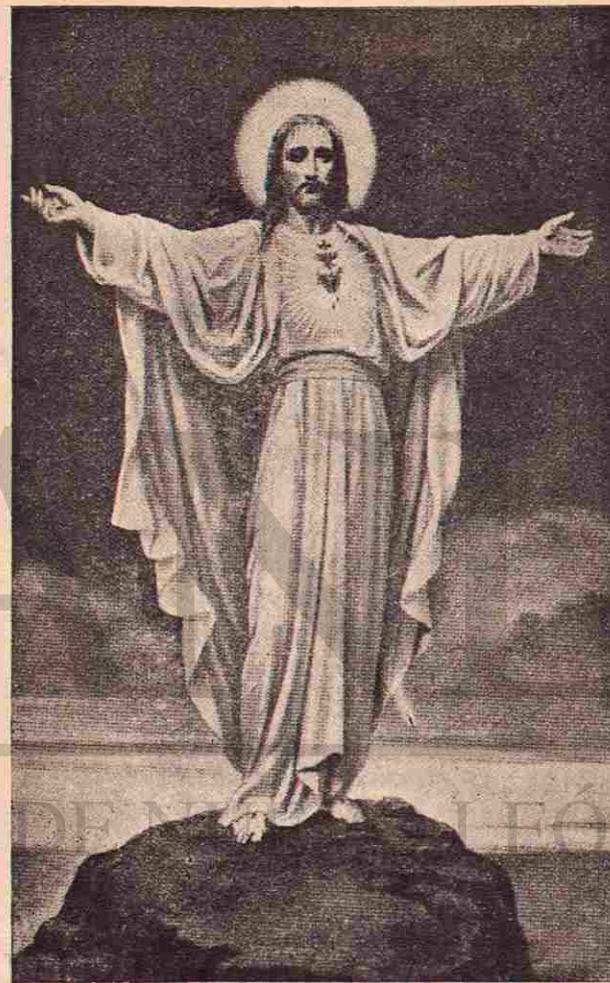
El Padre entrega a su Hijo; éste sacrifica su gloria y la compañía de su Padre, descendiendo a la tierra, no en calidad de Señor, de Rico, de Poderoso sino en la condición de Siervo, de Pobre, de Niño.

La vida que llevó sobre la tierra, todos la conocéis.

* * *

Bien sabéis que desde el primer instante de mi Encarnación, Me sometí a todas las miserias de la naturaleza humana.

Pasé por toda clase de trabajos y de sufrimientos,



«VENITE AD ME OMNES»

¡Todo lo ha dado por la salud del hombre!

Así cumplió el fin por el cual dejó voluntariamente la bienaventuranza que gozaba al lado de su Padre. El hombre estaba enfermo y el Hijo de Dios bajó hasta él y no sólo le devolvió la vida por su muerte, sino que le dió también fuerzas y medios con qué trabajar y adquirir la fortuna de su eterna felicidad.

¿Cómo ha correspondido el hombre a semejante favor? ¿Se ofrece, a ejemplo del servidor, a trabajar por su dueño, con fidelidad y sin interés de retribución?

Preciso es distinguir las diferentes respuestas del hombre a su Dios.

Hay algunos que Me han conocido verdaderamente, y movidos a impulsos del amor, sienten vivos deseos de entregarse por completo al servicio de mi Padre, sin interés personal.

Preguntando qué podrían hacer para trabajar por su Señor con más fruto, mi Padre les ha respondido:—«Deja tu casa, tus bienes, déjate a ti mismo y ven; haz cuanto Yo te pida».

Otros, sintieron conmoverse su corazón ante lo que el Hijo de Dios ha hecho por salvarlos y llenos de buena voluntad se presentan a El, buscando cómo podrán publicar la bondad de su Señor, y sin

abandonar sus propios intereses, trabajar por los de Jesucristo.

A éstos, mi Padre les ha dicho:—«Guardad mis mandamientos y sin desviaros a derecha, ni a izquierda, vivid en la paz de mis fieles servidores».

Otros, no han comprendido el amor con que su Dios los ama; no les falta buena voluntad; viven bajo la ley, pero sin amor; siguen la inclinación natural hacia el bien que la gracia depositó en el fondo de su corazón.

No son servidores voluntarios, pues que no se presentaron nunca a recibir las órdenes de su Señor, pero como no tienen mala voluntad, les basta a veces una indicación, para prestarse gustosos, a los servicios que se les pida.

Otros, en fin, movidos más por interés que por amor, ejecutan lo estrictamente necesario para merecer, al fin de la vida, la recompensa prometida a sus trabajos.

Pero... ¿se han presentado todos los hombres para ofrecerse al servicio de su Dios y Señor?... ¿Han conocido todos, el amor inmenso que tiene hacia ellos? ¿Saben agradecer cuanto Jesucristo les ha dado? ¡Ah! muchos lo ignoran, muchos, conociéndolo, lo han despreciado.

A todos, Jesucristo, va a decirles una palabra de Amor.

«Hablaré primero a los que no Me conocen: sí; a vosotros, hijos queridos, que desde vuestra tierna infancia, habéis vivido lejos de vuestro Padre. ¡Venid! Voy a deciros por qué no lo conocéis, y cuando sepáis quién es, y qué Corazón tan amoroso tiene, no podréis resistir a su amor.

Con frecuencia sucede que hijos que han vivido lejos de sus padres, no los aman; más, cuando conocen la dulzura que encierra el amor paterno y sus desvelos, llegan a amarlos con más ternura aún, que aquellos que nunca han salido de su hogar.

A las almas que no sólo no Me aman, sino que Me aborrecen, y Me persiguen, preguntaré: «¿Por qué Me odiáis así?... ¿Qué os he hecho Yo, para que Me persigáis de ese modo?...

Cuántas almas hay, que nunca se han hecho a sí mismas esta pregunta, y hoy que se la hago Yo, se verán obligadas a responder:—«No lo sé».

Yo responderé por ellas:

No Me conocísteis cuando niños, porque nadie os enseñó a conocerme; y a medida que íbais creciendo en edad, crecían en vosotros también, las inclinaciones de la naturaleza viciada, el amor de los placeres, el deseo de gozar, de libertad, de riquezas.

Un día oísteis decir que para vivir bajo mi Ley es preciso soportar al prójimo, amarle, respetar sus derechos, sus bienes; que es necesario someter las

propias pasiones... y como vivíais entregados a vuestros caprichos, a vuestros malos hábitos, ignorando de qué Ley se trataba, protestásteis diciendo:—«¡No quiero más ley que mi gusto! ¡Quiero gozar! ¡Quiero ser libre!»

Así es como empezásteis a odiarme, a perseguirme.

Pero Yo que soy vuestro Padre, os amo con amor infinito y mientras os rebelabais ciegamente y persistíais en el afán de destruirme, mi Corazón se llenaba más y más de ternura hacia vosotros.

Así transcurrieron un año, dos, tres, tantos cuantos sabéis que habéis vivido de ese modo.

Hoy no puedo contener por más tiempo el impulso de mi amor, y al ver que vivís en continua guerra contra quien tanto os ama, vengo a deciros Yo mismo quién soy.

¡Hijos queridos! Soy Jesús. Este nombre quiere decir Salvador. Mis Manos están traspasadas por los clavos que Me clavarón en la Cruz, en la que he muerto por vuestro amor. Mis Pies tienen las mismas señales, y mi Corazón está abierto por la lanza que lo traspasó después de muerto!...

Así Me presento a vosotros para enseñaros a conocerme y a conoceros.

¡Soy vuestro Dios y vuestro Padre! ¡Vuestro Creador y vuestro Salvador!... Vosotros sois mis criaturas, mis hijos y también mis redimidos, por-

que al precio de mi Sangre y de mi Vida os rescaté de la tiranía y de la esclavitud del pecado.

Tenéis un alma inmortal, dotada de las facultades necesarias para obrar el bien y capaz de gozar de la felicidad eterna. Tenéis un corazón noble, que necesita amar y ser amado.

Si pretendéis saciar este amor en las cosas terrenas y pasajeras, tendréis siempre hambre, viviréis en continua guerra con vosotros mismos.

Si sois pobres y os véis obligados a trabajar para procurar el sustento, las miserias de esta vida, os entristecerán y sentiréis levantarse en vuestro corazón el odio contra los que os dominan, y llegaríais hasta destruir sus bienes, si pudiéseis, sólo por el placer de verlos vivir como vosotros, sujetos a la ley del trabajo. Os invadiría poco a poco el cansancio, el hastío, y la desesperación porque después de esta vida tan triste es preciso morir.

Sí, todo esto considerado desde el punto de vista humano es duro. Pero Yo os haré ver la vida como es en realidad, enteramente distinta a como vosotros la véis:

Eres pobre... estás obligado a ganarte el sustento... No eres sin embargo esclavo... has sido creado para vivir libre y para reinar en la eternidad.

Buscas amor, y nada te sacia... porque estás hecho para amar no lo temporal, sino lo eterno.

Esa familia que amas, por la que te afanas para procurar su subsistencia, su bien, su felicidad en

la tierra, debes amarla sin olvidar que un día tendrás que separarte de ella, aunque no para siempre.

Ese dueño a quien sirves debes amarle, respetarle, cuidar de sus intereses con tu trabajo y tu fidelidad; mas ten presente que sólo será tu señor por unos cuantos años, pues esta vida pasa pronto y conduce a la otra que no acabará jamás y que será feliz.

Tu alma, creada por un Padre que te ama con amor eterno e infinito, irá al lugar de eterna dicha que este Padre te prepara.

Allí encontrarás el amor que responderá a tus anhelos.

En el cielo vivirás la verdadera vida, de la que no es más que una sombra que pasa, ésta de la tierra: el cielo no pasará jamás.

El peso del trabajo que llevaste en la tierra, será el de la recompensa que recibirás en el cielo.

Allí encontrarás la familia que tanto amabas y por la que trabajaste con el sudor de tu frente.

Allí te reunirás con tu Padre, con tu Dios.

¡Si supieras que felicidad te esperal...

Quizás al oír esto digáis:—«¡Yo no tengo fe! No creo en la otra vida».

¿No tenéis fe?...¿No creéis en Mí?... ¿Por qué Me perseguís?... ¿Por qué declaráis la guerra a los que Me aman?... ¿Por qué os rebeláis contra mis leyes?... Si deseáis la libertad, ¿por qué no la dejáis a los demás?

¿No creéis en la vida eterna?... Decidme, ¿vivís felices?... Bien sabéis que necesitáis algo que no encontráis en la tierra...

Los placeres que buscáis, no os satisfacen.

Si alcanzáis las riquezas que deseabais, no os bastan.

El cariño que anhelabais presto os causa hastío. ¡No! lo que necesitáis, no lo encontraréis acá!... Necesitáis paz; no la paz del mundo, sino la de los hijos de Dios: ¿cómo la hallaréis en medio de la batalla?...

Yo os diré donde seréis felices, donde hallaréis la paz, dónde apagaréis esa sed que hace tanto tiempo os devora... En el cumplimiento de mi Ley; ahí lo encontraréis todo.

No os rebeléis al oír hablar de ley, pues no es ley de tiranía, sino de Amor.

Sí, ley de amor, porque soy vuestro Padre.

Bien sabéis que en el ejército es necesaria una ley, una disciplina; en toda familia bien ordenada tiene que haber un reglamento. Así, en la gran familia de Jesucristo, la ley se impone, pero ley llena de suavidad.

Voy a enseñaros lo que es mi Ley y lo que es mi Corazón que os la da, y al que no conocéis y herís con tanta frecuencia. Vosotros Me buscáis para darme la muerte y Yo os busco para dáros la vida. ¿Quién triunfará? ¿Resistiréis insensibles sin

rendiros al que os ha dado su vida, todo su amor?

En la familia, los hijos llevan el apellido de su padre; así se los reconoce.

Del mismo modo, mis hijos llevan el nombre de cristianos, que se les da al administrarles el Bautismo. Habéis recibido ese nombre, sois hijos míos y como tales, tenéis derecho a todos los bienes que posee vuestro Padre.

Sé que no Me conocéis ni me amáis, y que, por el contrario, Me odiáis y Me perseguís; pero Yo os amo con amor infinito y quiero daros parte en la herencia a la que tenéis derecho.

Escuchad pues, cuán poco os pido, y lo que en primer lugar debéis hacer para adquirir los bienes que os ofrezco:

¡Creed en mi Amor, y en mi Misericordia!

Me habéis ofendido: Yo os perdono.

Me habéis perseguido: Yo os amo.

Me habéis herido de palabra o con obras: Yo quiero haceros bien, abrid mis tesoros.

No creáis que ignoro cómo habéis vivido hasta aquí; sé que habéis despreciado mis gracias, y tal vez profanado mis Sacramentos. No importa, Yo os perdono.

Y ahora, si queréis vivir felices en la tierra y asegurar vuestra eternidad, haced lo que voy a deciros: ¿Eres pobre? cumple con sumisión el trabajo a que estás obligado, sabiendo que he vivido treinta

años sometido a la misma ley que tú, porque Yo era también pobre, muy pobre.

No veas en tus señores, tiranos. No alimentes sentimientos de odio hacia ellos; no les desees mal. Haz cuanto puedas por acrecentar sus intereses, por serles fiel.

¿Eres rico? ¿Tienes a tu cargo obreros, servidores? Amalos, no los explotes. Remunera justamente su trabajo, trátalos con dulzura y con bondad. Si tú tienes un alma inmortal, ellos también. No olvides que los bienes que se te han dado, no son únicamente para tu bienestar y para tu goce personal, sino para que administrándolos con prudencia, puedas ejercer la caridad hacia tu prójimo.

Cuando ricos y pobres hayáis acatado la ley del trabajo reconoced con humildad la existencia de un Ser que está sobre todo lo creado y que es, al mismo tiempo, vuestro Padre y vuestro Dios.

Como Dios, exige que cumpláis su Divina Ley.

Como Padre, os pide que cual hijos os sometáis a sus Mandamientos.

Así cuando toda la semana la habéis consagrado al trabajo, a los negocios y aún a lícitos recreos, os pide que le déis, siquiera media hora, para cumplir «su precepto». ¿Es exigir demasiado?

Id pues a su casa, a la Iglesia, donde El os espera de día y de noche; el domingo y días festivos dadle media hora, asistiendo al misterio de amor y de misericordia, a la Santa Misa.

Allí, habladle de todo cuanto os interesa, de vuestros hijos, de la familia, de los negocios, de vuestras dificultades y sufrimientos. ¡Si supierais con cuanto amor os escucha!

Puede ser que Me digáis:—«Yo no sé oír la Misa, ¡hace tantos años que no he pisado una Iglesia!»—No os apuréis por esto. Venid; pasad esa media hora a mis pies, sencillamente. Dejad que vuestra conciencia os diga lo que debéis hacer; no cerréis los oídos a su voz. Abrid con humildad vuestra alma a la gracia, ella os hablará, y obrará en vosotros, indicándoos cómo debéis conducir os en cada momento, en cada circunstancia de vuestra vida; como debéis portaros con la familia, en los negocios; de qué modo tenéis que educar a vuestros hijos, amar a vuestros inferiores, respetar a vuestros superiores. Os dirá, tal vez, que es preciso abandonéis tal empresa, tal negocio, que rompáis aquella amistad... que os alejéis con energía de aquella reunión peligrosa... Os indicará la persona a la que odiáis sin motivo, mientras que debéis dejar el trato de otra que amáis y cuyos consejos no debéis seguir.

Comenzad a hacerlo así, y veréis cómo, poco a poco, la cadena de mis gracias se va extendiendo, pues, en el bien, como en el mal, una vez que se empieza, las obras se suceden unas a otras, como los eslabones de una cadena. Si hoy dejáis que la gracia os hable y obre en vosotros, mañana la oiréis mejor; después mejor aún, y así de día en día, la

luz irá creciendo; tendréis más paz y así os prepararéis vuestra felicidad eterna.

Porque el hombre no ha sido creado para permanecer en la tierra; está hecho para el cielo. Siendo inmortal, debe vivir no para lo que muere, sino para lo que durará siempre.

Juventud, riqueza, sabiduría, gloria humana, todo esto pasa, se acaba... sólo Dios subsiste eternamente... y las buenas obras hechas por El, es lo único que dura y os seguirá a la otra vida.

El mundo y la sociedad están llenos de odio y viven en continuas luchas: un pueblo contra otro pueblo, unas naciones contra otras, y los individuos entre sí, porque el fundamento sólido de la Fe ha desaparecido de la tierra, casi por completo.

Si la Fe se reanima, el mundo recobraré la paz y reinará la caridad.

La Fe no perjudica ni se opone a la civilización ni al progreso, antes al contrario; cuanto más arraigada está en los hombres y en los pueblos, más se acrecienta en ellos la ciencia y el saber, porque Dios es la Sabiduría infinita. Mas, donde no existe la Fe, desaparece la paz, y con ella la civilización y el verdadero progreso, introduciéndose en su lugar la confusión en las ideas, la división en los partidos, la lucha de clases, y en los individuos, la rebeldía de las pasiones

contra el Deber, perdiendo así el hombre la dignidad, que constituye su nobleza verdadera.

¡Dejáos convencer por la Fe y seréis grandes, dejáos dominar por ella y seréis libres! ¡Vivid según la Fe y no moriréis!

*
**

Que todos los hombres sepan que mi Corazón los busca, los desea, los espera, y se consume por atraerlos a todos para perdonarlos.

Yo persigo a los pecadores como la Justicia persigue a los criminales, pero la Justicia los busca para castigarlos y Yo para perdonarlos.

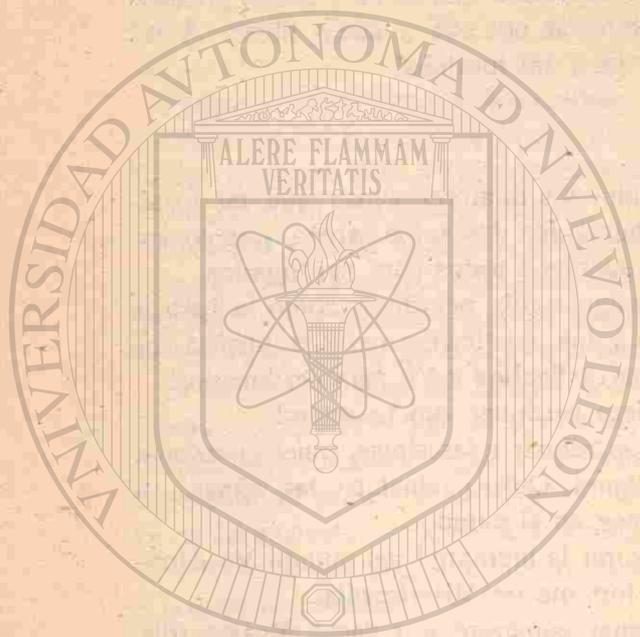
Sí; ¡quiero perdonar, quiero reinar!

Quiero perdonar a las almas, quiero perdonar a las naciones. Quiero reinar en las almas, en las naciones, en el mundo.

Para borrar la ingratitud del mundo Yo derramaré un torrente de Misericordia.

Para reinar empezaré por hacer Misericordia, porque mi Reino es de paz y de amor. ¡Yo soy la Sabiduría, la Felicidad, la Paz!

¡Yo soy la Misericordia y el Amor!



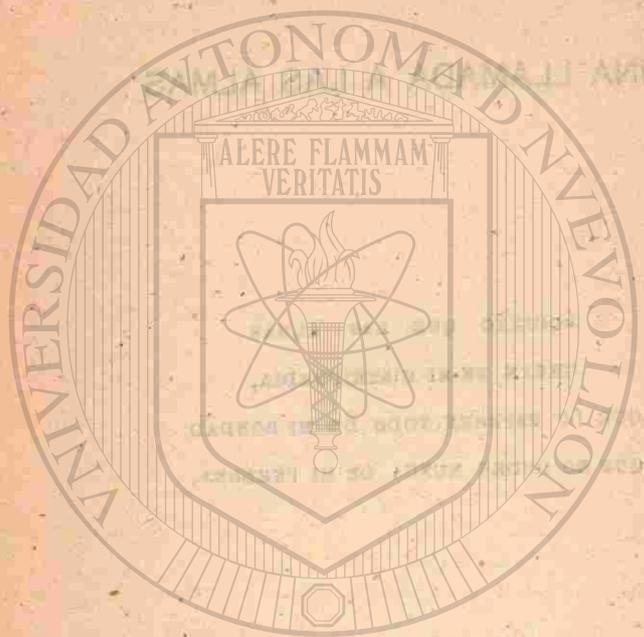
UNA LLAMADA A LAS ALMAS

«QUIERO QUE LAS ALMAS
CREAN EN MI MISERICORDIA,
QUE LO ESPEREN TODO DE MI BONDAD
QUE NO DUDEN NUNCA DE MI PERDON».

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este Mensaje está sacado de las comunicaciones que Sor Josefa recibió en varias veces, durante los últimos meses de los años 1922 y 1923.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Yo soy el Amor! Mi Corazón no puede contener dentro de sí la llama que constantemente le devora. Yo amo a las almas, hasta tal punto, que he dado la vida por ellas.

Por su amor he querido quedarme prisionero en el Sagrario, y hace veinte siglos que permanezco noche y día, oculto bajo las especies de pan, escondido en la Hostia, soportando por amor, el olvido, la soledad, los desprecios, blasfemias, ultrajes, y sacrilegios.

El amor a las almas Me impulsó a dejarles el Sacramento de la Penitencia, para perdonarlas, no una vez, ni dos, sino cuantas veces necesiten recuperar la gracia. Allí las estoy esperando, allí deseo que vengan a lavarse de sus culpas no con agua, sino con mi propia Sangre.

En el transcurso de los siglos, he revelado de diferentes modos mi amor a los hombres y el deseo que Me consume de su salvación. Les he dado a conocer mi propio Corazón. Esta devoción ha sido para muchas almas como una luz que ha iluminado al mundo y hoy es el medio de que se valen, para mover los corazones, la mayor parte de los que trabajan por extender mi reino.

Ahora quiero algo más; sí, en retorno del amor que tengo a las almas, les pido que ellas Me devuel-

van amor; pero no es éste mi único deseo: quiero que crean en mi Misericordia, que lo esperen todo de mi Bondad, que no duden nunca de mi Perdón.

¡Soy Dios, pero Dios de Amor! Soy Padre, pero Padre que ama con ternura, no con severidad. Mi Corazón es infinitamente Santo, pero también es infinitamente Sabio, conoce la fragilidad y miseria humana; y se inclina hacia los pobres pecadores con misericordia infinita.

Sí, amo a las almas después que han cometido el primer pecado, si vienen a pedirme humildemente perdón... Las amo después de llorar el segundo pecado y si esto se repite no mil, sino un millón de veces, las amo, las perdono, y lavo con mi misma Sangre el último pecado, como el primero.

No Me canso de las almas por miserables que sean y mi corazón está siempre esperando que vengan a refugiarse en El... ¿Acaso no tiene un padre más cuidado del hijo enfermo que de los que gozan de buena salud? ¿No es verdad que para aquél es mucho mayor su ternura y su solicitud? De la misma manera, mi Corazón derrama con más largueza su ternura y su compasión sobre los pecadores que sobre los justos.

*
*
*

Esto es lo que quiero explicar a las almas: Yo enseñaré a los pecadores que la Misericordia de mi Corazón es inagotable; a las almas frías e indife-

rentes, que mi Corazón es fuego, y fuego que desea abrasarlas porque las ama; a las almas piadosas y buenas, que mi corazón es el camino para avanzar en perfección y por él llegarán con seguridad, al término de la bienaventuranza. Por último, a las almas que Me están consagradas, a los sacerdotes, a los religiosos, a mis almas escogidas y preferidas, les pediré una vez más, que Me den su amor y no duden nunca del mío; pero sobre todo, que Me den su confianza y no duden de mi Misericordia. ¡Es tan fácil esperararlo todo de mi Corazón!...

Yo daré a conocer que mi Obra se funda sobre la nada y la miseria, y que éste, es el primer eslabón de la cadena de amor que preparo a las almas desde toda la eternidad.

Haré que conozcan hasta qué punto las ama y las perdona mi Corazón. Penetro el fondo de las almas, sus deseos de complacerme, de consolarme, y de glorificarme; veo el acto de humildad que hacen reconociendo su debilidad; y esto es justamente lo que consuela y glorifica mi Corazón. Me importa poco su flaqueza... Yo suplo a lo que les falta.

Yo haré ver cómo hasta de esa misma debilidad puedo servirme para dar vida a muchas almas que la han perdido.

Daré a conocer que la medida de mi Amor y de mi Misericordia para con las almas caídas, no tiene límites... Deseo perdonar... Descanso perdonando... Siempre estoy esperándolas con amor... ¡Que no se desanimen!... ¡Que nada teman!... ¡Soy Padre!...

Muchas almas no comprenden cuánto pueden hacer para atraer a mi Corazón, a otras que están sumidas en un abismo de ignorancia y no saben cómo deseo que se acerquen a Mí para darles la verdadera vida.

Yo te enseñaré mis secretos de amor y tú serás ejemplo vivo de mi Misericordia, pues si para tí que eres miseria y nada, tengo tanto amor y tanta predilección, ¿qué no haré con otras almas, mucho más generosas que tú?

¡Ven, entra en mi Corazón!... ¡es tan fácil a la que es nada, entrar y perderse en este abismo de amor!... Así iré consumiendo tu pequeñez y tu miseria... Yo obraré en ti... Hablaré por ti.. Me haré conocer por ti...

¡Cuántas almas encontrarán la vida en mis palabras!... ¡Cuántas cobrarán ánimo al ver el fruto de sus esfuerzos!... Un actito de generosidad, de paciencia, de pobreza, puede ser un tesoro que gane para mi Corazón gran número de almas! Yo no miro la acción, miro la intención. ¡El acto más pequeño hecho por amor adquiere tanto mérito y puede darme tanto consuelo! Porque mi Corazón da a las menores acciones un precio y un valor divinos. Lo que Yo quiero es amor... Yo sólo busco amor... No pido más que amor.

* * *

El alma que sabe hacer de su vida una continua unión con la mía, Me glorifica mucho y trabaja

útilmente en bien de las almas. Está, por ejemplo, ejecutando una acción que en sí misma no vale nada, pero la empapa en mi Sangre, o la une a aquella misma acción hecha por Mí durante mi vida mortal y el fruto que logra para las almas es tan grande como si hubiera predicado al universo entero; y esto lo realiza, ya sea que estudie o que hable, o que escriba, ore, barra, o cosa, o descanse; con tal que la acción reúna dos condiciones: primeramente que esté ordenada por la obediencia o por el deber, no por el capricho; en segundo lugar, que se haga en íntima unión Conmigo, cubriéndola con mi Sangre y con gran pureza de intención.

¡Cuánto deseo que las almas comprendan ésto: Que no es la acción la que tiene en sí valor, sino la intención y el grado de unión con que se hacen Barriendo y trabajando en el taller de Nazareth, di tanta gloria a mi Eterno Padre como cuando prediqué durante mi vida pública.

Hay muchas almas que a los ojos del mundo tienen un cargo elevado, y en él dan gran gloria a mi Corazón, es cierto; pero tengo muchas otras que, escondidas y en humildes trabajos, son obreras muy útiles a mi viña, porque es el amor el que las mueve y saben envolver en oro sobrenatural las acciones más pequeñas, empapándolas en mi Sangre.

Si desde por la mañana se unen a Mí y ofrecen el día con ardiente deseo de que mi Corazón se sirva de sus acciones para provecho de las almas, y van hora por hora, y momento por momento ejecutando

con amor lo que el deber les impone; ¡qué tesoros adquieren en un día!... ¡Yo les iré descubriendo más y más mi amor! ¡Es inagotable!... Y ¡es tan fácil al alma que ama, dejarse guiar por este amor!...

Escribe aún, para las almas que amo. Quiero que comprendan bien el deseo que Me consume de su perfección y cómo esta perfección consiste en hacer en íntima unión Conmigo las acciones comunes y ordinarias... Si comprenden bien ésto pueden divinizar sus obras y su vida; y, ¡cuánto vale un día de vida divina!...

Cuando un alma arde en deseos de amar, no hay para ella, cosa difícil; mas, cuando se encuentra fría y desalentada, todo se le hace arduo y penoso... Que venga entonces a cobrar fuerzas en mi Corazón... Que Me ofrezca su abatimiento... que lo una al ardor que Me consume y que tenga la seguridad de que un día así empleado será de incomparable precio para las almas... ¡Mi Corazón conoce todas las miserias humanas y tiene gran compasión de ellas!...

No deseo tan sólo que las almas se unan a Mí de una manera general, quiero que esta unión sea constante, íntima, como es la unión de los que se aman y viven al lado el uno del otro, que aun cuando no siempre están hablando, se miran y se guardan mutuas atenciones y delicadezas de amor.

Si el alma está en paz y en consuelo, le es fácil pensar en Mí; pero si está en desolación y angustia que no tema, ¡Me basta una mirada!... La entiendo, y con sólo esta mirada, alcanzará que mi Corazón la colme de las más tiernas delicadezas.

Yo iré diciendo a las almas cómo las ama mi Corazón; quiero que Me conozcan bien y así Me hagan conocer a las almas que mi amor les confie.

Deseo con ardor que todas fijen en Mí los ojos para no apartarlos ya más, que no haya entre ellas medianías cuyo origen, la mayor parte de las veces, es una falsa comprensión de mi amor. No; amar a mi Corazón no es difícil, ni duro; es fácil y suave. Para llegar a un alto grado de amor no hay que hacer cosas extraordinarias: pureza de intención en la acción más pequeña como en la más grande; unión íntima con mi Corazón; y el Amor hará lo demás!...

* * *

¡Mi Corazón no es solamente un abismo de Amor, es también un abismo de Misericordia; y conociendo todas las miserias del corazón humano de las que no están exentas las almas que más amo, he querido que sus acciones por pequeñas que en sí sean, pueden alcanzar un valor infinito para la salvación del mundo.

No todas las almas pueden predicar, ni evangelizar los países salvajes, pero todas, sí, todas pueden hacer conocer y amar a mi Corazón y todas pueden

ayudarse mutuamente para aumentar el número de los escogidos, es decir, evitar que muchísimas almas se pierdan para siempre. Todo esto por efecto de mi Amor y de mi Misericordia, porque cuando un alma tiene bastante generosidad para darme cuanto le pido, acumula un gran tesoro para sí misma y para las almas, y las arranca del camino de la perdición.

Las almas que mi Corazón escoge están encargadas de distribuir al mundo mis gracias, por medio de su amor y de sus sacrificios. Sí, el mundo está lleno de peligros; ¡cuántas pobres almas arrastradas al mal, necesitan de un auxilio constante, visible o invisiblemente!... ¡Ah! te lo repito: las almas escogidas no conocen bastante el tesoro que pierden para sí y para otras almas cuando no utilizan su vida ordinaria, aunque sea imperfecta. Ofrece tu vida, para que todas comprendan la misión tan hermosa que pueden realizar con sus obras diarias, con sus esfuerzos cotidianos. Que sepan a qué grado de intimidad las llamo, y cómo quiero que sean celadoras de mi gloria y de mis intereses; hay muchas que lo comprenden, pero otras no lo saben bastante!...

*
**

Mi amor hacia ellas, va aún más lejos: No sólo se sirve de su vida ordinaria y transforma sus menores acciones dándoles un valor divino, sino que se vale de sus miserias y debilidades y muchas veces hasta de sus faltas, para provecho de otras muchas almas.

Efectivamente; el alma que se ve llena de miserias, no se atribuye a sí misma nada bueno y sus flaquezas la obligan a revestirse de cierta humildad, que no tendría si se encontrase menos imperfecta.

Así, cuando en su trabajo o en su cargo apostólico se siente incapaz y hasta experimenta repugnancia para dirigir a las almas hacia una perfección que ella no tiene, se ve como forzada a anonadarse, y si conociéndose a sí misma recurre a Mí, Me pide perdón de su poco esfuerzo e implora de mi Corazón valor y fortaleza... ¡Ah! entonces no sabe esta alma con cuánto amor se fijan en ella mis ojos, y cuán fecundos hago sus trabajos!...

Hay otras almas que son poco generosas para realizar con constancia los esfuerzos y sacrificios cotidianos, pasan su vida haciendo promesas, sin llegar nunca a cumplirlas.

Aquí hay que distinguir: si esas almas se habitúan a prometer, pero no se imponen la menor violencia ni hacen nada que pruebe su abnegación ni su amor, les diré esta palabra: «¡Cuidado, no prenda el fuego en toda esa paja que habéis amontonado en los graneros, o que el viento no se la lleve en un instante!...»

Hay otras, y a ellas Me refiero, que al empezar el día, llenas de buena voluntad y con gran deseo de mostrarme su amor, Me prometen abnegación y generosidad en esta o aquella circunstancia, y cuando llega la ocasión su carácter, su salud, el amor propio, les impide realizar lo que con tanta

sinceridad prometieron horas antes; sin embargo, reconocen su falta, se humillan, piden perdón, vuelven a prometer... y confiando en mi Corazón se esfuerzan en reparar con actos de amor y de generosidad; ¡ah! que estas almas sepan que Me han dado mucha gloria y quizás han hecho así más bien a las almas, que si no hubieran caído (1)...

No Me importan las flaquezas, lo que pido es confianza. No Me importan las miserias, lo que quiero es amor.

Sí, el Amor todo lo transforma y diviniza; la Misericordia todo lo perdona. Mi Corazón es todo Amor y el fuego que Me abrasa, consume todas las Miserias.

¡Quiero perdonar!... ¡Quiero reinar!...

Deseo derramar mi paz hasta los últimos confines del mundo: éste es el fin que Me propongo realizar. Esta es mi Obra de Amor.

Para reparar las ofensas de los hombres, encontraré víctimas que alcanzarán el perdón. Sí, hay en el mundo muchas almas que desean complacerme; aún hay almas generosas que Me darán cuanto tienen para que Me sirva de ellas según los deseos de mi Voluntad.

(1) Nuestro Señor hace aquí la diferencia bien clara entre las faltas veniales de costumbre consentidas o no combatidas, y las que son sólo faltas de fragilidad, pero reparadas.

Expresa por estas palabras, que la reparación voluntaria le consuela más de lo que el alma le ofendió por su fragilidad. Efectivamente, el acto de humildad, de confianza y de generosidad que supone la reparación, exige la voluntad consciente y plena que no existe, sino parcialmente, en la falta de fragilidad.

* * *

Quiero conquistar los corazones por la fuerza de mi Amor.

Quiero que las almas se dejen penetrar por la verdadera luz.

Quiero que los niños, esos corazones inocentes que no Me conocen y crecen en el hielo de la indiferencia, ignorando lo que vale su alma... sí, quiero que esas almitas que son mis delicias, encuentren un asilo donde les enseñen a conocerme y donde crezcan en el santo temor de mi Ley y en el amor de mi Corazón.

Mi deseo es que seáis el combustible de este fuego que quiero derramar sobre la tierra; porque de nada sirve encender la llama si no hay con qué alimentarla. Por eso quiero formar una cadena de almas encendidas en el amor, en ese amor que se confía y lo espera todo de mi Corazón, a fin de que, inflamadas ellas, lo comuniquen al mundo entero!

* * *

No penséis que voy a hablaros de otra cosa más que de mi Cruz.

Por ella he salvado a los hombres, por ella quiero atraerlos ahora a la verdad de la Fe y al camino del Amor.

Os manifestaré mis deseos: He salvado al mundo desde la Cruz, o sea por medio del sufrimiento.

Va sabéis que el pecado es una ofensa infinita y necesita reparación infinita; por eso os pido que ofrezcáis vuestros trabajos y sufrimientos unidos a los méritos infinitos de mi Corazón...

Inculcad a las almas con quienes estáis en contacto el amor y la confianza... Anegadlas en amor y en confianza, en la Bondad y en la Misericordia de mi Corazón; y cuando tengáis ocasión de darne a conocer, decidles que no teman, porque soy Dios de amor.

Tres cosas os recomendaré especialmente:

1.º El ejercicio de la Hora Santa; por él se hace a Dios Padre, reparación infinita en unión y por medio de Jesucristo su Divino Hijo.

2.º La devoción de los cinco «Pater» a mis Llagas, pues por ellas recibe el mundo la salvación.

3.º En fin, la Unión constante a los Méritos de mi Corazón, porque así lograréis que vuestras acciones tengan valor infinito.

Valerse continuamente de mi Sangre, de mi Vida, de mi Corazón; confiar incesantemente y sin temor en mi Corazón; he aquí un secreto desconocido para muchas almas... Quiero que lo conozcáis y que sepáis aprovecharlo...

Ahora quiero hablar a mis almas consagradas... para que puedan darne a conocer a los pecadores y al mundo entero...

Muchas no saben aún penetrar mis sentimientos, Me tratan como a alguien con quien no se tiene confianza y que vive lejos de ellas. Quiero que aviven su fe y su amor y que su vida sea de confianza y de intimidad con Aquél a quien aman y que las ama.

De ordinario el hijo mayor es el que mejor conoce los sentimientos y los secretos de su padre; en él deposita su confianza más que en los otros, que siendo más pequeños, no son capaces de interesarse en las cosas serias y no fijan la atención sino en las superficiales; si el padre muere, es el hijo mayor el que transmite a sus hermanos menores los deseos y la última voluntad del padre que acaba de fallecer...

En mi Iglesia hay también hijos mayores; son las almas que Yo Me he escogido. Consagradas por el sacerdocio o por los votos religiosos, son las que viven más cerca de Mí, a las que confío mis secretos. Ellas son, por su ministerio o por su vocación, las encargadas de velar sobre mis hijos más pequeños, sus hermanos; y unas veces directa, otras indirectamente, de guiarlos, instruirlos y comunicarles mis deseos.

Si estas almas escogidas Me conocen bien, fácilmente podrán darne a conocer y si Me aman, Me harán amar... Pero, ¿cómo enseñarán a los demás, si ellas Me conocen poco?... Ahora bien; Yo pregunto: ¿Es posible amar de veras a quien apenas se conoce?... ¿Se puede hablar con intimidad a aquél

de quien vivimos alejados o en quién no se confía bastante?...

Esto es precisamente lo que quiero recordar a mis almas escogidas... Nada nuevo sin duda... Pero, ¿no necesitan reanimar la fe, el amor, la confianza?

Quiero Me traten con mayor intimidad, que Me consideren dentro de sí mismas, pues ya saben que el alma en gracia es morada del Espíritu Santo; y ahí, que Me vean como soy, como Dios, pero Dios de amor... Que tengan más amor que temor, que sepan que Yo las amo, y que no lo olviden, pues hay muchas que saben que las escogí porque las amo, pero cuando sus miserias y sus faltas las agobian, se entristecen creyendo no les tengo el mismo amor que antes.

Estas almas no Me conocen; no han comprendido lo que es mi Divino Corazón... porque, precisamente sus miserias y sus faltas son las que inclinan hacia ellas mi Bondad. Si reconocen su impotencia y su debilidad, si se humillan y vienen a Mi llenas de confianza, Me glorifican mucho más que antes de haber caído.

Lo mismo sucede cuando Me piden algo para sí o para los demás... Si vacilan, si dudan de Mi, no honran a mi Corazón.

Cuando el Centurión vino a pedirme que curase a su criado Me dijo con gran humildad:—«Yo no soy digno de que Vos vengáis a mi casa»—, mas, lleno de fe y de confianza añadió:—«Pero, Señor,

decid sólo una palabra y mi criado quedará curado»—... Este hombre conocía mi Corazón. Sabía que no puedo resistir a las súplicas del alma que todo lo espera de Mí. Este hombre Me glorificó mucho, porque, a la humildad, añadió firme y entera confianza. Sí, este hombre conocía mi Corazón, y sin embargo, no Me había manifestado a él como Me manifiesto a mis almas escogidas.

Por medio de la confianza es como obtendrán copiosísimas gracias para sí mismas y para otras almas. Yo quiero que profundicen ésto, porque deseo que revelen los caracteres de mi Corazón a las pobres almas que no Me conocen.

*
*
*

Entre las almas que Me están consagradas hay pocas que tengan verdadera fe y confianza en Mí, porque son pocas las que viven en unión íntima Conmigo.

Quiero que sepan cuánto deseo cobren nuevo aliento y se renueven en esta vida de unión y de intimidad... Que no se contenten con hablarme en la Iglesia, ante el Sagrario,—es verdad que allí estoy,—pero también vivo en ellas, dentro de ellas, y Me deleito en identificarme con ellas.

Que Me hablen de todo; que todo Me lo consulten; que Me lo pidan todo. Vivo en ellas para ser su vida y habito en ellas para ser su fuerza; las veo, las oigo, y las amo y espero correspondan al amor que les tengo.

Hay muchas almas que por la mañana hacen oración, pero ésta es más bien una fórmula, que una entrevista de amor. Luego oyen Misa, Me reciben en la Comunión y cuando salen de la Iglesia, se absorben en sus quehaceres, hasta tal punto que apenas Me vuelven a dirigir una palabra.

En esa alma estoy como en un desierto. No Me habla, no Me pide nada, y ocurre muchas veces que, si necesita consuelo, antes lo pedirá a una criatura que tiene que ir a buscar, que a Mí que soy su Creador, que vivo y estoy en ella. ¿No es esto falta de unión, falta de vida interior, o lo que es lo mismo falta de amor?

También quiero recordar a las almas que Me están consagradas, que las escogí de un modo especial para que viviendo en íntima unión Conmigo Me consuelen y reparen por los que Me ofenden. Quiero recordarles que están obligadas a estudiar mi Corazón para participar de sus sentimientos y poner por obra sus deseos en cuanto les sea posible. Cuando un hombre trabaja en campo propio, pone empeño en arrancar todas las malas hierbas que brotan en él y no ahorra trabajo, ni fatiga hasta conseguirlo. Así quiero que trabajen las almas escogidas, cuando conozcan mis deseos, con celo y con ardor sin ahorrar trabajo sin retroceder ante el sufrimiento con tal de aumentar mi gloria y de reparar las ofensas del mundo.

*
*
*

Escribe, pues, para mis almas consagradas, mis sacerdotes, mis religiosos, mis religiosas: todos están llamados a una íntima unión Conmigo, a vivir a mi lado, a conocer mis deseos a participar de mis alegrías, de mis tristezas.

Ellas están obligadas a trabajar en mis intereses, sin perdonar esfuerzos ni sufrimientos.

Ellas son las que sabiendo que hay tantas almas que Me ofenden deben reparar con sus oraciones, trabajos y penitencias.

Ellas, sobre todo, deben redoblar de unión Conmigo y no dejarme solo. Esto no lo entienden muchas almas. Olvidan que a ellas corresponde hacerme compañía y consolarme.

Ellas son las que tienen que formar una liga de amor, y, reuniéndose en torno de mi Corazón, implorar para las almas conocimiento de la verdad, luz y perdón.

Cuando, penetradas de dolor por las ofensas que recibo de todas partes, ellas, mis almas escogidas, Me pidan perdón y se ofrezcan para reparar y para trabajar en mi Obra, que tengan entera confianza, pues no puedo resistir a sus súplicas y las despacharé del modo que sea más favorable.

Que todas se apliquen a estudiar mi Corazón... Que se esfuerzen en vivir unidas a Mí, en hablarme... en consultarme. Que cubran sus acciones de

mis Méritos y de mi Sangre, empleando su vida en trabajar por la salvación de las almas y en acrecentar mi gloria.

Que no se empequeñezcan considerándose a sí mismas sino que dilaten su corazón al verse revestidas del poder de mi Sangre y de mis Méritos. Si trabajan solas, no podrán hacer gran cosa, mas si trabajan conmigo, a mi lado, en mi Nombre y por mi gloria, entonces serán poderosas.

Que mis almas consagradas reanimen sus deseos de reparar, y pidan con gran confianza que llegue el día del Divino Rey, el día de mi Reino universal.

Que no teman, que esperen en Mí, que confíen en Mí.

Que las devore el celo y la caridad hacia los pecadores. Que tengan compasión, que rueguen por ellos y los traten con dulzura.

Que publiquen en el mundo entero mi Bondad, mi Amor, y mi Misericordia.

Que en sus trabajos apostólicos, se armen de oración, de penitencia y sobre todo de confianza, no en sus esfuerzos personales, sino en el Poder y en la Bondad de mi Corazón que las acompaña.

«En vuestro Nombre, Señor, haré ésto, y sé que seré poderoso». Esta es la oración que hicieron mis Apóstoles, pobres e ignorantes, pero ricos y sabios, con la riqueza y sabiduría divinas.

“PIDO A MIS ALMAS

TRES COSAS:

REPARACION, AMOR, CONFIANZA”

mis Méritos y de mi Sangre, empleando su vida en trabajar por la salvación de las almas y en acrecentar mi gloria.

Que no se empequeñezcan considerándose a sí mismas sino que dilaten su corazón al verse revestidas del poder de mi Sangre y de mis Méritos. Si trabajan solas, no podrán hacer gran cosa, mas si trabajan conmigo, a mi lado, en mi Nombre y por mi gloria, entonces serán poderosas.

Que mis almas consagradas reanimen sus deseos de reparar, y pidan con gran confianza que llegue el día del Divino Rey, el día de mi Reino universal.

Que no teman, que esperen en Mí, que confíen en Mí.

Que las devore el celo y la caridad hacia los pecadores. Que tengan compasión, que rueguen por ellos y los traten con dulzura.

Que publiquen en el mundo entero mi Bondad, mi Amor, y mi Misericordia.

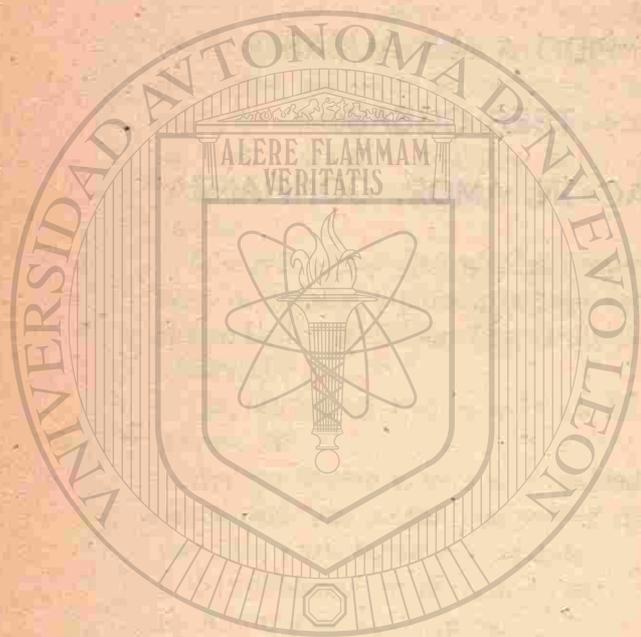
Que en sus trabajos apostólicos, se armen de oración, de penitencia y sobre todo de confianza, no en sus esfuerzos personales, sino en el Poder y en la Bondad de mi Corazón que las acompaña.

«En vuestro Nombre, Señor, haré esto, y sé que seré poderoso». Esta es la oración que hicieron mis Apóstoles, pobres e ignorantes, pero ricos y sabios, con la riqueza y sabiduría divinas.

“PIDO A MIS ALMAS

TRES COSAS:

REPARACION, AMOR, CONFIANZA”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Reparación:

Es decir, vida de unión con el Reparador divino: Trabajar por El, con El, en El, con grande unión a sus sentimientos y a sus deseos en espíritu de reparación.

Vengo a descansar en ti, alma querida... ¡Soy tan poco amado de los hombres!...

¡Buscando siempre amor, no encuentro sino ingritud!... ¡Son tan pocas las almas que verdaderamente Me aman!...

Lo que deseo de ti, es que estés dispuesta a consolar mi Corazón siempre que te lo pida, pues el consuelo que Me da un alma fiel, compensa la amargura que Me causan tantas almas frías e indiferentes.

Algunas veces sentirás la angustia de mi Corazón en el tuyo; así Me aliviarás. No tengas miedo, Yo estoy contigo.

Cuando te dejo sentir frialdad, es que tomo tu ardor para calentar a otras almas...

Cuando te hago pasar angustias, tu sufrimiento impide que mi cólera divina descargue sobre los pecadores...

Cuando estás fría e insensible, y Me dices sin embargo que Me amas, es cuando más consuelas mi Corazón...

Un solo acto de amor hecho cuando te dejas sola, repara multitud de ingratitudes de otras almas; mi Corazón los cuenta y los recibe como bálsamo precioso.

¡Quiero que Me des almas!

Para esto no te pido más que amor en tus acciones.

Hazlo todo por amor: sufre por amor, trabaja por amor, y sobre todo, abandónate al amor.

Cuando te doy consuelo, recíbelo de manos del Amor.

Cuando te hago sentir angustia y soledad acéptalas y sufre con amor.

Quiero valerme de ti como una persona cansada se sirve de un báculo.

Quiero poseerte, llenarte, consumirte toda.

Escucha esta palabra: «El oro se purifica en el crisol». Así se purifica y fortalece tu alma en la tribulación, y el tiempo de la tentación es de gran provecho para ti y para las almas.

Entra en mi Corazón y estudia el celo que lo devora por la gloria de mi Padre.

No temas sufrir si con el sufrimiento puedes, en algún modo, aumentar mi gloria y salvar almas.

¡Valen tanto las almas!...

¡Hay que sufrir mucho para salvar un alma!...

¿No sabes que mi Cruz y Yo somos inseparables? Si Me ves a Mí, verás la Cruz y cuando encuentras mi Cruz, Me encuentras a Mí.

El alma que Me ama, ama la Cruz y el que ama la Cruz, Me ama a Mí. Nadie poseerá la vida eterna sin amar la Cruz y abrazarla de buena voluntad por mi amor.

El camino de la virtud y de la santidad se compone de abnegación y de sufrimiento y el alma que acepta y abraza la Cruz, camina guiada por la verdadera luz y sigue la senda recta y segura, sin temor de resbalar en las pendientes...

La Cruz es la puerta de la verdadera vida y el alma que la acepta y la ama, tal cual Yo se la he dado, entrará por ella en los resplandores de la vida eterna.

¿Comprendes ahora, cuán preciosa es mi Cruz? No la temas... Soy Yo quien te la doy y no te dejaré sin las fuerzas necesarias para llevarla.

¿No ves cómo la llevé Yo por tu amor? Llévala tú con amor por Mí.

Mi Corazón es el que da vida a las almas, el que da vida al mundo... pero se la da desde la Cruz. Así es necesario que las almas escogidas para dar luz y vida al mundo entero, a vista del ejemplo que les ha dado su Salvador y Maestro, se tiendan con gran sumisión sobre esta Cruz.

La mejor recompensa que puedo dar a un alma es hacerla víctima de mi Amor y de mi Misericordia.

dia porque así la hago semejante a Mí que soy la Víctima Divina por todos los pecadores.

¿Sabes cómo puedes consolarme?... Amándome, sufriendo por las almas, no rehusándome nada...

Sí, no Me niegues nada; no olvides que necesito almas que continúen mi Pasión para contener la ira divina. Yo te sostendré.

Cuando un alma ruega por un pecador con deseo ardiente de que se convierta, mi Corazón encuentra, en esta súplica, reparación por la ofensa recibida y la mayor parte de las veces, esta alma obtiene lo que pide, aunque sea en el último momento.

De todos modos, la oración nunca se pierde porque, repara la injuria que Me causa el pecador y si no éste, otros alcanzarán misericordia y recibirán el fruto de esta oración.

Hay almas que durante su vida y también por toda la eternidad, están llamadas a darme la gloria que les pertenece darme, y la que Me hubieran debido dar otras almas que se han perdido... De este modo mi gloria no sufre mengua, pues un alma justa puede reparar los pecados de otras muchas.

Es tan grande el amor que tengo a las almas, que sufro como un martirio, cuando se alejan de Mí, no por la gloria que Me quitan, sino por la desgracia que se atraen sobre sí mismas.

Las almas corren a su perdición y mi Sangre se inutiliza para ellas. Pero las que aman y se inmolan, y se consumen como víctimas de reparación atraen la Misericordia de Dios. Esto es lo que salva al mundo.

¡Busco almas que reparen tantas ofensas como recibe la Majestad Divina y mi Corazón se consume en deseos de perdonar!

¡Pobres pecadores! ¡Cuán ciegos están! Yo sólo deseo perdonarlos, pero ellos no piensan más que en ofenderme... Voy tras los pecadores como la justicia tras los criminales; la diferencia es, que ella los busca para castigarlos y Yo para perdonarlos.

El mundo corre precipitadamente a abismarse en los placeres y es tanta la multitud de los pecados que se cometen que mi Corazón está como anegado en un torrente de amargura y de tristeza!

¿Dónde encontraré alivio a mi dolor? Ofrece todo tu ser para satisfacer a mi Justicia y reparar los ultrajes hechos a mi Amor. Si te consideras indigna y tus pecados son grandes, ven a sumergirte en el torrente de Sangre que brota de mi Corazón y déjate purificar. Acepta después generosamente todos los sufrimientos que mi Voluntad te envía para ofrecérselos a mi Padre Celestial. Deja que tu alma se abra en deseos de consolar a un Dios ultrajado y apodérate de mis Méritos para reparar tantos crímenes...

Dime: ¿dónde hay un corazón que ame más que el Mío y que sea menos correspondido? ¿Qué cora-

zón hay, que más que el Mío se consuma en mayores deseos de perdonar? Y en pago, de tanto amor, recibo las mayores ofensas...

¡Pobres almas! Vamos a pedir perdón y a reparar por ellas: «¡Oh! Padre Mío, tened piedad de las almas, no las castigáis como merecen, sino hacédles misericordia como os lo pide vuestro Hijo».

Vengo a descansar entre las almas que he escogido. ¡Ojalá sepan, por su fidelidad, cicatrizar las heridas que recibo de los pecadores! ¡Ah! ¡cuán necesario es que haya víctimas para compensar la amargura en que se abreva mi Corazón y para aliviar el dolor que Me causan tantas culpas!...

¡Cuánta maldad!... ¡Cómo se pierden las almas!...

La obstinación de un alma culpable hiere profundamente mi Corazón, pero la ternura de un alma fiel, no sólo cicatriza mis Llagas, sino que detiene la Justicia de mi Padre.

Cuando te envío sufrimientos no creas que por eso te amo menos... Es que necesito remedios para curar las llagas del mundo.

Yo Me encargo de reparar por ti: tú, repara por las almas.

Hay muchas almas que Me afligen y muchas que se pierden; pero lo que más hace sufrir mi Corazón, son aquellas almas que tanto amo y que no se

entregan enteramente a Mí, sino que siempre se reservan algo. Y sin embargo: ¿No les entrego Yo todo mi Corazón?...

* *

¡Consuélame, ámame, glorificame por mi Corazón!

Repara con El y satisface por medio de El a la Justicia Divina... Preséntalo como Víctima de Amor por las almas... Pero de un modo especial, por las almas que Me están consagradas. Vive Conmigo, como Yo vivo contigo... Escóndete en Mí, como Yo Me escondo en ti. Los dos nos consolaremos mutuamente porque tu sufrimiento será mío y mi sufrimiento será tuyo.

* *

Hoy Me vas a consolar: entra muy adentro de mi Corazón. Preséntate a mi Padre con todos los Méritos de tu Esposo. Pídele perdón por tantas almas ingratas. Dile que estás dispuesta, en tu pequeñez, a reparar las ofensas que recibe. Dile que eres una víctima muy miserable, pero que estás cubierta con la Sangre de mi Corazón.

Así pasarás el día, pidiendo perdón y reparando.

Quiero que unas tu corazón al celo y al ardor que consume el Mío y que las almas comprendan bien como quiero ser su felicidad y su recompensa.

¡Que no se aparten de Mí! ¡las amo tanto!

* * *

Mira mis Llagas que fueron abiertas sobre la Cruz para rescatar al mundo de la muerte eterna y para darle la vida... ellas son las que ahora obtienen misericordia y perdón a tantas almas que irritan la cólera del Padre. Estas Llagas darán en adelante a las almas luz, fuerza y amor.

Esta Llagas (la del Corazón) es el volcán divino donde quiero que se abrasen mis almas escogidas. Todas las gracias que mi Corazón encierra son para que ellas las derramen sobre el mundo, sobre tantas y tantas almas que no saben venir a buscarlas y sobre otras muchas que las desprecian.

Yo les daré la luz necesaria para que sepan aprovechar este tesoro y para que no sólo Me hagan conocer y amar, sino que reparen también las ofensas que recibo de los pecadores. Sí, el mundo Me ofende... pero se salvará por la reparación de las almas escogidas.

¡Ama, porque el amor es reparación y la reparación es amor!

Amor:

O sea, intimidad con Aquél que es todo Amor y que se pone al nivel de sus criaturas para pedirles su amor.

Lo único que quiero es amor. Amor dócil que se deja conducir por Aquél a quien ama... Amor desinteresado que no busca ni su gusto ni su interés, sino los de su Amado... Amor celoso, ardiente, devorador, que venza todos los obstáculos que el amor propio le ponga delante: éste es el verdadero amor, el que aparta a tantas almas del abismo de perdición en que se precipitan.

Contempla mi Corazón... estúdialo y de El aprenderás a amar. El verdadero amor es desinteresado, humilde y generoso. Si Me pides que te enseñe a amarme, empieza por olvidarte a ti misma; no cuentes los sacrificios ni mires lo que te cuestan... no repares en si es o no de tu gusto: Ama y tendrás fuerza.

Muchas almas creen que el amor consiste en decir:—«Os amo, Dios mío»... No, el amor es suave y obra porque ama. Quiero que Me ames así, suavemente siempre y en todo; en el trabajo y en el descanso; en la oración y en el consuelo, como en el sufrimiento y la humillación; siempre has de darme pruebas de amor con tus obras... ¡Eso es amar!...

Si las almas lo entendieran, ¡cuánto adelantarían en perfección! ¡Cuánto consolarían a mi Corazón!

Dime que Me amas, es lo que más Me consuela porque tengo hambre de amor. Quiero que ardas en deseos de verme amado y que tu corazón no se alimente más que de este deseo.

Mira mi Corazón y el fuego que lo consume: es el amor que tengo a las almas, pero sobre todo a mis almas escogidas. A ellas reserva mi Corazón un sitio de preferencia... pero ¡cuántas no lo saben!

Entra en mi Corazón, gusta su dulzura, embriégate de su paz, deja que tu corazón se abra-se al contacto de esta divina llama...

Comparte mis penas, mis tristezas, mis horas de soledad, hazme compañía. Amame por tantas almas que Me dejan solo y Me desprecian.

El amor todo lo hace fácil.

El alma que ama desea sufrir; el sufrimiento alimenta el amor.

El amor y el sufrimiento unen al alma íntimamente con Dios y la hacen identificarse con El.

Muchas almas Me reciben bien cuando las vi-sito en tiempo de consuelo. Muchas Me reciben con gusto en la Comunión. Pero hay pocas que Me dan buena acogida cuando llamo a su puerta con mi Cruz.

El alma que viéndose tendida sobre la Cruz se abandona, es la que Me glorifica, la que Me consuela, la que está más cerca de Mí.

Es verdad que muchas almas no Me conocen, pero mayor es el número de las que conociéndome, Me abandonan para seguir una vida de placer... ¡Hay tantas almas sensuales!... ¡Tantas que quieren gozar!... Por eso se pierden, pues mi camino es de sufrimiento y de cruz. Por eso busco el amor, porque sólo el amor da fuerza para seguirme.

* *

Quando dos personas se aman, la más pequeña falta de delicadeza de la una, hierde el corazón de la otra. Así sucede con mi Corazón. Si eres fiel en guardar las delicadezas del amor, no Me dejaré vencer en generosidad, e inundaré tu alma de paz. No te dejaré sola, en tu pequeñez serás grande porque Yo seré quien viva en ti

* *

Mi Corazón no puede contener el deseo que le consume de darse, de entregarse, de permanecer siempre en las almas. Espero a que Me abran su corazón y que Me encierren en él para que el fuego que devora el Mío las conforte y las abra-se.

Entonces Me entrego todo a las almas y soy para ellas lo que quieren les sea. Si Me quieren por Padre, seré su Padre; si Me quieren por Esposo, seré su Esposo; si necesitan fuerza, seré su fortaleza y si aspiran a consolarme, Me dejaré consolar...

Mi deseo es darme a las almas y derramar sobre ellas todas las gracias que les prepara mi Corazón.

* * *

Déjame dilatarme en ti, porque mi grandeza hará desaparecer tu pequeñez. Trabajaremos siempre unidos. Yo viviré en ti y tú vivirás para las almas. Mi Corazón lo hará todo, mi Misericordia obrará y mi Amor anonadará todo tu ser. Cuanto más desaparezcas tú, más seré Yo tu vida y tú, un cielo de reposo para Mí.

Háblame porque estoy contigo, no creas que estás sola porque no Me ves... Te veo, te oigo... Háblame, sonríeme porque soy tu Compañero inseparable.

Si me agradas es por tu pequeñez. No te pido más que dos cosas: amor y abandono... Quiero que seas como una vasija vacía que Yo Me encargaré de llenar. En cuanto a ti, no tengas medida en el amor... Ama y deja a tu Creador que se ocupe de su criatura...

Si eres pobre, Yo soy Rico; si eres débil Yo soy la misma fortaleza. Lo que te pido es que no Me niegues nada; te defenderé... te levantaré... Tú abandónate, Yo lo haré todo...

* * *

Quiero que todo, aún lo más pequeño, Me lo ofrezcas para consolar a mi Corazón de lo que sufre, sobre todo con las almas que Me están consagradas.

Quiero que descanses sin temor en mi Corazón. Mírale bien y verás hasta qué punto ese fuego es capaz de consumir todo lo imperfecto que hay en ti.

Quiero que te abandones a mi Corazón y no te ocupes más que de complacerme. Acuérdate que soy tu Padre, tu Salvador y tu Dios.

Entra en este Corazón que es un abismo de amor y nada temas.

No te pido que merezcas las gracias que te hago; lo que quiero es que las recibas. Déjame obrar en ti.

Tengo los ojos fijos en ti, fija en Mí los tuyos. No me importa tu nada, ni aún tus caídas... Mi Sangre lo borra todo. Bástate saber que te amo... Tú abandónate...

* * *

El alma que verdaderamente se abandona a Mí, Me agrada tanto, que a pesar de sus miserias e imperfecciones, hago de ella mi Cielo y Me complazco en habitar en ella.

Si Me lo abandonas todo, todo lo encontrarás en mi Corazón.

Necesito corazones que amen... Almas que reparen... y víctimas que se inmolen... pero sobre todo, almas que se abandonen...

Déjate conducir con los ojos cerrados, que Yo soy tu Padre y los tengo abiertos para conducirte y guiarte.

Cuando Me llamas Padre, atraes mis miradas complacidas y mi Corazón se obliga a cuidar de ti...

No sabes cómo se alegran los padres cuando su hijito empieza a hablar y pronuncia el nombre tan tierno de «¡Padre!»... Al oírlo le abren los brazos, y lo estrechan contra su corazón, con tanta ternura y amor, que experimentan un goce muy superior a todos los placeres de este mundo por dulces y suaves que sean. Pues si un padre y una madre de la tierra lo hacen así, ¿qué hará El que es a la vez: Padre, Madre, Creador, Salvador y Esposo? ¿Qué corazón puede igualar al Mío en ternura y amor?

Sí, alma querida, cuando estés oprimida y angustiada, ven, acude a Mí, dime: «Padre» y descansa en mi Corazón.

Si no puedes postrarte a mis pies como quisieras en medio de tu trabajo, repite esta palabra «Padre» y Yo te ayudaré, te sostendré, te guiaré y te consolaré.

Mira mi Corazón. Este es el *libro* en que debes meditar. El te enseñará todas las virtudes y sobre todo el celo de mi gloria y de la salvación de las almas.

Mira bien mi Corazón. Es el *asilo* de los miserables y por consiguiente el tuyo, porque ¿quién más miserable que tú?

Mira el fondo de mi Corazón y verás que es el *crisol* donde se purifican los corazones más manchados y después inflamados en el amor. Ven, acércate a este *horno*; deja aquí tus miserias y tus

pecados. Ten confianza y cree en Mí que soy tu Salvador.

Mira aún mi Corazón. Es el *manantial* de agua viva. Arrójate en El, y bebe hasta apagar tu sed. Deseo y quiero que todas las almas vengan a este manantial para que encuentren en él su refrigerio.

En cuanto a ti, te he colocado muy adentro de mi Corazón porque como eres muy pequeña no hubieras podido venir tú sola... Aprovecha y bebe las gracias que te doy. Deja que mi amor trabaje en ti y sigue siendo muy pequeña.

Sí, dices bien: «¡Soy bueno!» Para que las almas lo comprendan sólo una cosa necesitan: unión y vida interior.

¡Cuánto mejor Me conocerían las almas, si vivieran más unidas a Mí!

Este será nuestro trabajo en el Cielo: enseñarles a vivir Conmigo; no como si Me encontrara lejos de ellas, sino en la más estrecha intimidad; puesto que vivo en ellas por la gracia.

Si mis almas escogidas viven así y Me conocen de veras, ¡cuánto bien podrán hacer a tantas pobres almas que viven lejos de Mí, sin conocerme!

Cuando mis almas se unen a Mí conocen mis sentimientos, saben cuán ofendido soy, Me consuelan, reparan... y llenas de confianza en mi Bondad piden perdón y obtienen gracia para el mundo.

Tú Me amas porque soy bueno: Yo te amo porque eres pequeña y porque Me has dado tu pequeñez.

Confianza:

Es decir, estar segura de Aquél que es Bondad y Misericordia y que llama a las almas de un modo especial, para que vivan con El y conociéndole, todo lo esperen de El.

Tus pecados, Yo los borro. Tus miserias, Yo las consumo. Tu debilidad, Yo la sostengo.

Cuanto mayor sea tu miseria, más te sostendrá mi poder: te enriqueceré con mis dones. Si Me eres fiel haré de tu alma morada donde guarecerme, cuando las almas Me arrojen de sí por el pecado. Descansaré en ti y tú tendrás vida en Mí.

Si eres un abismo de miseria, Yo soy un abismo de Bondad y de Misericordia. Mi Corazón es tu refugio. Ven a buscar en El cuanto necesites, aun aquello que Yo te pida.

No mires tu pequeñez, mira el poder de mi Corazón que te sostiene. No temas, soy tu Fortaleza y el Reparador de tu miseria.

Si estás en mis manos ¿qué puedes temer?... No dudes de la bondad de mi Corazón ni del amor que te tengo. Tu miseria Me atrae... ¿Qué serías sin Mí? No olvides que cuanto más pequeña seas, más cerca estaré de ti.

No te aflijas desmedidamente por tus caídas; nada necesito para hacer de ti una santa: lo que

quiero es que no Me niegues nada de lo que te pido... Te buscaré en tu nada para unirme a Mí.

Tu pequeñez y tu miseria son el imán que atrae mis miradas. No te desalientes porque en tu fragilidad resplandece más mi Misericordia.

Mi Corazón encuentra consuelo en perdonar, no tengo mayor deseo, ni más grande alegría que perdonar.

Es tanto el consuelo que Me procura el alma cuando vuelve a Mí después de una caída, que ésta casi resulta ganancia para ella, porque entonces la miro con gran amor. Poco Me importa su miseria, con tal que su único deseo sea darme gloria. Con toda su pequeñez esta alma obtiene gracia para muchas otras.

Cuando un alma desea ardientemente ser fiel, Yo la sostengo en su debilidad, y sus caídas hacen obrar más mi Bondad y mi Misericordia. Sólo pido que el alma se olvide a sí misma, reconozca su flaqueza, se humille y haga esfuerzos, no para buscar su propia satisfacción, sino mi gloria.

No puedes comprender cuánto agrada a mi Corazón perdonar las faltas de pura fragilidad. No te inquietes. Porque eres frágil y débil he fijado en tí mis ojos (1).

(1) Para todo este párrafo, leer la nota en la "Llamada a las Almas", p. 106.

Deseo aprisionarte en mi Corazón porque te amo sin medida, y a pesar de todas tus faltas y todas tus miserias Me valdré de ti para dar a conocer a muchas almas mi Misericordia y mi Amor.

Son muchas las que no conocen todavía la Bondad de mi Corazón y mi único deseo es que todas esas almas se aneguen y se pierdan para siempre en el abismo sin fondo de mi Corazón.

¡Soy tu Salvador! ¡Soy tu Esposo! ¡Cuán poco entienden las almas estos dos nombres!... Esta es la Obra que quiero realizar por ti. El más ardiente anhelo de mi Corazón es la salvación de las almas y quiero, que aquellas que Me están consagradas, conozcan con cuánta facilidad pueden darme almas. Yo les haré conocer el tesoro que muchas veces dejan perder, porque no profundizan estos dos títulos: Salvador y Esposo.

Mi Corazón te ama y no Me asusta tu pequeñez; ella Me ha hecho fijar en ti mis miradas y amarte con locura divina.

Soy el Sol divino que te descubre tu miseria.

Cuanto más grande la veas, más debe aumentar tu ternura y tu amor hacia Mí.

Si tu alma es una tierra viciada que no puede producir fruto, Yo soy el Jardinero que la cultiva, enviaré un rayo de sol que la purifique y luego mi mano sembrará...

*
**

Mi Cruz se apoyará sobre tu miseria y Yo descansaré en tu pequeñez. Mi Cruz te fortalecerá y Yo te sostendré... Tómala y nada temas. Nunca superará tus fuerzas porque está cortada a tu medida y pesada en la balanza del amor.

Mientras más pequeña es una cosa con más facilidad se la maneja. Por eso, porque eres nada, Me sirvo de ti como quiero.

No creas que por tus miserias voy a dejar de amarte. No, mi Corazón te ama, y no te abandonará jamás. Ya sabes que la propiedad del fuego es abrasar y destruir... y la de mi Corazón, es perdonar, purificar y amar.

Muy bien sé que sólo tienes miseria y flaquezas, mas como soy fuego que purifica te envolveré en la llama de mi Corazón y consumiré todo.

¿No te he dicho muchas veces que mi único deseo es que las almas Me entreguen sus miserias? Si no te atreves a acercarte a Mí, Yo Me acercaré a ti.

Cuanta mayor flaqueza encuentre en ti, más amor encontrarás en Mí. No Me importan tus miserias, lo que quiero es ser el Dueño de tu miseria.

¡Tu pequeñez da lugar a mi Grandeza... Tu miseria y tus pecados, a mi Misericordia... Tu confianza, a mi Amor y a mi Bondad!

¡Ven, apóyate sobre mi Corazón, descansa en El!

* * *

Cuando un rey o príncipe toma por esposa a la hija de uno de sus cortesanos, se obliga a darle cuanto exige el rango a que la ha elevado... Yo soy quien os ha elegido, por lo tanto estoy obligado a daros cuánto necesitáis.

Sólo os pido lo que tenéis. Dadme vuestro corazón vacío. Yo lo llenaré; dádmelo desprovisto de todo, Yo le revestiré; dádmelo con sus miserias y Yo las consumiré... ¡Os mostraré lo que no véis!... ¡Yo responderé de lo que no tenéis!

* * *

Son muchas las almas que creen en Mí, pero pocas las que creen en mi Amor... y entre éstas, muy pocas cuentan con mi Misericordia. Muchas Me conocen como Dios, pero pocas confían en Mí, como Padre.

Yo Me manifestaré... y haré ver a mis almas predilectas que no les pido lo que no tienen. Lo que exijo, es que Me den cuanto poseen, pues todo Me pertenece.

Si no tienen más que miserias y flaquezas... acaso pecados... los pido también: ¡Dádmelos, dádmelos todos! y quedáos sólo con la confianza en mi Corazón. Os perdono, os amo, y Yo mismo os santificaré.

LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

«JOSEFA,
ESPOSA Y VICTIMA DE MI CORAZON,
TE HABLARE DE MI PASION,
PARA QUE SEA EL OBJETO CONSTANTE DE TU PENSAMIENTO Y PARA QUE LLEVE A LAS ALMAS
LAS CONFIDENCIAS DE MI CORAZON».

En la Guaresma de 1923, Nuestro Señor reveló a Sor Josefa Menéndez los sentimientos de su Corazón durante su Sagrada Pasión.

Sor Josefa recibía de rodillas las confidencias de su Maestro y mientras El hablaba, las escribía.

Estas páginas contienen, en parte, esas divinas confidencias.

* * *

Cuando un rey o príncipe toma por esposa a la hija de uno de sus cortesanos, se obliga a darle cuanto exige el rango a que la ha elevado... Yo soy quien os ha elegido, por lo tanto estoy obligado a daros cuánto necesitáis.

Sólo os pido lo que tenéis. Dadme vuestro corazón vacío. Yo lo llenaré; dádmelo desprovisto de todo, Yo le revestiré; dádmelo con sus miserias y Yo las consumiré... ¡Os mostraré lo que no véis!... ¡Yo responderé de lo que no tenéis!

* * *

Son muchas las almas que creen en Mí, pero pocas las que creen en mi Amor... y entre éstas, muy pocas cuentan con mi Misericordia. Muchas Me conocen como Dios, pero pocas confían en Mí, como Padre.

Yo Me manifestaré... y haré ver a mis almas predilectas que no les pido lo que no tienen. Lo que exijo, es que Me den cuanto poseen, pues todo Me pertenece.

Si no tienen más que miserias y flaquezas... acaso pecados... los pido también: ¡Dádmelos, dádmelos todos! y quedáos sólo con la confianza en mi Corazón. Os perdono, os amo, y Yo mismo os santificaré.

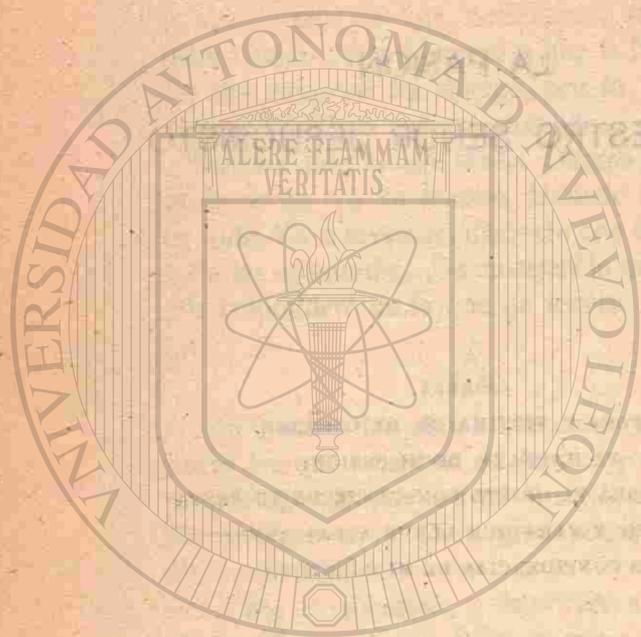
LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

«JOSEFA,
ESPOSA Y VICTIMA DE MI CORAZON,
TE HABLARE DE MI PASION,
PARA QUE SEA EL OBJETO CONSTANTE DE TU PENSAMIENTO Y PARA QUE LLEVE A LAS ALMAS
LAS CONFIDENCIAS DE MI CORAZON».

En la Guaresma de 1923, Nuestro Señor reveló a Sor Josefa Menéndez los sentimientos de su Corazón durante su Sagrada Pasión.

Sor Josefa recibía de rodillas las confidencias de su Maestro y mientras El hablaba, las escribía.

Estas páginas contienen, en parte, esas divinas confidencias.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

22 de febrero de 1923.

Lavatorio de los pies

Voy a empezar por descubrirete los sentimientos que embargaban mi Corazón cuando lavé los pies a mis Apóstoles.

Fijate bien que reuní a los doce. No quise excluir a ninguno. Allí se encontraban Juan el discípulo amado y Judas el que dentro de poco, había de entregarme a mis enemigos.

Te diré por qué quise reunirlos a todos, y por qué empecé por lavarles los pies.

*
*
*

Los reuní a todos, porque era el momento en que mi Iglesia iba a presentarse en el mundo, y pronto no habría más que un solo Pastor para todas las ovejas.

Quería también enseñar a las almas, que aun cuando estén cargadas de los pecados más atroces, no las excluyo de las gracias, ni las separo de mis almas más amadas; es decir, que a unas y a otras, las reuno en mi Corazón y les doy las gracias que necesitan.

¡Qué congoja sentí en aquel momento sabiendo que en el infortunado Judas estaban representadas tantas almas que, reunidas a mis pies y lavadas

muchas veces con mi Sangre, habían de perderse!...

Sí, en aquel momento quise enseñar a los pecadores que no porque estén en pecado, deben alejarse de Mí, pensando que ya no tienen remedio y que nunca serán amados como antes de cometer su pecado. No, ¡pobres almas! ¡No son estos los sentimientos de un Dios, que ha derramado toda su Sangre por vosotros!...

¡Venid todos a Mí y no temáis porque os amo; os lavaré con mi Sangre y quedaréis tan blancos como la nieve. Anegaré vuestros pecados en el agua de mi Misericordia y nada será capaz de arrancar de mi Corazón el amor que os tengo...

Josefa, déjate penetrar del más ardiente deseo de que todas las almas vengan a purificarse en el agua de la penitencia... que se penetren de sentimientos de confianza y no de temor, porque soy Dios de Misericordia y siempre estoy dispuesto a recibirlas en mi Corazón.

25 de febrero.

El Cenáculo

Vamos a continuar nuestros secretos de amor. Hoy te diré una de las razones que Me indujeron a lavar los pies a mis Apóstoles antes de la Cena.

Fué primeramente para mostrar a las almas cuánto deseo que estén limpias y blancas cuando Me reciben en el Sacramento de mi amor.

Fué también para representar el Sacramento de la Penitencia en el que las almas que han tenido la desdicha de caer en el pecado, pueden lavarse y recobrar su pérdida blancura.

Quise lavarles Yo mismo los pies, para enseñar a las almas que se dedican a los trabajos apostólicos, a humillarse y tratar con dulzura a los pecadores y a todas las almas que les están confiadas.

Quise ceñirme con un lienzo, para indicarles que, para obtener buen éxito con las almas, hay que ceñirse con la mortificación y la propia abnegación. También quise enseñarles la mutua caridad y cómo se deben lavar las faltas que se observan en el prójimo, disimulándolas y excusándolas siempre, sin divulgar jamás los defectos ajenos.

En fin, el agua que derramé sobre los pies de mis Apóstoles, era imagen del celo que consumía mi Corazón, en deseos de la salvación de los hombres.

En aquel momento, próximo ya a la Redención del género humano, mi Corazón no podía contener sus ardores y como era infinito el amor que sentía por los hombres, no quise dejarlos huérfanos.

Para vivir con ellos hasta la consumación de los siglos y demostrarles mi Amor, quise ser su alimento, su sostén, su vida, su todo...

¡Ah! ¡cómo quisiera hacer conocer los sentimientos de mi Corazón a todas las almas! ¡Cuánto deseo que se penetren del amor que sentía por ellas, cuando en el Cenáculo instituí la Eucaristía!

En aquel momento ví a todas las almas que en el transcurso de los siglos, habían de alimentarse de mi Cuerpo y de mi Sangre, y los efectos divinos producidos en muchísimas...

¡En cuántas almas esa Sangre inmaculada engendraría la pureza y la virginidad! ¡En cuántas encendería la llama del amor y del celo! ¡Cuántos mártires de amor se agrupaban en aquella hora ante mis ojos y en mi Corazón!... ¡Cuántas otras almas, después de haber cometido muchos y graves pecados, debilitadas por la fuerza de las pasiones, vendrían a Mí para renovar su vigor con el Pan de los fuertes!...

¡Ah! ¡quién podrá penetrar los sentimientos de mi Corazón en aquellos momentos! Sentimientos de amor, de gozo, de ternura... Mas... ¡cuánta fué también la amargura que embargó mi Corazón!

* * *

Continuaré Josefa. Vete en paz. Consuélame y no temas; porque mi Sangre no se ha agotado, y ella purifica tu alma...

La Eucaristía y los pecadores

Quiero decir a mis almas, la amargura de que estaba poseído mi Corazón durante la Cena; pues si era grande mi alegría de hacerme Compañero de los hombres hasta el fin de los siglos, y Alimento divino de las almas y veía cuántas Me rendirían homenaje de adoración, de reparación y de amor... no fué menor la tristeza que Me causó el ver cuántas habrían de abandonarme en el Sagrario, y cuántas no creerían en la presencia real...

¡En cuántos corazones manchados por el pecado tendría que entrar... y cómo mi Carne y mi Sangre, así profanadas, habían de convertirse en motivo de condenación para muchas almas!...

¡Ah! ¡cómo ví en aquel momento, todos los sacrilegios y ultrajes y las tremendas abominaciones que habían de cometerse contra Mí! ¡Cuántas horas habría de pasar solo en el Sagrario!... ¡Cuántas noches!... ¡Cuántas almas rechazarían los llamamientos amorosos que desde esa morada les dirigiría!...

Por amor a las almas, Me quedo prisionero en la Eucaristía, para que en todas sus penas y aflicciones puedan venir a consolarse con el más tierno de los corazones, con el mejor de los padres, con el amigo más fiel. Mas, ¡ese amor que se deshace y

se consume por el bien de las almas, no ha de ser correspondido!...

Habito en medio de los pecadores para ser su salvación y su vida, su médico y su medicina en todas las enfermedades causadas por su naturaleza corrompida, y ellos, en cambio se alejan de Mí, Me ultrajan y Me desprecian...

¡Ah! ¡pobres pecadores! No os alejéis de Mí... os espero día y noche en el Sagrario... No os reprocharé vuestros crímenes... No os echaré en cara vuestros pecados... Lo que haré será lavaros con la Sangre de mis Llagas... No temáis... Venid a Mí... ¡No sabéis cuanto os amo!...

Y vosotras, almas queridas... ¿por qué estáis frías e indiferentes a mi amor? Sé que tenéis que atender a las necesidades de vuestra familia, de vuestra casa, y que el mundo os solicita sin cesar... pero ¿no tendréis un momento para venir a darme prueba de vuestro amor y de vuestro agradecimiento?... No os dejéis llevar de tantas preocupaciones inútiles y reservad un momento para venir a visitar al Prisionero de amor.

Si vuestro cuerpo está débil y enfermo ¿no procuraréis hallar un momento para ir a buscar al médico que debe curaros? Venid así al que puede haceros recobrar las fuerzas y la salud del alma... Dad una limosna de amor a este Mendigo divino que os espera, os llama y os desea.

6 de marzo.

La Eucaristía y las almas consagradas

Josefa, voy a hablarte del mayor misterio de amor hacia mis almas escogidas y consagradas.

En el momento de instituir la Eucaristía, vi presentes a todas las almas privilegiadas que habían de alimentarse con mi Cuerpo y con mi Sangre y los diferentes efectos producidos en ellas. Para unas, mi Cuerpo sería remedio a su debilidad, para otras, fuego que consumiría sus miserias y las inflamaría en amor.

¡Ah!... esas almas reunidas ante Mí, serán como un inmenso jardín en el que cada planta produce diferente flor, pero todas Me recrean con su perfume. Mi Sagrado Cuerpo será el sol que las reanime... Me acercaré a unas para consolarme, a otras para ocultarme, en otras descansaré. ¡Si supieráis almas amadísimas, cuán fácil es consolar, ocultar y descansar a todo un Dios!

Este Dios que os ama con amor infinito, después de libraros de la esclavitud del pecado, ha sembrado en vosotros la gracia incomparable de la vocación religiosa, os ha atraído de un modo misterioso al jardín de sus delicias. Este Dios Redentor vuestro, se ha hecho vuestro Esposo.

El mismo os alimenta con su Cuerpo Purísimo y con su Sangre, apaga vuestra sed. En El encontraréis el descanso y la felicidad.

¡Ah!... ¿por qué tantas almas, después de haberlas colmado de bienes y de caricias, han de ser motivo de tristeza para mi Corazón? ¿No soy siempre el mismo?... ¿Acaso he cambiado para vosotras?... No, Yo no cambiaré jamás y hasta el fin de los siglos os amaré con predilección y con ternura.

Sé que estáis llenas de miserias, pero esto no Me hará apartar de vosotras mis miradas más tiernas, y con ansia os estoy esperando, no sólo para aliviar vuestras miserias, sino también para colmaros de nuevos beneficios.

Si os pido amor, no Me lo neguéis; es muy fácil amar al que es el amor mismo.

Si os pido algo costoso a vuestra naturaleza, os doy juntamente la gracia y la fuerza necesarias para vencerlos.

Os he escogido para que seáis mi consuelo. Dejadme entrar en vuestra alma y si no encontráis en ella nada que sea digno de Mí, decidme con humildad y confianza:—«Señor, ya véis los frutos y las flores que produce mi jardín. Venid y decidme qué debo hacer para que desde hoy, empiece a brotar la flor que deseáis».

Si el alma Me dice ésto con verdadero deseo de

probarme su amor, le responderé:—«Alma querida, para que tu jardín produzca hermosas flores, deja que Yo mismo lo cultive; deja que Yo labre la tierra; empezaré por arrancar hoy esta raíz que Me estorba y que tus fuerzas no alcanzan a quitar. No te turbes si te pido el sacrificio de tus gustos, de tu carácter... tal acto de caridad, de paciencia, de abnegación... de celo, de mortificación, de obediencia. Ese es el abono que mejorará la tierra y la hará producir flores y frutos. ¿Sabes qué flores y qué frutos son éstos?... La victoria sobre tu carácter en tal ocasión, obtendrá la luz para un pecador; con tal molestia soportada con alegría, cicatrizarás las heridas que Me hizo con su pecado, repararás la ofensa y expiarás su falta... Si no te turbas al recibir una advertencia y la aceptas con cierto gozo, obtendrás que las almas cegadas por el orgullo, se humillen y pidan perdón.

Esto es lo que haré en tu alma si Me dejas trabajar libremente: no sólo brotarán flores en seguida, sino que darás gran consuelo a mi Corazón...

«Señor, ya ves que estaba dispuesta a dejáros hacer de mí lo que quisiérais y no sé cómo he caído y os he disgustado. ¿Me perdonaréis?... ¡soy tan miserable!... ¡no sirvo para nada!»... —«Sí, alma querida, sirves para consolarme, porque tal vez no hubieras hecho este acto de humildad y de amor, que la falta te obliga a hacer y que Me consuela tanto, si no hubieses caído».

Todo ésto se Me puso delante cuando instituí la Eucaristía y Me encendí en deseos de alimentar a las almas. No Me quedaba entre los hombres para vivir solamente con los perfectos, sino para sostener a los débiles y alimentar a los niños. Yo los haré crecer y robusteceré sus almas, descansaré en sus miserias y sus buenos deseos Me consolarán.

Pero, ¡ay! Josefa, entre mis almas escogidas, ¿no hay algunas que Me causan pena?... ¿Perseverarán todas?... Este es el grito de dolor que se escapa de mi Corazón; éste es el gemido que quiero oigan las almas.

Basta por hoy, ¡Adiós! No sabes cuánto Me consuelas cuando te entregas a Mí con entero abandono... ¡No todos los días puedo hablar a las almas! Déjame que para ellas te diga mis secretos... Déjame que aproveche los días de tu vida...

7 de marzo

La Eucaristía, maravilla del Amor desconocido

Escribe lo que sufrió mi Corazón en aquella hora, cuando no pudiendo contener el fuego de amor en que Me consumo, inventé esta maravilla de amor, la Eucaristía.

Viendo a todas las almas que se alimentarían de este Pan divino, ví también y sentí la frialdad de tantas almas escogidas... de tantas almas consagradas, de tantos sacerdotes que habían de herir mi Corazón. Ví a las que dejando entrar la rutina, el cansancio, el disgusto, caerían poco a poco en la tibieza.

¡Y estoy en el Sagrario! y espero... Deseo que esa alma venga a recibirme, que Me hable con la confianza de esposa, que Me pida consejo, y solicite mis gracias...

«Ven, le digo... dímelo todo con entera confianza... pregúntame por los pecadores... ofréctete para reparar... prométeme que hoy no Me dejarás solo... Mira si mi Corazón desea algo de ti que pueda consolarlo»...

Esto esperaba de esa alma, y de tantas otras... Mas, cuando se acerca a recibirme, apenas Me dice una palabra, porque está preocupada, cansada, contrariada. Su salud la inquieta... el empleo la preocupa... la familia la tiene con cuidado... —«No sé qué decir... estoy fría... estoy deseando salir de la capilla... no se me ocurre nada!...» — «¡Ah! ¿así vas a consolarme alma a quien he escogido y a quien he esperado con impaciencia toda la noche?...»

Sí, la esperaba para descansar en ella y le tenía preparado alivio para todas sus inquietudes... la aguardaba con nuevas gracias... pero como no Me

las pide... Tan solo se queja y casi no se dirige a Mí, parece que ha venido por cumplir... porque es costumbre... porque no tiene pecado mortal que se lo impida... pero no por amor, no por verdadero deseo de unirse íntimamente a Mí. No; esta alma no tiene las delicadezas de amor que Yo esperaba de ella...

¿Y aquel sacerdote?... ¡Ah! ¿Cómo decir todo lo que espero de cada uno de mis sacerdotes?... Los he revestido de mi poder para que puedan absolver a las almas... Obedezco a una palabra de sus labios y bajo del cielo a la tierra... Pueden llevarme en sus manos y estoy a su disposición, ya para colocarme en el Sagrario, ya para darme a las almas en la Comunión.

He confiado a cada uno de ellos, cierto número de almas para que con su predicación, su dirección y sobre todo su ejemplo, las guien y las conduzcan por el camino de la verdad y del bien.

¿Cómo responden a este llamamiento?... ¿Cómo cumplen esta misión de Amor?...

¿Al celebrar el Santo Sacrificio, al recibirme en su corazón aquel sacerdote va a confiarme hoy las almas que tiene a su cargo?... ¿Va a reparar las ofensas que recibo de tal pecador?... ¿Va a pedirme fuerza para desempeñar su ministerio, celo para trabajar por las almas?... ¿Va a darme su amor?...

¿Podré descansar en él como en un discípulo amado?...

¡Ah! ¡qué dolor tan agudo siente mi Corazón!... ¡Los mundanos hieren mis manos y mis pies, manchan mi rostro, pero mis almas escogidas, mis esposas, mis ministros, desgarran y destrazan mi Corazón!...

Este fué el más terrible dolor que sentí en la Cena cuando, entre los Doce, ví al primer apóstol infiel que representaba a tantos otros, que en el transcurso de los siglos habían de seguirle...

La Eucaristía es invención de amor, es vida y fuerza de las almas, remedio para todas las enfermedades, viático para el paso del tiempo a la eternidad.

Los pecadores encuentran en ella la vida del alma; las almas tibias, el calor y la verdadera reacción; las almas puras, suave y dulcísimo néctar; las fervorosas, su descanso y el remedio para calmar todas sus ansias; las perfectas, alas para elevarse a mayor perfección...

En fin, las almas religiosas hallan en ella, su nido, su amor y por último la imagen de los benditos y sagrados lazos que las unen íntima e inseparablemente al Esposo divino. ®

12 de marzo.

Getsemaní

Josefa, ven Conmigo, vamos a Getsemaní; deja que tu alma se penetre de los mismos sentimientos de tristeza y de amargura que inundaron la mía en aquella hora.

* * *

Después de haber predicado a las turbas, curado los enfermos, dado vista a los ciegos, resucitado a los muertos... después de haber vivido tres años en medio de mis Apóstoles para instruirlos y confiarles mi doctrina... les había enseñado en fin, por mi ejemplo, a soportarse mutuamente, lavándoles los pies y haciéndome su Alimento.

Se acercaba la hora para la que el Hijo de Dios se había hecho hombre... y Redentor del género humano, iba a derramar su Sangre y a dar su vida por el mundo...

En esa hora, quise ponerme en oración y entregarme a la Voluntad de mi Padre.

* * *

¡Almas queridas! Aprended de vuestro Modelo, que la única cosa necesaria, aunque la naturaleza se rebele, es someterse con humildad y entregarse para cumplir la Voluntad de Dios.

También quise enseñar a las almas que toda acción importante debe ir prevenida y vivificada por la oración, porque en la oración se fortifica el alma para lo más difícil y Dios se comunica a ella, y la aconseja e inspira, aun cuando el alma no lo sienta.

Me retiré al Huerto con tres de mis discípulos, para enseñaros, almas queridas de mi Corazón, que las tres potencias de vuestra alma deberí acompañaros y ayudaros en la oración.

Recordad con la memoria los beneficios divinos, las perfecciones de Dios: su bondad, su poder, su misericordia, el amor que os tiene. Buscad después con el entendimiento, cómo podréis corresponder a las maravillas que ha hecho por vosotras... Dejad que se mueva vuestra voluntad a hacer por Dios lo más y lo mejor, a consagraros a la salvación de las almas, ya sea por medio de vuestros trabajos apostólicos, ya por vuestra vida humilde y oculta, o en vuestro retiro y silencio por medio de la oración. Prostraos humildemente como criaturas en presencia de su Creador y adorad sus designios sobre vosotras, sean cuales fueren, sometiendo vuestra voluntad a la divina.

Así Me ofrecí Yo para realizar la obra de la Redención del mundo.

¡Ah! ¡que momento aquél, en el que sentí venir sobre Mí, todos los tormentos que había de sufrir en mi Pasión: las calumnias, los insultos, los azotes, la corona de espinas, la sed, la Cruz!... ¡todo se

agolpó ante mis ojos y dentro de mi Corazón! Al mismo tiempo ví las ofensas, los pecados y las abominaciones que se cometerían en el transcurso de los siglos; y no solamente los ví, sino que Me sentí revestido de todos esos horrores y así Me presenté a mi Padre Celestial para implorar Misericordia.

Me ofrecí como fiador para calmar su cólera y aplacar su ira.

Pero viendo tanto pecado y tantos crímenes, mi naturaleza humana experimentó terrible angustia y mortal agonía, hasta tal punto que sudé sangre.

¡Oh! ¡almas que Me hacéis sufrir de esta manera! ¿Será esta Sangre salud y vida para vosotras?... ¿Será posible que esta angustia, esta agonía y esta sangre sean inútiles para tantas y tantas almas?...

Aquí nos quedaremos hoy, Josefa... Permanece a mi lado en Getsemaní y deja que mi Sangre riegue y fortifique la raíz de tu pequeñez.

13 de marzo.

Sueño de los Apóstoles

Josefa, vamos a seguir nuestra oración: ponte a mi lado y cuando Me veas sumergido en un mar de tristeza, ven Conmigo a buscar a los tres discipulos que se han quedado a cierta distancia.

*
*

Los había traído para que Me ayudasen, compartiendo mi angustia... para que hiciesen oración Conmigo... para descansar en ellos... pero ¿cómo decir lo que experimentó mi Corazón cuando fui a buscarlos, y los encontré dormidos?... ¡Cuán triste es verse solo sin poder confiarse a los suyos!...

¡Cuántas veces sufre mi Corazón... y queriendo hallar alivio en mis almas, voy a ellas y las encuentro dormidas!...

Más de una vez, cuando quiero despertarlas y sacarlas de sí mismas, de su preocupación, Me contestan, si no con palabras, con obras:—«Ahora no puedo, estoy demasiado cansada, tengo mucho que hacer... ésto me perjudica a la salud, necesito un poco de paz»...

Insisto, y digo suavísimamente a esa alma: «No temas; si dejas por Mí ese descanso, Yo te recompensaré. Ven a orar Conmigo tan sólo una hora. Mira que en este momento es cuando te necesito. ¡Si te detienes ya será tarde! ¡y cuántas veces oigo la misma respuesta!

¡Pobre alma! ¡no has podido velar una hora Conmigo! Dentro de poco vendré y no Me oirás, porque estarás dormida... Querré darte tal gracia, pero como duermes no podrás recibirla... Y ¿quién te asegura que tendrás después fuerza para despertar?... Es fácil que privada de alimento se debilite tu alma y no pueda salir de ese letargo...

A muchas almas las ha sorprendido la muerte en

medio de un profundo sueño y ¿dónde y cómo se han despertado?...

¡Almas queridas! deseo enseñaros también cuán inútil y vano es querer buscar alivio en las criaturas. ¡Cuántas veces están dormidas y en vez de encontrar el alivio que vamos a buscar en ellas, salimos con amargura, porque no corresponden a nuestros deseos ni a nuestro amor.

Volviendo enseguida a la oración, Me prosterné de nuevo, adoré al Padre y le pedí ayuda diciéndole: «Padre mío» no dije: «Dios mío». Cuando vuestro corazón sufre más, debéis decir: «Padre mío» y pedirle alivio, exponedle vuestros sufrimientos, vuestros temores y con gemidos recordarle que sois sus hijas; decidle que vuestra alma no puede más... que «suda sangre» que vuestro corazón se ve tan oprimido que parece a punto de perder la vida... que vuestro cuerpo sufre tanto que ya no tiene fuerza para más... Pedid con confianza de hijas y esperad que vuestro Padre os aliviará y os dará la fuerza necesaria para pasar esta tribulación vuestra, o de las almas que os están confiadas.

Mi alma triste y desamparada padecía angustias de muerte... Me sentí agobiado con el peso de las más negras ingratitudes.

La Sangre que brotaba de todos los poros de mi

Cuerpo y que dentro de poco saldría de todas mis heridas, sería inútil para gran número de almas que se perderían... ¡Muchísimas Me ofenderían, y muchas no Me conocerían!...

Derramaría mi Sangre por todas y mis Méritos serían aplicados a cada una de ellas... ¡Sangre divina!... ¡Méritos infinitos!... Y sin embargo inútiles para tantas y tantas almas!...

¡Este es el cáliz que acepté y apuré hasta las heces!...

Todo para enseñaros, almas queridas, a no volver atrás a la vista de los sufrimientos, y a no creerlos inútiles si no veís el resultado que siempre lograréis. Someted vuestro juicio y dejad que la Voluntad divina se cumpla en vosotras.

Yo no retrocedí, antes al contrario, sabiendo que era en el Huerto donde habían de prenderme, permanecí allí... no quise huir de mis enemigos...

Lo dejaremos para mañana... Hoy quédate a mi disposición para que te encuentre despierta si te necesito.

14 de marzo

Traición de Judas

Después de haber sido confortado por el enviado de mi Padre, ví que Judas, uno de mis doce Apóstoles, se acercaba a Mí y tras él venían todos los

que Me habían de prender... Tenían en las manos cuerdas, palos, piedras y toda clase de instrumentos para sujetarme...

Me levanté y acercándome a ellos les dije: «¿A quién buscáis?»

Entre tanto, Judas poniendo las manos sobre mis hombros, Me besó... ¡Ah! ¿qué haces Judas?... ¿Qué significa este beso?...

Aquí puedo decir a muchas almas: ¿Qué hacéis?... ¿Por qué Me entregáis con un beso?...

¡Alma a quien amo!... dime, tú que vienes a Mí, que Me recibes en tu pecho... que Me dirás más de una vez que Me amas... ¿no Me entregarás a mis enemigos cuando salgas de aquí?... Ya sabes que en esa reunión que frecuentas, hay piedras que Me hieren fuertemente... es decir conversaciones que Me ofenden... ¡Y tú que Me has recibido hoy, y que Me vas a recibir mañana, pierdes ahí la blancura preciosa de mi gracia!...

¿Seguirás con ese asunto que te ensucia las manos?... ¿No sabes que no es lícito el modo como adquieres ese dinero, alcanzas esa posición, te procuras ese bienestar?...

Mira que haces como Judas... ahora Me recibes y Me besas; dentro de unos instantes o de unas horas, Me prenderán los enemigos y tú misma les darás la señal para que Me conozcan...

Con esa amistad no sólo Me atas, Me apedreas, sino que eres causa de que tal persona Me ate, y apedree también!...

¿Por qué Me entregas así, alma que Me conoces y que en más de una ocasión te glorías de ser piadosa y de ejercer la caridad?... Cosas todas que en verdad, podrían hacerte adquirir grandes méritos, mas... ¿qué son para ti, sino un velo que cubre tu delito?...

¡Alma muy amada! ¿por qué te dejas llevar de esa pasión?... no te pido que te veas libre de ella, porque no está en tu mano, pero sí pido que luches contra ella... Mira que el placer de un momento que te proporciona, es como los treinta dineros en que Me vendió Judas, los cuales no le sirvieron sino para su perdición.

¡Cuántas almas Me han vendido y Me venderán por el vil precio de un deleite, de un placer momentáneo y pasajero!... ¡Ah! ¡pobres almas! ¿A quién buscáis?... ¿es a Mí?... ¿es a Jesús a quién conocéis, a quién habéis amado y con quién habéis hecho alianza eterna?...

Dejad que os diga una palabra: «Velad y orad». Luchad sin descanso y no dejéis que vuestras malas inclinaciones y defectos lleguen a ser habituales...

Mirad que hay que segar la hierba todos los años y quizá en las cuatro estaciones; que la tierra, hay que labrarla y limpiarla, hay que mejorarla y cui-

dar de arrancar las malas hierbas que en ella brotan.

El alma también, hay que cuidarla con mucho esmero, y las tendencias torcidas, hay que enderezarlas.

No creáis que el alma que Me vende y se entregó a los mayores desórdenes empezó por una falta grave. Esto puede suceder, pero no es lo corriente. En general las grandes caídas, empezaron por poca cosa: un gustillo, una debilidad, un consentimiento quizá lícito pero poco mortificado, un placer no prohibido pero poco conveniente... El alma se va cegando, disminuye la gracia, se robusetece la pasión y por último vence.

¡Ah! ¡cuán triste es para el Corazón de un Dios que ama infinitamente a las almas, ver tantas que se precipitan insensiblemente en el abismo!...

15 de marzo

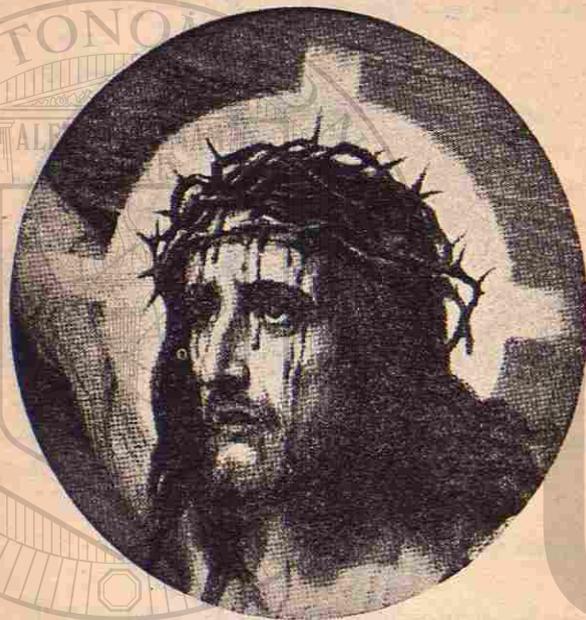
Traiciones de las almas escogidas

Josefa, te he dicho cómo las almas que pecan gravemente, Me entregan a mis enemigos y el arma con que Me hieren, es el pecado...

Pero no siempre se trata de grandes pecados sobre todo entre mis almas escogidas. Muchas de ellas con sus defectos habituales, con sus malas inclinaciones, no combatidas, con concesiones a la naturaleza inmortificada, con faltas de caridad, Me



ESTATUA DE LA SANTISIMA VIRGEN
ante la que Josefa hizo su Profesión
en el lecho de muerte



«SITIO»!

J. JANSSENS.

Reproducción autorizada

entregan a los enemigos si no para que Me den muerte, para que Me maltraten. Y si es triste recibir una ofensa o una ingratitud de cualquier alma, mucho más, cuando viene de mis almas escogidas y más amadas...

Otras, sin embargo, pueden reparar y consolarme.

Sí, almas que he escogido para hacer de vosotras el lugar de mi descanso, el jardín de mis delicias espero de vosotras mucha mayor ternura, mucha más delicadeza, mucho más amor...

De vosotras espero que seáis el bálsamo que cicatrice mis heridas; que limpiéis mi rostro, afeado y manchado... que Me ayudéis a dar luz a tantas almas ciegas que en la oscuridad de la noche, Me prenden y Me atan para darme muerte.

No Me dejéis solo... Despertad y venid... porque ya llegan mis enemigos...

* * *

Quando se acercaron a Mí los soldados para prenderme les dije: «Yo soy». Esta misma palabra repito al alma que está próxima a ceder a la tentación: «Yo soy»... Sí, Yo soy; aún es tiempo, y si quieres te perdonaré y en vez de atarme tú con las cuerdas del pecado, soy Yo el que te ataré a ti con las ligaduras del amor. ®

¡Ven! Yo soy el que te ama y el que tiene tanta compasión de tu debilidad, que está esperándote con ansia para recibirte en sus brazos.

¡Ah! ¡cuán triste es para Mí, cuando después de decir esto a las almas, hay aún algunas que Me atan y Me llevan a la muerte!...

Mas... ¡era llegada mi hora en la que había de consumir el sacrificio, y dando libertad a los soldados, Me entregué con la docilidad de un cordero... Enseguida Me condujeron a casa de Caifás, donde Me recibieron con burlas e insultos y donde uno de los criados Me dió la primera bofetada!

¡Ah! ¡Josefa!... ¡Entiende esto!... ¡La primera bofetada!... ¿Me hizo sufrir más que los azotes de la flagelación?... No; pero en esta primera bofetada, ví el primer pecado mortal de tantas almas que después de vivir en gracia, cometerían este primer pecado... Y tras él... ¡cuántos otros!... siendo causa con su ejemplo de que otras almas los cometan también... teniendo tal vez la misma desgracia: ¡morir en pecado!...

Mañana seguiremos... Pasa hoy el día reparando y pidiendo que muchas almas conozcan a dónde las conduce el camino que llevan...

16 de marzo.

Negación de San Pedro

Vamos a seguir escribiendo para las almas:

¡Mis Apóstoles Me habían abandonado!... Pedro, movido de curiosidad, se quedó oculto entre la servidumbre. A mi alrededor sólo había acusadores que buscaban cómo acumular contra Mí, delitos que pudieran encender más la cólera de jueces tan iníquos. Me llaman perturbador, profanador del Sábado, falso profeta. La soldadesca excitada por las calumnias profiere contra Mí gritos y amenazas.

¿Dónde estáis vosotros Apóstoles y discípulos que habéis sido testigos de mi vida, de mi doctrina, de mis milagros?... ¡Ah! de todos aquellos de quienes esperaba alguna prueba de amor, no queda ninguno para defenderme: Me encuentro sólo y rodeado de soldados, que como lobos quieren devorarme.

Mirad cómo Me maltratan: uno descarga sobre mi rostro una bofetada, otro Me arroja su inmunda saliva; otro Me tuerce el rostro en son de burla.

Mientras que mi Corazón se ofrece a sufrir todos estos suplicios, Pedro, a quien había constituido Jefe y Cabeza de la Iglesia y que algunas horas antes había prometido seguirme hasta la muerte... a una simple pregunta que le hacen y que podría ha-

berle servido para dar testimonio de Mí, ¡Me niegal... Y como el temor se apodera más y más de él y la pregunta se reitera, jura que jamás me ha conocido, ni ha sido mi discípulo...

¡Ah! ¡Pedro! ¡juras que no conoces a tu Maestro!... e interrogado una tercera vez, responde con horribles imprecaciones.

¡Almas queridas!... Cuando el mundo clama contra Mí y volviéndome hacia mis almas escogidas, Me veo abandonado y renegado ¿sabéis cuán grande es la tristeza y la amargura de mi Corazón?...

Os diré como a Pedro: «¿Cómo? ¡alma a quien tanto amo!... ¿No te acuerdas ya de las pruebas de amor que te he dado?... ¿Olvidas los lazos que te ligan a Mí?... ¿Olvidas que muchas veces Me has prometido serme fiel y defenderme?...

No confíes en ti misma... Porque entonces, estás perdida; pero si recurres a Mí con humildad y firme confianza, nada temas, estás bien sostenida...

Almas que vivís rodeadas de tantos peligros... no os metáis por vana curiosidad en las ocasiones, mirad que caeréis como Pedro...

Y vosotras almas que trabajáis en mi viña... si os sentís movidas por curiosidad o por alguna satisfacción humana, os diré que huyáis; pero si trabajáis

por obediencia e impulsadas del celo de las almas y de mi gloria, no temáis... Yo os defenderé y saldréis victoriosas...

*
**

Quando los soldados Me conducían a la prisión, al pasar por uno de los patios, ví a Pedro que estaba entre la turba... Le miré... él también Me miró... y lloró amargamente su pecado.

¡Cuántas veces, miro así al alma que ha pecado!... pero ¿Me mira ella también? ¡Ah!... no siempre se encuentran nuestras miradas... ¡Cuántas veces miro al alma y ella no Me mira a Mí!... no Me ve... está ciega... la llamo por su nombre y no Me responde... le envío una tribulación para que salga de su sueño pero no quiere despertar...

¡Almas queridas! si no miráis al cielo, viviréis como los seres privados de razón... Levantad la cabeza y ved la patria que os espera... buscad a vuestro Dios y siempre lo encontraréis con los ojos fijos en vosotras y en su mirada hallaréis la paz y la vida.

17 de marzo

La Prisión

Contéplame en la prisión donde pasé gran parte de la noche. Los soldados venían a insultarme con palabras y con obras, empujándome, dándome golpes...

Al fin de la noche, hartos de Mí, Me dejaron solo, atado en una habitación oscura, húmeda y hedionda, dándome por asiento una piedra... y mi Cuerpo dolorido quedó pronto aterido de frío...

Vamos ahora a comparar la prisión con el Sagrario y sobre todo con los corazones de los hombres.

En la prisión, pasé una noche, no entera... ¿Cuántas noches paso en el Sagrario?

En la prisión, Me ultrajaron los soldados que eran mis enemigos... pero en el Sagrario Me maltratan y Me insultan almas que Me llaman «Padre»...

En la prisión, pasé frío, sueño, hambre, vergüenza, tristeza, dolores, soledad, desamparo...

Veía en el transcurso de los siglos tantos sagrarios en los que Me faltaría el abrigo del amor... cuántos corazones helados, serían para Mí como la piedra de la prisión.

¡Cuántas veces tendría sed de amor, sed de almas!...

¡Cuántos días espero que tal alma venga a visitarme... a recibirme en su corazón porque he pasado la noche solo... y pensaba en ella... para apagar mi sed! ¡Qué de veces siento hambre de mis almas... de su fidelidad... de su generosidad! ¿Sabrán calmar estas ansias?... ¿sabrán decirme, cuando tengan que pasar por algún sufrimiento:—«Esto servirá para aliviar vuestra tristeza, para acompañaros en vues-

tra soledad?»—Unidas a Mí lo soportarán todo con paz y saldrán fortalecidas en tanto que consolarán mi Corazón.

En la prisión sentí vergüenza al oír las horribles palabras que se proferían contra Mí... y esta vergüenza creció al ver que más tarde esas mismas palabras serían repetidas por almas amadas.

Cuando aquellas manos sucias y repugnantes descargaban sobre Mí golpes y bofetadas, ví como sería muchas veces golpeado y abofeteado por tantas almas que, sin purificarse de sus pecados, Me recibirían en sus corazones, y con sus pecados habituales descargarían sobre Mí, repetidos golpes.

Cuando Me hacían levantar a empujones, falto de fuerza y a causa de las cadenas que Me sujetaban caía en tierra, ví como tantas almas atándome con las cadenas de su ingratitud, Me dejarían caer sobre la piedra, renovando mi vergüenza y prolongando mi soledad...

* * *

¡Almas escogidas! Mirad a vuestro Esposo en la prisión; contempladle en esta noche de tanto dolor... Y considerad que este dolor se prolonga en la soledad de tantos sagrarios, en la frialdad de tantos corazones...

Si queréis darme una prueba de vuestro amor, abridme vuestro pecho para que haga de él mi prisión.

Atadme con las cadenas de vuestro amor...
Cubridme con vuestras delicadezas...
Alimentadme con vuestra generosidad...
Apagad mi sed con vuestro celo...
Consolad mi tristeza y desamparo con vuestra fiel compañía.

Haced desaparecer mi vergüenza con vuestra pureza y rectitud de intención.

Si queréis que descanse en vosotras evitad el tumulto de las pasiones, y en el silencio de vuestra alma, dormiré tranquilo; de vez en cuando oiréis mi voz que os dice suavemente: «Esposa mía, que ahora eres mi descanso, Yo seré el tuyo en la eternidad, a ti que con tanto desvelo y amor Me procuras la prisión de tu corazón, Yo te prometo que mi recompensa no tendrá límites y no te pesarán los sacrificios que hayas hecho por Mí durante tu vida.

20 de marzo

Imitación del divino Prisionero

¡Escucha aún los deseos de mi Corazón!...

El pensamiento de tantas almas a quienes más tarde había de inspirar el deseo de seguir mis huellas, Me consumía de amor.

Durante las horas de prisión, las veía fieles imitadoras aprendiendo de Mí, mansedumbre, paciencia, serenidad, no sólo para aceptar los sufrimientos y desprecios, sino aún amando a los

que las persiguen y si es necesario, sacrificándose por ellos como Yo Me sacrificué.

¡Ah! ¡cómo Me encendía más y más en deseos de cumplir perfectamente la Voluntad de mi Padre! Y en aquellas horas de soledad, en medio de tanto dolor ¡cómo Me ofrecía a reparar su gloria ultrajada!...

*
*

Así vosotras, almas religiosas, que os encontráis en la prisión escogida por amor; que más de una vez pasáis a los ojos de las criaturas por inútiles y quizás por perjudiciales: ¡no temáis! Dejad que griten contra vosotras y en esas horas de soledad y de dolor, que se una vuestro corazón íntimamente a su Dios, único objeto de vuestro amor. ¡Reparad su gloria ultrajada, por tantos pecados!...

El mismo día.

“Mi Reino no es de este mundo”

Al amanecer del día siguiente, Caifás ordenó que Me condujeran a Pilatos para que pronunciará la sentencia de muerte.

Este, Me interrogó con gran sagacidad, deseoso de hallar causa de condenación, pero al mismo tiempo su conciencia le inquietaba y sentía gran temor ante la injusticia que contra Mí iba a come-

ter; al fin encontró un medio para desentenderse de Mí, y mandó me condujeran a Herodes.

En Pilatos están fielmente representadas las almas que, sintiendo al mismo tiempo el movimiento de la gracia y de sus pasiones, dominadas por el respeto humano y cegadas por el amor propio, por el temor de parecer ridículas dejan pasar la gracia.

A todas las preguntas que Pilatos Me hizo, nada respondí, más cuando Me dijo:—«¿Eres tú el Rey de los Judíos?»—Entonces con gravedad y entereza, le respondí:—«Tú lo has dicho: Yo soy Rey, pero mi Reino no es de este mundo».

Con estas palabras quise enseñar a muchas almas, cómo, cuando se presenta la ocasión de soportar el sufrimiento, una humillación que podrían fácilmente evitar, deben contestar con generosidad:—«Mi reino no es de este mundo; es decir: no busco las alabanzas de los hombres; mi patria no es ésta; ya descansaré en la que lo es verdaderamente; ahora, ánimo para cumplir mi deber, sin tener en cuenta la opinión del mundo... Lo que me importa no es su estima sino seguir la voz de la gracia ahogando las reclamaciones de la naturaleza. Si no soy capaz de vencer sola, pediré fuerza y consejo, pues en muchas ocasiones las pasiones y el excesivo amor propio, ciegan al alma y la impulsan a obrar el mal».

El mismo día.

En casa de Herodes

Pilatos mandó Me llevaran a la presencia de Herodes. Era éste, un hombre corrompido que sólo buscaba el placer, dejándose arrastrar de sus pasiones desordenadas. Se alegró de verme comparecer ante su tribunal, pues esperaba divertirse con mis palabras y milagros.

Considerad, ¡almas queridas! la repulsión que experimenté en presencia del más repugnante de los hombres, cuyas palabras, preguntas, gestos y movimientos Me cubrían de confusión.

¡Almas puras y virginales, venid a rodear y a defender a vuestro Esposo!

Herodes espera que Yo conteste a sus preguntas sarcásticas e irrisorias; pero no desplego mis labios; guardo en su presencia el más profundo silencio.

No contestar era la mayor prueba que podía darle de mi dignidad. Sus palabras obscenas no merecían cruzarse con las mías purísimas.

Entre tanto, mi Corazón estaba íntimamente unido a mi Padre Celestial. Me consumía en deseos de dar por las almas hasta la última gota de mi

Sangre. El pensamiento de todas las que, más tarde habían de seguirme, conquistadas por mis ejemplos y por mi liberalidad, Me encendía en amor y no sólo gozaba en aquel terrible interrogatorio, sino que deseaba correr al suplicio de la Cruz.

Dejé que Me trataran como loco y Me cubrieran con una vestidura blanca en señal de burla e irrisión; después, en medio de gritos furiosos, Me llevaron de nuevo a la presencia de Pilatos.

El mismo día.

La Flagelación

Mira, cómo este hombre, aturdido y lleno de confusión no sabe qué hacer de Mí y para apaciguar el furor de la turba, manda que Me hagan azotar.

Mirad, representadas en Pilatos, a las almas que carecen de valor y de generosidad para romper enérgicamente con las exigencias del mundo y de la naturaleza. En vez de cortar de raíz lo que la conciencia les dice no ser del buen espíritu, ceden a un capricho, se conceden una ligera satisfacción, capitulan en parte, con lo que la pasión exige, y para acallar los remordimientos se dicen a sí mismas:—«Ya me he privado de éste o de lo otro».

Yo, no diré sino una palabra a esta alma:—«Como Pilatos, Me haces flagelar. Ya has dado un paso... mañana darás otro... ¿Crees satisfacer así tu pasión? No... pronto te pedirá más y como no has tenido valor para luchar con tu propia naturaleza en esta pequeñez, mucho menos la tendrás después cuando la ocasión sea mayor».

*
**

Miradme, almas tan amadas de mi Corazón, dejándome conducir con la mansedumbre de un cordero al terrible y afrentoso suplicio de la flagelación...

Sobre mi Cuerpo, ya cubierto de golpes y agobiado de cansancio, los verdugos descargan cruelmente con cuerdas embreadas y con varas, terribles azotes. Y es tanta la violencia con que Me hieren, que no quedó en Mí un sólo hueso que no fuese quebrantado por el más terrible dolor... La fuerza de los golpes prodújome innumerables heridas... las varas arrancaban pedazos de mi piel y carne divina... la Sangre brotaba de todos los miembros de mi Cuerpo, que estaba en tal estado, que más parecía monstruo que hombre.

¡Ah! ¿cómo podéis contemplarme en este mar de dolor y de amargura sin que vuestro corazón se mueva a compasión?

Pero no son los verdugos los que han de consolar,

sino vosotras almas escogidas para que aliviéis mi dolor...

Contemplad mis heridas y ved si hay quién haya sufrido tanto como Yo para demostraros su amor!..

22 de marzo

**Jesús, coronado de espinas,
y tratado como Rey de burla**

Cuando los brazos de aquellos hombres crueles estuvieron rendidos a fuerza de descargar golpes sobre mi Cuerpo, colocaron sobre mi cabeza una corona tejida con ramas de espinas, y desfilando por delante de Mí, Me decían:—«¿Con que eres Rey? ¡Te saludamos!...»

Unos Me escupían, otros Me insultaban... otros descargaban nuevos golpes sobre mi cabeza... cada uno añadía un nuevo dolor a mi Cuerpo maltratado y deshecho...

Considerad, cómo con esa corona, quise expiar los pecados de soberbia de tantas almas que se dejan subyugar por la falsa opinión del mundo, deseando ser estimadas con exceso. Permití sobre todo que Me coronasen de espinas y que así mi cabeza sufriese cruelmente, a fin de reparar por la humildad voluntaria, las repugnancias y las orgullosas pretensiones de tantas almas

que se niegan a seguir el camino trazado por mi Providencia por juzgarlo indigno de su mérito y de su condición...

Ningún camino es humillante, cuando está trazado por la Voluntad de Dios... En vano intentaréis engañaros a vosotras mismas, pensando seguir la Voluntad divina haciendo la vuestra... No hallaréis la verdadera paz, ni la alegría que sólo se encuentran en el cumplimiento de la Voluntad de Dios y en la plena sumisión a cuanto os pida.

Hay en el mundo personas que cuando llega el momento de la decisión para emprender nuevo género de vida, reflexionan y examinan los deseos de su corazón. Tal vez encuentran en aquél o en aquélla a quien piensan unirse, los fundamentos sólidos para una vida cristiana y piadosa. Quizás verán que cumple sus deberes de familia, que reúne en fin, lo necesario para satisfacer sus deseos de felicidad... pero la vanidad o el orgullo vienen a obscurecer su espíritu... y se dejan arrastrar por el afán de figurar, de lucir. Entonces se ingenian para buscar alguien, que siendo más noble, más rico, satisfaga más su ambición!... ¡Ah! ¡cuán neciamente se ciegan!... No, les diré, no encontraréis la verdadera felicidad en este mundo y ojalá la encontréis en el otro!... Mirad bien que os ponéis en gran peligro!...

Hablaré también a las almas a quienes llamo al camino de la perfección.

¡Cuántas ilusiones en las que Me dicen que están dispuestas a hacer mi Voluntad y que clavan en mi cabeza las espinas de mi corona!...

Hay efectivamente, almas a quienes quiero para Mi; conociéndolas y amándolas, deseo colocarlas donde veo, en mi Sabiduría infinita, que encontrarán cuanto es necesario para llegar a la santidad: ahí será donde Me haré conocer a ellas, y donde Me darán más consuelo... más amor... y más almas!...

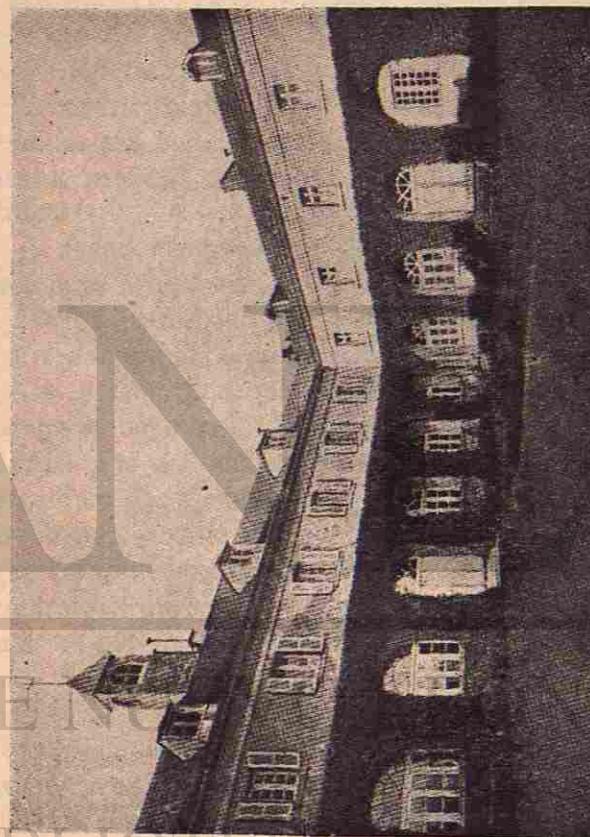
Pero ¡cuántas decepciones! ¡cuántas almas se ciegan por el orgullo y la soberbia o por una mezquina ambición! Llena la cabeza de vanos e inútiles pensamientos se niegan a seguir el camino que les traza mi Amor...

Almas que Yo había escogido, ¿creéis cumplir mi Voluntad resistiendo a la voz de la gracia, que os llama y encamina por esa senda que vuestro orgullo rechaza?

23 de marzo

Barrabás preferido a Jesús

Vamos a seguir descubriendo a las almas, cómo se dejan engañar por la soberbia y el orgullo.



PATIO «DES FEUILLANTS»
La cruz indica la celda donde murió Josefa





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE E

Coronado de espinas y cubierto con un manto de púrpura, los soldados Me presentaron de nuevo a Pilatos.

No encontrando en Mí delito para castigarme, Pilatos Me hizo varias preguntas, diciéndome que por qué no le contestaba, sabiendo que él tenía todo poder sobre Mí...

Entonces, rompiendo mi silencio le dije: «No tendrías ese poder si no se te hubiese dado de arriba, pero es preciso que se cumplan las Escrituras».

¡Y abandonándome a mi Padre Celestial cerré de nuevo mis labios!

Pilatos, perturbado por el aviso de su mujer y perplejo entre los remordimientos de su conciencia y el temor de que el pueblo se amotinase contra él, buscaba medios para libertarme... y Me expuso a la vista del populacho en el lastimoso estado en que Me hallaba, proponiéndoles darme la libertad y condenar en mi lugar a Barrabás que era un ladrón y criminal famoso... A una voz contestó el pueblo:—«¡Que muera y que Barrabás sea puesto en libertad!»

¡Almas que Me amáis! Ved cómo Me han comparado a un criminal. Ved cómo Me han rebajado más que el más perverso de los hombres... ¡Oid qué furiosos gritos lanzan contra Mí!... ¡Ved con qué rabia piden mi muerte! ¿Rehusé, acaso pasar por

tan penosa afrenta? No, antes al contrario, Me abracé con ella por amor a las almas y para mostraros que este amor no Me llevó tan sólo a la muerte, sino a la muerte más ignominiosa...

No creáis, sin embargo, que mi naturaleza humana no sintió ni repugnancia ni dolor... Antes al contrario, quise sentir todas vuestras repugnancias y estar sujeto a vuestra misma condición, dándoos ejemplo que os fortalezca en todas las circunstancias de la vida, y os enseñe a vencer las repugnancias que se ofrecen cuando se trata de cumplir la Voluntad divina.

Aquí, quiero volver a tratar de las almas de quienes hablaba ayer... A esas almas llamadas al estado de perfección que discuten con la gracia y retroceden ante la humildad del camino que les muestro, por temor a los juicios del mundo o haciendo valer su capacidad... y se persuaden que en otra parte serán más útiles para mi servicio y para mi gloria.

Voy a responder a esas almas: «Dime, ¿rehusé Yo, o vacilé siquiera, cuando Me ví nacer de padres pobres y humildes... en un establo, lejos de mi casa y de mi patria... en la más cruda estación del año... de noche?...

Después, viví treinta años en las ocupaciones obscuras y rudas de un taller, pasé humillaciones y desprecios de parte de los que encargaban trabajo

a mi padre San José... no Me desdeñé de ayudar a mi Madre en las faenas más bajas de la casa...y sin embargo ¿no tenía Yo más talento que el que se requiere para ejercer el tosco oficio de carpintero, Yo que a la edad de doce años instruí a los Doctores en el Templo? Pero era la Voluntad de mi Padre Celestial, y así le glorificaba. Cuando dejé Nazareth y empecé mi vida pública, habría podido darme a conocer por Mesías e Hijo de Dios, para que los hombres escuchasen mis enseñanzas con veneración; pero no lo hice, porque mi único deseo era cumplir la Voluntad de mi Padre...

Y cuando llegó la hora de mi Pasión, a través de la crueldad de los unos, y de las afrentas de los otros, del abandono de los míos y de la ingratitud de las turbas... a través del indecible martirio de mi Cuerpo y de las vivísimas repugnancias de mi alma, ved que con mayor amor aún, descubría y abrazaba la Voluntad de mi Padre Celestial...

Así, cuando sobreponiéndose a las dificultades y repugnancias se somete el alma generosamente a la Voluntad de Dios, llega un momento en que unida íntimamente a El, goza de las más inefables dulzuras.

Esto que he dicho a las almas que sienten repugnancia a la vida humilde y oscura, lo repito a las que por el contrario son llamadas a trabajar en continuo contacto con el mundo, cuando su atrac-

tivo sería la completa soledad y los trabajos humildes y ocultos...

¡Almas escogidas! Vuestra felicidad y vuestra perfección no consisten en seguir los gustos e inclinaciones de la naturaleza, en ser conocidas o desconocidas de las criaturas, en emplear u ocultar el talento que poseéis, sino en uniros y conformaros por amor y con entera sumisión a la Voluntad de Dios, a lo que para su gloria y vuestra santificación os pida...

Basta por hoy, Josefa, mañana continuaré. Ama y abraza mi Voluntad alegremente; ya sabes que está en todo trazada por el Amor.

24 de marzo.

Jesús condenado a muerte

Medita por un momento el indecible martirio de mi Corazón, tan tierno y delicado, al verse puesto a Barrabás...

¡Cómo recordaba entonces las ternuras de mi Madre, cuando Me estrechaba sobre su Corazón! ¡Cuán presentes tenía los desvelos y fatigas que para mostrarme su amor, sufrió mi padre adoptivo! ¡Cómo se presentaban a mi memoria los beneficios que tan liberalmente derramé sobre aquel pueblo ingrato!... ¡dando vista a los ciegos, devolviendo la

salud a los enfermos, el uso de sus miembros a los que lo habían perdido!... ¡dando de comer a las turbas y resucitando a los muertos! Y ahora ¡vedme reducido al estado más despreciable! ¡Soy el más odiado de los hombres y se Me condena a muerte como a ladrón infame!... ¡Pilatos ha pronunciado la sentencia! ¡Almas queridas! ¡considerad atentamente cuanto sufrió mi Corazón!

El mismo día.

Desesperación de Judas

Desde que Me entregó en el Huerto de los Olivos, Judas anduvo errante y fugitivo sin poder acallar los gritos de su conciencia que la acusaba del más horrible sacrilegio. Cuando llegó a sus oídos la sentencia de muerte pronunciada contra Mí, se entregó a la más terrible desesperación y se ahorcó.

¿Quién podrá comprender el dolor intenso de mi Corazón cuando vi lanzarse a la perdición eterna, esa alma que había pasado tres años en la escuela de mi amor aprendiendo mi doctrina, recibiendo mis enseñanzas, oyendo tantas veces cómo perdonaban mis labios a los más grandes pecadores?

¡Ah! ¡Judas! ¿por qué no vienes a arrojarte a mis pies, para que te perdone? Si no te atreves a acercarte a Mí, por temor a los que Me rodean maltratándome con tanto furor, mírame al menos, ¡verás cuán pronto se fijan en ti mis ojos!...

* * *

Almas que estáis enredadas en los mayores pecados... Si por más o menos tiempo habéis vivido errantes y fugitivas a causa de vuestros delitos, si los pecados de que sois culpables os han cegado y endurecido el corazón, si por seguir alguna pasión habéis caído en los mayores desórdenes, ¡ah! no dejéis que se apodere de vosotras la desesperación, cuando os abandonen los cómplices de vuestro pecado o cuando vuestra alma se dé cuenta de su culpa... ¡Mientras el hombre cuenta con un instante de vida, aún tiene tiempo de recurrir a la Misericordia y de implorar el perdón!

Si sois jóvenes y los escándalos de vuestra vida os han dejado en un estado de degradación ante los hombres, ¡no temáis! Aún cuando el mundo os desprecie, os trate de malvados, os insulte, os abandone, estad seguros de que vuestro Dios no quiere que vuestra alma sea pasto de las llamas del infierno. Desea que os acerquéis a El para perdonaros. Si no os atrevéis a hablarle, dirigidle miradas y suspiros del corazón y pronto veréis que su mano bondadosa y paternal os conduce a la fuente del perdón y de la vida.

Si por malicia habéis pasado quizá gran parte de vuestra vida en el desorden o en la indiferencia, y

cerca ya de la eternidad, la desesperación quiere poner os una venda en los ojos, no os dejéis engañar: aún es tiempo de perdón, y ¡oidlo bien! si os queda un segundo de vida, aprovechadlo, porque en él podéis ganar la vida eterna...

Si ha transcurrido vuestra existencia en la ignorancia y el error, si habéis sido causa de grandes daños para los hombres, para la Sociedad y hasta para la Religión y por cualquier circunstancia conocéis vuestro error, no os dejéis abatir por el peso de las faltas, ni por el daño de que habéis sido instrumento, sino por el contrario, dejando que vuestra alma se penetre del más vivo pesar, abismáos en la confianza y recurrid al que siempre está esperándoos para perdonaros.

* * *

Lo mismo sucede, si se trata de un alma que ha pasado los primeros años de su vida en la fiel observancia de mis mandamientos, pero que ha decaído poco a poco del fervor, pasando a una vida tibia y cómoda...

Recibe un día una fuerte sacudida que la despierta; entonces aparece su vida inútil, vacía, sin méritos para la eternidad. El demonio, con infernal envidia, la ataca de mil maneras, la inspira desaliento y tristeza y abultándole sus faltas, acaba por llevarla al temor y a la desesperación.

¡Alma que Me pertences! ¡no hagas caso de ese cruel enemigo!... y en cuanto sientas la moción de la gracia, antes que se inicie la lucha, acude a mi Corazón, pídele que vierta una gota de su Sangre sobre tu alma. ¡Ven a Mí! Ya sabes dónde Me encuentro bajo el velo de la fe... levántalo y dime con entera confianza, tus penas, tus miserias, tus caídas... Escucha con respeto mis palabras y no temas por lo pasado. Mi Corazón lo ha sumergido en el abismo de mi Misericordia y de mi Amor. Tu vida pasada te dará la humildad que te llenará de méritos y si quieres darme la mejor prueba de amor, ten confianza y cuenta con mi perdón. Cree que nunca llegarán a ser mayores tus pecados que mi Misericordia, pues es infinita...

¡Josefa! ¡permanece escondida en el abismo de mi amor y pide que las almas se dejen penetrar de esos sentimientos!

26 de marzo, Lunes Santo.

Camino del Calvario

Vamos a continuar Josefa, sígueme en el camino del Calvario, agobiado bajo el peso de la Cruz.

En tanto que mi Corazón estaba abismado de tristeza por la eterna perdición de Judas, los crueles verdugos, insensibles a mi dolor, cargaron

sobre mis hombros llagados la dura y pesada Cruz en que había de consumir el misterio de la Redención del mundo.

¡Contempladme ángeles del cielo!... ¡Ved al Creador de todas las maravillas, al Dios a quien rinden adoración los espíritus celestiales, caminando hacia el Calvario y llevando sobre sus hombros el leño santo y bendito que va a recibir su último suspiro!...

Vedme también vosotras, almas que deseáis ser mis fieles imitadoras. Mi Cuerpo destrozado por tanto tormento, camina sin fuerzas bañado de sudor y de sangre... Sufro... sin que nadie se compadezca de mi dolor!... La multitud Me acompaña y no hay una sola persona que tenga piedad de Mí... ¡Todos Me rodean como lobos hambrientos, deseosos de devorar su presa!

¡La fatiga que siento es tan grande y la Cruz tan pesada, que a la mitad del camino caigo desfallecido!... ¡Ved como Me levantan aquellos hombres inhumanos del modo más brutal: uno Me agarra de un brazo, otro tira de mis vestidos que estaban pegados a mis heridas!... éste Me coge por el cuello, otro por los cabellos, otros descargan terribles golpes en todo mi Cuerpo, ya con los puños y hasta con los pies. La Cruz cae sobre Mí y su peso Me causa nuevas heridas. Mi rostro roza sobre las piedras del camino y con la sangre que por él corre, se pegan a mis ojos y a toda mi sagrada Faz el polvo y el lodo y quedo hecho el objeto más repugnante...

El mismo día.

Encuentro con la Santísima Virgen

Seguid Conmigo unos momentos y a los pocos pasos Me veréis en presencia de mi Madre Santísima, que con el Corazón traspasado de dolor, sale a mi encuentro para dos fines: Para cobrar nueva fuerza de sufrir a la vista de su Dios... para dar a su Hijo con su actitud heroica, aliento para continuar la obra de la Redención.

*
*
*

Considerad el martirio de estos dos Corazones: Lo que más ama mi Madre es su Hijo... y no puede darme ningún alivio y sabe que su vista aumentará aún mis sufrimientos.

Para Mí, lo más amado es mi Madre y no solamente no la puedo consolar, sino que el lamentable estado en que Me ve, procura a su Corazón un sufrimiento semejante al mío; la muerte que Yo sufro en el Cuerpo, la recibe mi Madre en el Corazón!

¡Ah! ¡cómo se clavan en Mí sus ojos! ¡y los míos se clavan también en ella! No pronunciamos una sola palabra; pero ¡cuántas cosas se dicen nuestros Corazones en esta dolorosa mirada!

*
*
*

Sí, mi Madre presencié todos los tormentos de mi Pasión, que por revelación divina se presentaban a su espíritu. Además, varios discípulos aunque permaneciendo lejos por miedo a los Judíos, procuraban enterarse de todo, e informaban a mi Madre. Cuando supo que ya se había pronunciado la sentencia de muerte, salió a mi encuentro y no Me abandonó hasta que Me depositaron en el sepulcro...

27 de marzo, Martes Santo.

El Cirineo

Sigue contemplándome, Josefa..., la comitiva avanza hacia el Calvario...

Aquellos hombres inicuos, temiendo verme morir antes de llegar al término se entienden entre sí, para buscar a alguien que Me ayude a llevar la Cruz, y requisaron a un hombre de las cercanías, llamado Simón.

Mírale detrás de Mí ayudándome a llevar la Cruz y considera ante todo dos cosas:

Este hombre, aunque de buena voluntad, es un mercenario, porque si Me acompaña y comparte conmigo el peso de la Cruz, es porque ha sido «requisado». Por eso cuando siente demasiado cansancio, deja caer más el peso sobre Mí y así caigo en tierra dos veces.

Este hombre Me ayuda a llevar parte de mi Cruz pero no toda mi Cruz.

Veamos el sentido figurado de estas dos circunstancias.

Hay muchas almas que caminan así en pos de Mí. Aceptan ayudarme a llevar mi Cruz, pero se preocupan aún del consuelo y del descanso.

Muchas consienten en seguirme y con este fin han abrazado la vida perfecta, pero no abandonan sin embargo, el propio interés que sigue siendo, en muchos casos su primer cuidado; por eso vacilan y dejan caer mi Cruz, cuando les pesa demasiado. Buscan la manera de sufrir lo menos posible, miden su abnegación, evitan cuanto pueden la humillación y el cansancio... y acordándose, quizá con pena, de lo que dejaron, tratan de procurarse ciertas comodidades, ciertos placeres. En una palabra, hay almas tan interesadas y tan egoístas, que han venido en mi seguimiento, más por ellas que por Mí... Se resignan tan sólo a soportar lo que les molesta y que no pueden apartar... No Me ayudan a llevar más que una partecita de mi Cruz y de tal suerte, que apenas si pueden adquirir los méritos indispensables para su salvación. Pero en la eternidad verán ¡cuán lejos han quedado en el camino que debían recorrer!...

Por el contrario, hay almas, y no pocas, que movidas por el deseo de su salvación, pero sobre todo

por el amor que les inspira la vista de lo que por ellas he sufrido, se deciden a seguirme en el camino del Calvario; se abrazan con la vida perfecta y se entregan a mi servicio, no para ayudarme a llevar parte de la Cruz, sino para llevarla toda entera. Su único deseo es descansar... consolarme... se ofrecen con este fin a todo cuanto les pida mi Voluntad, buscando cuanto pueda agradarme; no piensan ni en los méritos, ni en la recompensa que les espera, ni en el cansancio, ni en el sufrimiento que resultarán para ellas, lo único que tienen presente, es el amor que pueden demostrarme, el consuelo que Me procuran.

Si mi Cruz se presenta bajo la forma de la enfermedad, si se oculta debajo de un empleo contrario a sus inclinaciones o poco conforme a sus aptitudes si va acompañada de algún olvido de las personas que la rodean, la aceptan con entera sumisión.

Suponed, que llenas de buenos deseos y movidas de grande amor a mi Corazón y de celo por las almas, hacen lo que creen mejor en tal o cual circunstancia, mas en vez del resultado que esperaban, recogen molestias y humillaciones... Esas almas que obran a impulsos del amor, se abrazan con todo y viendo en ello mi Cruz, la adoran y se sirven de ella para procurar mi Gloria. ®

¡Ah! estas almas son las que verdaderamente llevan mi Cruz, sin otro interés ni otra paga que mi amor... Son las que Me consuelan y glorifican.

Tened pues, como cosa cierta, que si vosotras no véis el resultado de vuestros sufrimientos, de vuestra abnegación, o lo véis más tarde, no por eso han sido vanos e infructuosos, antes por el contrario, el fruto será abundante.

El alma que verdaderamente ama, no cuenta lo que ha sufrido y trabajado, ni espera tal o cual recompensa: busca tan sólo aquello que cree de mayor gloria para su Dios... Por El, no regatea trabajos ni fatigas. No se agita, ni se inquieta y mucho menos pierde la paz, si se ve contrariada o humillada porque el único móvil de sus acciones, es el amor, y al amor abandona las consecuencias y los resultados...

He aquí, en fin, las almas que no buscan recompensa. Lo único que esperan es mi Gloria, mi consuelo, mi descanso, por eso han tomado toda mi Cruz y todo el peso que mi Voluntad quiere cargar sobre ellas...

28 de marzo, Miércoles Santo.

Crucifixión

¡Ya estamos en el Calvario! ¡La multitud se agita porque se acerca el terrible momento!... ¡Extenuado de fatiga, apenas si puedo andar!...

*
*
*

Tres veces he caído en el trayecto.
Una, para dar fuerza de convertirse a los pecadores habituados al pecado; otra, para dar aliento

a las almas que caen por fragilidad, y a las que ciega la tristeza y la inquietud, animarlas a levantarse y a emprender con valor el camino de la virtud. Y la tercera, para ayudar a las almas a salir del pecado a la hora de la muerte.

*
*
*

¡Mira con qué crueldad Me rodean estos hombres endurecidos!... Unos tiran de la Cruz y la tienden en el suelo; otros Me arrancan los vestidos pegados a las heridas, que se abren de nuevo, y vuelve a brotar la sangre.

Mirad, ¡almas queridas! ¡cuánta es la vergüenza y confusión que padezco al verme así ante aquella inmensa muchedumbre! ¡Qué dolor para mi alma!...

Los verdugos Me arrancan la túnica, que con tanto esmero Me revistió mi Madre en mi infancia y que había ido creciendo a medida que Yo crecía, y la echan a suerte!... ¿Cuál sería la aflicción de mi Madre, que contemplaba esta escena?... ¡Cuánto hubiera deseado Ella aquella túnica teñida y empapada ahora con mi Sangre!

*
*
*

Pero... ha llegado la hora y tendiéndome sobre la Cruz, los verdugos cogen mis brazos y tiran para que lleguen a los taladros preparados en ella... Todo

mi Cuerpo se quebranta, se balancea de un lado a otro y las espinas de la corona penetran en mi cabeza, más profundamente aún.

¡Oid el primer martillazo que clava mi mano derecha... resuena hasta las profundidades de la tierra!... ¡Oid aún!... ya clavan mi mano izquierda... y ante semejante espectáculo los Cielos se estremecen, los ángeles se prosternan. ¡Yo guardo profundo silencio... Ni una queja, ni un gemido se escapan de mis labios!

Luego que han clavado las manos, tiran cruelmente de los pies... Las llagas se abren... los nervios se desgarran... los huesos se descoyuntan... ¡El dolor es intenso!... ¡Mis pies son traspasados... y mi Sangre baña la tierra!...

Contemplad un instante estas manos y estos pies ensangrentados... Este cuerpo desnudo, cubierto de heridas y de sangre... Esta cabeza traspasada por agudas espinas, empapada en sudor, llena de polvo y cubierta de sangre...

Admirad el silencio, la paciencia y la conformidad con que acepto este sufrimiento.

¿Quién es el que sufre así, Víctima de tales ignominias?... ¡Es el Hijo de Dios!... el que ha hecho los cielos, la tierra, el mar y todo lo que existe... el que ha criado al hombre... el que todo lo sostiene con su poder infinito... Está ahí, inmóvil... despreciado... despojado de todo... Pero muy pronto será

imitado y seguido por multitud de almas que abandonarán bienes de fortuna, familia patria, honores, bienestar y cuanto sea necesario, para darle gloria y demostrarle el amor que le son debidos.

¡Estad atentos, Angeles del Cielo! y vosotras también ¡almas que Me amáis! Los soldados van a dar vuelta a la Cruz para remachar los clavos y evitar que con el peso de mi Cuerpo se salgan y Me dejen caer. ¡Mi Cuerpo va a dar a la tierra el beso de paz! ¡Y mientras los martillazos resuenan por el espacio, en la cima del Calvario se realiza el espectáculo más admirable!... A petición de mi Madre, que contemplando lo que pasaba y siéndole a Ella imposible darme alivio, implora la Misericordia de mi Padre Celestial... legiones de Angeles bajan a sostener mi Cuerpo adorable para que no roce la tierra y para evitar que le aplaste el peso de la Cruz..

¡Contempla a tu Jesús tendido sobre la Cruz!... sin poder hacer el más ligero movimiento... desnudo... sin fama... sin honor... sin libertad... Todo se lo han arrebatado...

¡No hay quien se apiade y se compadezca de su dolor... sólo recibe tormentos, escarnios y burlas!...

Si Me amas de veras ¿a qué no estarás dispuesta para asemejarte a Mí?... ¿Qué rehusarás por obedecerme, complacerme y consolarme?...

Póstrate en tierra y deja que te diga una palabra:

«¡Que mi Voluntad triunfe en ti!»

«¡Que mi Amor te destruya!»

«¡Que tu miseria Me glorifique!»

30 de marzo, Viernes Santo.

Las Siete Palabras

Josefa, conoces mis sufrimientos... Acompáñame hasta el fin... y comparte mi dolor!...

¡Ya está enarbolada mi Cruz!... ¡He aquí la hora de la Redención del mundo!

¡Soy espectáculo de burlas para la muchedumbre... pero también causa de admiración y de amor para las almas!... ¡Esta Cruz, hasta ahora instrumento de suplicio, donde expiraban los criminales, va a ser en adelante la luz y la paz del mundo!...

En mis Sagradas Llagas encontrarán los pecado-

res el perdón y la vida... ¡Mi Sangre lavará y borrará las manchas de sus pecados!...

¡En mis Sagradas Llagas vendrán las almas puras a refrigerarse y a abrasarse en mi amor!... ¡En ellas se refugiarán y fijarán para siempre su morada!...

“Padre! perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

No han conocido al que es su Vida. ¡Han descargado sobre El todo el furor de sus iniquidades!... Mas, Yo os lo ruego, ¡oh Padre mío!... descargad sobre ellas la fuerza de vuestra Misericordia!

“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

Porque tu fe en la Misericordia de tu Salvador ha borrado tus crímenes... Ella te conduce a la Vida eterna.

“Mujer, he ahí a tu Hijo”.

¡Madre mía! ¡he ahí a mis hermanos!... guárdalos!... ¡Amalos!...

No estáis solos, ¡oh! vosotros por quienes he dado mi vida!... ¡Tenéis ahora una Madre a la que podéis recurrir en todas vuestras necesidades... Os he unido a todos con los más estrechos lazos, al daros mi propia Madre!...

“Dios mío, Dios mío,
¿por qué Me has abandonado?”

Sí, el alma tiene ya derecho de decir a su Dios: «¿Por qué me has abandonado?...» En efecto, después de consumado el misterio de la Redención el hombre ha vuelto a ser hijo de Dios, hermano de Jesucristo, heredero de la vida eterna...

“¡Tengo sed!”

¡Oh! ¡Padre mío!... ¡Tengo sed de vuestra gloria!... y he aquí que ha llegado la hora... En adelante realizándose mis palabras, el mundo conocerá que Vos sois el que Me enviásteis y seréis glorificado...

¡Tengo sed de vuestra gloria! ¡Tengo sed de almas!... y para refrigerar esta sed he derramado hasta la última gota de mi Sangre.

Por eso puedo decir:

“Todo está consumado”

Ahora se ha cumplido el gran misterio de Amor, por el cual Dios entregó a la muerte a su propio Hijo para devolver al hombre la Vida...

Vine al mundo para hacer vuestra Voluntad, ¡oh Padre mío! ¡Ya está cumplida!

“En vuestras manos
encomiendo mi espíritu”.

¡A Vos entrego mi Alma!... Así las almas que cumplen mi Voluntad podrán decir con verdad: «Todo está consumado»... ¡Señor mío y Dios mío!... ¡recibid mi alma, la pongo en vuestras manos!...

*
*
*

Josefa, lo que has oído escríbelo; quiero que las almas lean lo que está escrito... a fin de que las que tengan sed se refrigeren... las que tengan hambre se sacien...

OFRECIMIENTOS
EN UNION CON EL CORAZON
DE JESUS

«¡Padre eterno! ¡Padre misericordioso! recibid la Sangre de vuestro Hijo... Tomad sus Llagas... Tomad su Corazón por las almas. ¡Mirad cómo está su cabeza! ¡No permitáis que una vez más esta Sangre sea inútil!

«¡Mirad la sed que tengo de daros almas! Padre mío, no permitáis que estas almas se pierdan. Salvadlas para que os glorifiquen eternamente».

«¡Padre eterno! ¡mirad estas almas empapadas en la Sangre de vuestro Hijo, en la Sangre de Jesucristo, de esta Víctima que se ofrece sin cesar! Esta Sangre que purifica, consume y abrasa, ¿no será bastante poderosa para salvar las almas?»

«¡Dios santo, Dios justo! Padre de infinita clemencia y bondad que por amor habéis creado al hombre, y que por un efecto de ese mismo amor y bondad le habéis hecho heredero de los bienes eternos, si por debilidad os ha ofendido y merece

castigo, recibid los méritos de vuestro Hijo que se ofrece a Vos como Víctima de expiación. Por sus méritos divinos perdonad al hombre pecador y ponedle de nuevo en estado de merecer los bienes eternos. ¡Oh Padre mío! ¡piedad y misericordia para las almas!»

*
*
*

«¡Dios infinitamente santo, Padre infinitamente misericordioso, yo os adoro! Deseo reparar todos los ultrajes que recibís de los pecadores en todos los puntos de la tierra y en todos los momentos del día y de la noche. Pero sobre todo ¡oh Padre mío! quisiera reparar las ofensas y pecados que se cometen durante esta hora. Para ésto os presento todos los actos de adoración y reparación que os tributan las almas que os aman, y sobre todo el holocausto que continuamente os tributa vuestro Divino Hijo inmolándose sobre el altar en tantos lugares de la tierra y en cada instante de esta hora.

«¡Oh Padre tierno y compasivo! ¡recibid esta Sangre divina y purísima en reparación de todos los ultrajes que os hacen los hombres y por Ella perdonadles sus pecados y hacedles misericordia!»

*
*
*

«¡Oh Padre mío! ¡Oh Padre Celestial! mirad las Llagas de vuestro Hijo. Recibidlas y por ellas haced que los pecadores abran sus almas a la gracia.»

«Que los clavos que traspasaron las manos y los pies de Jesucristo vuestro Hijo, taladren esos corazones endurecidos y que, ablandados con la Sangre divina, se muevan a penitencia.

«Por el peso de la Cruz que llevó Jesús vuestro divino Hijo os pido, ¡oh Dios de clemencia! que los pecadores sepan descargarse de sus delitos en el tribunal de la Penitencia.

«¡Oh Padre Celestial! os ofrezco también la corona de espinas de vuestro amado Hijo, y por el dolor que ella le ocasionó, os pido que las almas sean traspasadas por una verdadera contrición de sus pecados.

«¡Os ofrezco oh Padre mío y Dios de misericordia! el desamparo que vuestro divino Hijo sintió en la Cruz. Os ofrezco su sed y sus tormentos para que los pecadores haciendo penitencia de sus culpas, encuentren la paz de su alma y el verdadero consuelo.

«En fin ¡oh Padre mío y Dios compasivo! os suplico por la perseverancia con que Jesucristo, vuestro divino Hijo rogó por los mismos que le crucificaban concedáis a las almas la perseverancia en el bien y el amor a Dios y al prójimo.

«Os suplico por último, que así como los tormentos de vuestro Hijo terminaron con su eterna bienaventuranza, así los sufrimientos de las almas que hacen penitencia, sean coronados con la recompensa de vuestra gloria».

*
**

«¡Oh Padre amantísimo y Dios infinitamente bondadoso! ved aquí en vuestra presencia, a vuestro Hijo Jesucristo que, interponiéndose entre vuestra justicia divina y los pecados de los hombres implora vuestro perdón.

«Apiadíos ¡oh Dios de misericordia! de la debilidad humana; esclareced los espíritus para que no se dejen envolver por el error y caigan así en los más terribles pecados. Dad fuerza a las almas para que rechazando los peligros que les presenta el enemigo de su salvación, vuelvan a emprender con nuevo vigor el camino de la virtud.

«¡Oh Padre eterno! mirad los padecimientos de Jesucristo, vuestro divino Hijo, durante su Pasión. Vedle delante de Vos, como Víctima, con el fin de obtener para las almas, perdón, luz, fuerza y misericordia».

«¡Oh Dios santísimo y omnipotente! en cuya presencia ni aún los Angeles ni los Santos son dignos de comparecer, perdonad los pecados que se cometen por pensamiento y por deseo. Aceptad como expiación de estas ofensas, la Cabeza de vuestro Divino Hijo traspasada de espinas. Recibid la Sangre purísima que con tanta abundancia sale de ella. Purificad los espíritus manchados; iluminad y es-

clareced los entendimientos oscurecidos, y que esta Sangre divina sea su fuerza, su luz y su vida.

«Recibid ¡oh Padre santísimo! unidos a los méritos y sufrimientos de Jesucristo, los sufrimientos y los méritos de todas las almas que se ofrecen a Vos, con El y por El, para implorar el perdón del mundo.

«¡Oh Dios todo amor y misericordia! sed la fuerza de los débiles, la luz de los ciegos y el objeto del amor de las almas».

«Padre Eterno, que por amor a las almas habéis entregado a la muerte a vuestro Unico Hijo, por su Sangre, por sus méritos y por su Corazón, tened piedad del mundo entero y perdonad todos los pecados que se cometen.

Recibid la humilde reparación que os tributan vuestras almas escogidas, unidas a los méritos de vuestro Divino Hijo para que todos sus actos sean de gran eficacia.

¡Oh Padre Eterno! ¡tened piedad de las almas! y no olvidéis que aún no ha llegado el tiempo de la justicia, sino el de la misericordia».

¡Oh Jesús mío! por vuestro amantísimo Corazón, os suplico inflaméis en el celo de vuestro amor y de vuestra gloria a todos los sacer-

dotes del mundo, a todos los misioneros, a todas las personas encargadas de predicar vuestra divina palabra, para que, encendidas en santo celo, arranquen las almas al demonio y las conduzcan al asilo de vuestro Corazón donde os glorifiquen sin cesar.

clareced los entendimientos oscurecidos, y que esta Sangre divina sea su fuerza, su luz y su vida.

«Recibid ¡oh Padre santísimo! unidos a los méritos y sufrimientos de Jesucristo, los sufrimientos y los méritos de todas las almas que se ofrecen a Vos, con El y por El, para implorar el perdón del mundo.

«¡Oh Dios todo amor y misericordia! sed la fuerza de los débiles, la luz de los ciegos y el objeto del amor de las almas».

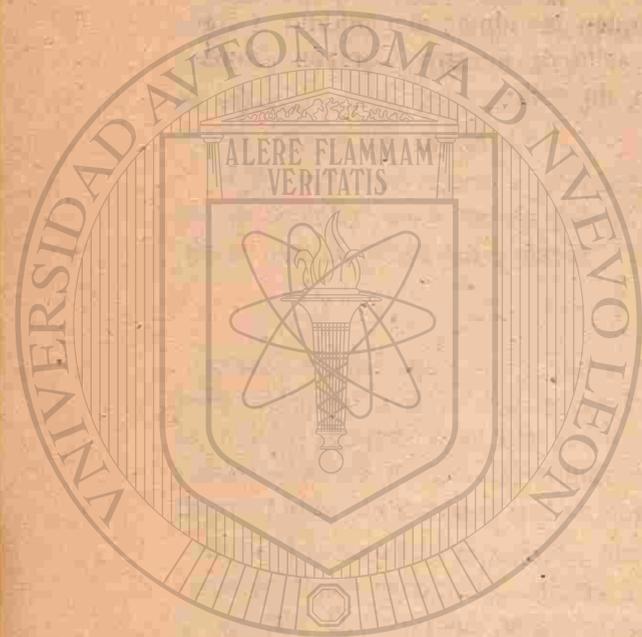
«Padre Eterno, que por amor a las almas habéis entregado a la muerte a vuestro Unico Hijo, por su Sangre, por sus méritos y por su Corazón, tened piedad del mundo entero y perdonad todos los pecados que se cometen.

Recibid la humilde reparación que os tributan vuestras almas escogidas, unidas a los méritos de vuestro Divino Hijo para que todos sus actos sean de gran eficacia.

¡Oh Padre Eterno! ¡tened piedad de las almas! y no olvidéis que aún no ha llegado el tiempo de la justicia, sino el de la misericordia».

¡Oh Jesús mío! por vuestro amantísimo Corazón, os suplico inflaméis en el celo de vuestro amor y de vuestra gloria a todos los sacer-

dotes del mundo, a todos los misioneros, a todas las personas encargadas de predicar vuestra divina palabra, para que, encendidas en santo celo, arranquen las almas al demonio y las conduzcan al asilo de vuestro Corazón donde os glorifiquen sin cesar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

El instrumento del Corazón de Jesús

	Páginas
La Elección Divina	11
¡Esperando!	18
A la sombra «des Feuillants»	29
El Secreto del Rey	43
La Señal Divina	58
Los Designios de Amor	65

El mensaje del Corazón de Jesús

¡Que el mundo escuche y lea!	75
Una Llamada a las Almas	95
Pido a mis Almas tres cosas	115
La Pasión de N. S. J. C.	137
Actos de Ofrecimiento	198



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



\$ 12.—